



©**Marco Antonio Campos**

Junio 2013

Ésta es una publicación del H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl  
y Para Leer en Libertad A.C.

**[brigadaparaleerenlibertad@gmail.com](mailto:brigadaparaleerenlibertad@gmail.com)**

**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

EN RECUERDO DE  
NEZAHUALCÓYOTL

*Marco Antonio Campos*



*A José Luis Martínez  
A Carlos Montemayor*



## AGRADECIMIENTOS

*Al poeta Rubén Bonifaz Nuño por sus consejos y el préstamo de libros fundamentales a lo largo de los años en que se escribió la novela. Asimismo por su cuidadosa corrección.*

*A mi amigo Luis Chumacero por permitirme el acceso a su biblioteca.*



## ORIENTE (Caña)

Nació en el año 1 Conejo y su signo afortunado fue 1 Venado. Lo llamaron Acolmiztli Nezahualcóyotl. En los cantos que oímos de él se llamó a sí mismo Yoyontzin. Yo nací cinco años después. Nací en Coatlinchan, pero casi de inmediato la familia se trasladó a Tezcoco, la ciudad que dibujó el corazón. El padre de Nezahualcoyotzin fue Iztlixóchitl, que engrandeció la ciudad y murió desdichadamente. Su abuelo se llamó Techotlala, el primer acolhua que habló el náhuatl y quien dio lengua al pueblo, y en el linaje ascendente estuvieron Quinantzin, Tlotzin, el constructor Nopaltzin y Xólotl, el magnífico chichimeca, patriarca y primer capitán que llegó a tierras que bordean la laguna cuando sólo las poblaban en Chapultépec y en Colhuacan escasos herederos de aquellos toltecas que huyeron o se dispersaron a la caída de la gran Tollan. Nezahualcoyotzin se envaneció siempre de su linaje de excepción.

El señor Nezahualcóyotl nació el año anterior a aquél en que los viejos mexicas encendieron el fuego y ligaron los años por séptima vez. Era entonces gran señor de México-Tenochtitlan su abuelo Huitzilíhuitl, hijo de Acamapichtli, tronco y semilla de la nueva nobleza mexicana. Su madre, hija de Huitzilíhuitl, se llamó Matlalcihuatzin. Tuvo dos hermanas legítimas: Tozcuetzin y Atototzin. Su infancia y adolescencia las cubrió la guerra con Azcapozalco.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

En el Tlacateo, por voz de Huitzilitzin, oyó las voces de la poesía y aprendió las crónicas de la gloria tolteca y la interpretación de las imágenes de los libros. Se ejercitó de continuo con el arco y la flecha, con la macana y el escudo. Adelantó en el estudio del idioma nuestro, cuyo sonido da la imagen de una leve y frecuente caída de agua, y aprendió las maneras civilizadas que separan al noble del hombre del pueblo: el dominio de sí mismo, la discreción en la plática, la ligereza en el comer, el comportamiento en calles y en caminos, a ser verdadero de raíz y a decir la verdad hasta la raíz, a socorrer a los otros, a ser austero y obediente. Tomó conciencia de nuestro pasado y del destino de la ciudad, de su linaje único y de dignidades señoriales, de calendarios y de sistemas de escritura, de cultos campesinos y de símbolos del juego de pelota.

Fueron años duros. El viejo Tezozómoc gobernaba en Azcapozalco, Tlacateotzin en Tlatelolco y Chimalpopoca en México-Tenochtitlan. Tezozómoc no quería reconocer a Iztlixóchitl como gran señor de Tezcoco. Nació el rencor porque Iztlixóchitl no aceptó como mujer legítima a Técpatl Xóchitl, hija de Tezozómoc, y prefirió a la hija de Huitzilíhuítl, señor de los mexicas, pero en el fondo era el temor de que el valiente acolhua se legitimara como señor de todas las tierras conocidas.

Tezozómoc convocó a aliados y prohibió que juraran a su enemigo como señor chichimeca.

Empezaron provocaciones y humillaciones. Iztlixóchitl quería engañarse no viéndolas así. Tezozómoc le enviaba algodón para hacer mantas; Iztlixóchitl las mandaba tejer. Pronto se convenció de que el señor de los tepanecas no lo tomaba como servicio de parentesco y de amistad, sino como debilidad y sumisión. A la tercera vez el algodón fue devuelto, lo desafió a combate y se hizo jurar en Huexotla, ante escasos partidarios, como gran señor de Acolhuacan.

Se concretaron alianzas. Al lado de Azcapozalco se unieron los ejércitos de México-Tenochtitlan, de Tlatelolco y de Tlacopan, y, del sur de la laguna, los de Xochimilco, Cuitláhuac, Mízquic, Iztapalapa y Coyoacan; al lado de Tezcoco se pusieron Huexotla, Coatlinchan, Coatépec, Tepepulco, Tlalmanalco y Chalco y señores de otras regiones. Mi padre, guerrero ocelote de Coatlinchan, luchó al lado de Tzicanóstoc, gran capitán de los ejércitos.

Y empezaron a levantarse polvo y fuego. Y empezaron a asomarse macanas y escudos, arcos y flechas.

++++

Aunque vencidas en ocasiones, las huestes del anciano Tezozómoc continuaban cercándonos. Iztlixóchitl padecía, lloraba, se angustiaba. Bajo cuerda, Tezozómoc persuadió o corrompió a dignatarios de nuestra ciudad para que dejaran solo a Iztlixóchitl y engañó a éste fingiendo que haría la jura para reconocerlo como señor chichimeca en Chiuhnautla.

Armó su ejército y avanzó sobre la ciudad. La defensa fue valerosa pero inútil. Mi padre murió en ella. A lo largo de la vida me quedaron de él algunas imágenes y frases que me ayudaron a vivir. Me quedaron imágenes de viajes cuando lo acompañé, siendo él, embajador de Iztlixóchitl, al profundo sur. Yo seguía con mi aprendizaje en el Tlacateo, cuidado también por Cuitlizcatl, hermano de mi padre, que era uno de los enlaces de Nezahualcoyotzin en la ciudad perdida.

Iztlixóchitl debió huir. Escapó con su heredero y con el gran capitán Tzicanóstoc hacia la sierra de Tlálloc, pero los cercaron en una barranca chalcas y otumpanecas. Triste, pero con firmeza, encargó a su hijo que cuidase la estirpe, que recobrase el territorio y lo vengase a él. Oculto en la horcajadura de un árbol copudo, Nezahualcoyotzin vio morir a su padre combatiendo.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Habían pasado dieciséis cuentas de años desde su nacimiento y comenzaban penas y fatigas. Era entonces el señor de una ciudad sin realeza.

Recuperaron el cadáver de Iztlixóchitl y por primera vez en la región se siguieron con él los ritos fúnebres toltecas. Se incineró el cuerpo y se ocultaron las cenizas. Fueron sacrificados para acompañarlo familiares y súbditos. Tezozómoc recompensó a los victimarios. Tezcoco era ya parte del poder tepaneca y Tezozómoc señor de todas las tierras conocidas.

++++

Huía. Acolmiztli Nezahualcóyotl pensaba siempre en su ciudad, cerca y a la vez tan lejos. Al principio él y su hermanastro Tzontecochatzín fueron protegidos por tres valientes acolhuas, Huahuatzin, Xiconocatzin y Cuicuitzcatzin, quienes los escondían y los llevaban de un lugar a otro. Después, con ayuda de hijos de Izcóatl, entre ellos el forjador de cantos Tochihuitzin, gran hacedor de cascabeles, se trasladaron a México-Tenochtitlan, y más tarde, acompañados siempre del fiel Coyohua y de un puñado de criados, Huahuatzin y Xiconocatzin sobre todo, se refugió con unos tíos en Tlazcala, y al final, vestido militarmente, se le acogió en Chalco, donde amarillaba el mejor maíz y bajaba el aire frío de los volcanes. Por ese entonces Chalco era una ciudad poderosa, con sus cinco grupos, sus ciudades tributarias y sus feroces guerreros. Desde allí él podía sentir cerca el reino que perdió.

Pero la mala suerte lo perseguía. Los hechos nunca quedaron claros. Unos dijeron que se albergó en casa de una señora de nombre Zitlomíyauh. Las relaciones no eran buenas. Corrió la voz y la señora se enteró de quién era. Lo iba a denunciar. Él, al parecer, observaba que vendía el aguamiel prohibido bajo cuerda. La mató. Otros decían que él, huyendo,

vio a la señora en los campos de Chalco entre magueyes, y le pidió, por la sed que traía, no ignorando que estaba prohibido, un poco de aguamiel. La mujer, que lo reconoció, comenzó a dar de gritos; él pidió silencio; ella gritó más fuerte; él, con una macana, le cortó la cabeza.

Lo apresaron. Toteotzin, señor de los chalcas, quien viviría muchos años y sería un enemigo feroz, lo encerró en una prisión segura, y lo condenó a muerte. No le daban de comer ni de beber. Decía que era un acto de justicia, pero nadie ignoraba que quería congraciarse con el tirano Tezozómoc.

Nezahualcoyotzin veía desde la prisión los maizales verdes y amarillos, los verdes y numerosos pirules. Y allá la laguna que parecía el jade de la raíz del nombre que mereció la ciudad. Y aquí y allá el aire diáfano y luminoso que se quedaba quieto entre los dedos.

Fueron para él días llenos de tribulación y de angustia. Hambre, sed y frío lo iban debilitando. En las noches el frío que bajaba de los volcanes era implacable. Un frío delgado y hondo que envolvía, apretaba y entraba en el cuerpo como el filo agudo de las flechas.

El hermano de Toteotzin, Quetzalmácatl, encargado de vigilar a Nezahualcoyotzin, se apiadó de su desdicha. Le dio de comer y beber e intercambiaron ropas y sitio. Al ser descubierto, Quetzalmácatl (seguramente no llegó a imaginar que sucedería algo tan extremo) fue ejecutado.

Muchos años más tarde volví a preguntarle por los hechos y Acolmiztli Nezahualcóyotl me respondió con una pregunta: ¿Si yo hubiera sido culpable el noble Quetzalmácatl se hubiera sacrificado como lo hizo?

Después de huir de Chalco Nezahualcoyotzin se refugió en Tlazcala, tierra de excelentes cazadores. Era muy joven y toda calamidad lo perseguía.

++++

Tezozómoc repartió las ocho partes del señorío de Tezcoco entre sí y sus aliados e impuso duros tributos a los vencidos. En Tezcoco designó a dos gobernadores: uno, para los descendientes chichimecas; el otro, para los descendientes toltecas.

En esos años de persecución Nezahualcóytl tuvo tres hijos: Tlecóytl, Tliliuhquitépetl y Tlahuexólotl.

++++

Era el año 5 Caña. Yo era todavía un niño. Fue entonces que lo conocí, cuando llegé a casa de Cuitlízcatl, hermano de mi padre. Coyohua, Huahuatzin, Xiconocatzin y los demás servidores, venían con disfraz. Me impresionó verlo tan cerca. Había en su rostro un agreste rigor y una fuerza grande y a la vez todo el sufrimiento acumulado. Yo miraba todo sin poder razonar.

Disfrazados asistieron a la ceremonia en honor de Tezcatlipoca. Encabezados por su hermanastro Yancuiltzin, los usurpadores presidían la ceremonia. Muy lejos estaba aún de ser el complejo ritual en que se convirtió con el tiempo.

—Algún día me acompañarás también —me dijo.

++++

Esa tarde, en casa de mi tío, Nezahualcoyotzin estaba muy triste. Se lamentaba. Acaso nunca recuperaría el señorío. “No sé qué es ya vivir entre la gente. No sé lo que es vida ni alegría. Quizá fuera mejor irse a la región de los descarnados. Podría encontrar a mi padre y a mi abuelo ¿Pero estarán allá?”

Esa fue la primera imagen vívida que tuve de él. Quizá también fue la vez que lo vi más desamparado. Cuando lo vi

---

Marco Antonio Campos  
después en los años en circunstancias desoladoras (pestes y sequías, en la muerte de su hijo legítimo, en crisis religiosas por deber sacrificar a tantos y tantos cautivos) sólo existía una diferencia fundamental: él estaba *arriba o muy arriba y no abajo o en el abismo*.

Coyohua, quien lo conocía bien, dijo: “Es una crisis pasajera. Tiene brazo de león”.

Y era cierto.

++++

Y era cierto, sin duda. Cuando Acolmiztli Nezahualcóyotl caía en crisis hondas solía reprocharle al Dador de la Vida su condición menesterosa y lamentarse de su destino, de la ciudad perdida, del linaje roto, de las amistades ingratas.

Pero después, como fuego que se propaga en la hierba, se alzaba y arrasaba con todo lo que se ponía a su paso.

++++

Lo acompañaba ya en su incierto peregrinaje. Las tías de Nezahualcoyotzin, hermanas de Chimalpopoca, señor de México-Tenochtitlán, y parientas también del viejo Tezozómoc, fueron a visitar al viejo Tezozómoc. Arguyeron que su sobrino ya no representaba riesgo. Por un lado, mira, el señorío de Acolhuacan ya lo repartiste, y por otro, cinco años de persecuciones lo han agotado y debilitado, y además, añádele a esto, bajo el cuidado nuestro en la ciudad no osará emprender acocil alguna.

Le dieron también una cantidad enorme de joyas y piedras finas. “Sé noble, sé magnánimo.”

A regañadientes Tezozómoc aceptó. “Sólo por ustedes, hermanas mías, pero Nezahualcóyotl no debe salir de la zona de México-Tenochtitlán y Tlatelolco.”

Cuando el mensajero llegó a Poyauhtlan, ya sabíamos la noticia.

++++

En la ciudad de las blancas juncias y de los blancos sauces vivió él algún tiempo en casa de sus tías, y después, por una rara y hasta hoy para mí incomprensible misericordia de Tezozómoc —quizá fue un rasgo de senilidad— podía visitar en Acolhuacan palacios y casas suyas. Fue una alegría indecible para él volver a pisar su hermosa tierra, sita entre acacias y magueyes salvajes. Volvería a pisar sin mucho temor. Pero su residencia continuaba en México-Tenochtitlán.

Dos años después Tezozómoc tuvo un sueño terrible en que veía su destrucción, la de su estirpe y la de su señorío. Soñó dos veces a Nezahualcoyotzin; en uno de los sueños como águila real, en el otro, como ocelote.

Tezozómoc mandó llamar a Azcapozalco al fiel Coyohua y lo azuzó para que matara a su señor. Métele una flecha en el cuello, o estrangúlalo, o rómpele los testículos, o tíralo al río, o arrójalo desde un peñasco, pero que desaparezca de la tierra. Que no lo veamos. Que ya no lo veamos. A cambio, te haré el gran señor de Acolhuacan.

Coyohua aceptó, pero siempre halló una salida para no ejecutar el plan. Tezozómoc comprendió su error. Viejo, enfermo, veía próxima ya la puerta de la casa de la noche. Era cosa de poco tiempo. Mandó llamar a sus hijos Maztla, Tayatzin y Tlizpaltzin. Les ordenó matar al joven enemigo durante su entierro.

Pero la buena estrella en la noche negra de la persecución volvió a salvarlo.

++++

Chimalpopoca, hijo de Acamapichtli, quien fuera gran aliado de Tezozómoc, era ya cautivo de Maztla, por intriga y fuerza nuevo señor de Azcapozalco. Maztla, quien durante dieciséis años gobernó a Coyoacan con crueldad exacta, heredó el trono de Coyoacan a su hijo Tecolotzin. En vida de Tezozómoc, los mexicas, a diferencia de nosotros, los acolhuas, habían conocido alguna calma. La perdieron a su muerte.

Maztla mandó ejecutar a Tlacateotzin, señor de Tlatelolco. Los tepanecas de Azcapozalco lo lazaron del cuello, y luego, con porras de madera, le aporrearon el cráneo hasta rompérselo. Inmediatamente después mandó matar a Chimalpopoca, de quien, según me contaron los de Cuauhtitlan, corría el rumor de que le había enviado un mensaje a uno de los hermanastros de Maztla (Quetzalayatzin), diciéndole que era el legítimo señor de Azcapozalco y debía matar a Maztla por usurpador. Jamás se esclarecieron bien motivos y hechos. Los cuauhtitlenses decían que a Chimalpopoca se le ultimó mientras labraba la piedra para agrandar el templo de Huitzilopochtli y que enseguida arrastraron el cuerpo por las calles hasta que dejó de parecer un cuerdo; otros, los acolhuas, hermanos nuestros, afirmaban que la razón fue ésa, pero que el crimen ocurrió en la sala del templo de Huitzilopochtli, y lo mataron aporreándole la cabeza, igual que a Tlacateotzin; otro rumor fue que se suicidó; otros aun decían que lo mataron por débil los propios mexicanos.

En el día 13 Agua del año 13 Caña se eligió a Izcóatl como a gran señor de los hombres, como a gran señor de los guerreros. A su vez los tlatelolcas eligieron a Cuahtlatoatzin, a quien Izcoatl mataría después.

La persecución contra el señor Nezahualcóyotl se avivó, Huímos. Ahora estábamos en Tezcoco, ahora en el mismo Azcapozalco, ahora en un escondrijo de Coatlinchan, ahora

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

huyendo hacia Coácoz, ahora entre los encinos del bosque de Tezcutzinco, ahora en una casa en Metla. Algunas escapatorias se volvieron célebres, como cuando huyó por detrás de la tienda donde se refugiaba en el mismo Azcapozalco, o cuando desapareció tras el trono, en Acolhuacan, mientras Coyohua sacudía una manta, estando ya cercado.

Pero vivíamos en zozobra. A veces con frialdad y paciencia increíbles, pero otras agobiados o agotados, esperábamos a que cayera la sombra desde la casa de la noche, Nezahualcoyotzin mismo que se quebraba en ocasiones; nunca lo vi doblarse. Se necesitaba una paciencia y un valor a toda prueba para andar a menudo por veredas y vericuetos fragosos dables sólo a las fieras, sin saber adónde ir y si seríamos bien recibidos.

Una mañana, entre las calles de agua y verde de Xochimilco, tierra de flores, se lamentaba conmigo diciendo que goces y alegría no fueron concebidos para él. Eran ya demasiados años de persecuciones. Aún oigo en el corazón palabras de él que salían de la casa del corazón: “¿Por qué el Dador de la Vida no se apiada? ¿Por qué sólo desamparo y angustia he venido a conocer a la tierra? Todo el tiempo luché por no andar con la cabeza baja, pero a veces, cuando pienso en mí, me compadezco de mí. El tiempo de la vida es breve, y Aquél, que es como la noche y el viento, quiere que sea más breve”.

Todos los que lo acompañábamos guardábamos sus palabras dolorosas que sabían a música.

Y volvía a levantarse su brazo de león.

++++

Con habilidad admirable el señor Nezahualcóytl empezó a hacer calladas alianzas con otros pueblos para enfrentar al tirano. Los pueblos ribereños y de otras comarcas estaban

hartos del tirano. De Tezcoco venían comisiones a ponerse a sus órdenes.

Se armó el ejército. Nuestros aliados principales fueron chalcas, tlazcaltecas y huexotzincas. Y empezó a levantarse el polvo de la hoguera.

Los aliados atacaron a Acolman y a Coatlinchan, y Nezahualcoyotzin asoló Tezcoco. Diezmados los tepanecas huyeron. Pensé que aunque la guerra se prolongara se veía llegar la nueva estación.

++++

Decidió unirse a los mexicas. Esto enfureció a pueblos aliados, que rompieron con nosotros. No olvidaban que los mexicas, si bien tributarios de Azcapozalco, fueron activos cómplices del viejo Tezozómoc. Los de Chalco, Huexotla y una parte de los mismos acolhuas, rompieron con nosotros. Tlazcala y Huexotzinco mantuvieron la alianza. Desdeñoso, Acolmiztli Nezahualcóyotl repetía: “Los mexicas serán más útiles”.

++++

Por diversas vías el sagaz Tlacaélel buscó persuadir a Maztla de la conveniencia de la paz y de ser aliados; por toda respuesta Maztla exigía la total sumisión. Tlacaélel volvía, hablaba, volvía, hablaba... En tanto Izcóatl, Tlacaélel, Motecuhzoma Ilhuicamina y Nezahualcoyotzin se reunían para urdir la estrategia. Nunca en la historia se reunieron ni se han vuelto a hombres de tal laya. “Asolaremos la ciudad, se pondrá la ciudad asolada”, juraron los cuatro.

Con Nezahualcoyotzin barrimos primero con Coatlinchan, luego con Huexotla, donde mató al señor del sitio, luego con Acolman, luego con Toltitlan. Las bajas fueron mínimas.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Fue asombroso el resultado de la unión de los ejércitos: en combates que fueron como tea que va quemando en el bosque, vencimos a los tepanecas en 115 días. Con nuestras flechas, con nuestros escudos los vencimos, donde da fragancia la flor del ocelote. Los campos quedaron sembrados de preciosos pájaros rojos y cautivamos numerosas flores de batalla para ser sacrificadas. Las llanuras se enrojecieron con el divino licor. Entráramos a saco en ciudades y pueblos y matábamos a los jefes.

Los más crueles tiranos pueden esconder en sus corazones a despreciables cobardes. Después de ser vencido, Maztla se escondió en un baño de sus jardines; fue sacado de allí de modo vergonzoso. En plena plaza central Nezahualcoyotzin, que paladeaba la venganza con perversa dulzura, le arrancó el corazón a filo de obsidiana y lo ofrendó a los dioses, a la victoria de los ejércitos unidos, a la memoria de su padre victimado y a la furiosa persecución de que fue objeto.

Desde entonces a Azcapozalco se le rebajó y humilló como a un lugar donde sólo pueden venderse esclavos. Y desde entonces sólo es eso. Jamás han vuelto a levantarse en su gloria y poderío antiguos.

++++

En un sorpresivo despliegue los aliados se apoderaron casi enseguida de Xochimilco, de Cuitláhuac y Chalco, al sur de la vasta laguna. Izcóatl, hijo de Acamapichtli, comandaba con enérgica habilidad a sus huestes. Nos embriagábamos con el divino licor. Ahora, por los cuatro puntos cardinales de la laguna, los aliados estábamos protegidos. Nezahualcoyotzin saboreó hasta la última gota la caída de Chalco y de su intrigante y veleidosa nobleza. Pero no imaginó ni de lejos que sólo sería el inicio de muchos años de negociaciones y com-

bates que tendrían acolhuas y mexicas con los bravos chalcas y sus cinco pueblos y cortes. La hermosa y fría Chalco, que se alzaba al borde del bosque y al borde de las nieves, frente a la casa de jade, sería un implacable enemigo hasta la final caída.

Y nuestros libros empezaron a pintarse de continuo con flechas y escudos. Y nuestros libros empezaron a llenarse de imágenes de flechas que atravesaban templos.

++++

Me enorgullece relatarles que combatí a menudo al lado de Acolmiztli Nezahualcóyotl, quien dirigía y batallaba con valentía furiosa y convicción vengativa. Desde el inicio de la flor de la guerra era visible su transformación en águila majestuosa o en ocelote ágil sobre las acacias. ¡Qué deleite era verlo dirigir el combate y combatir en él! ¡Qué sagacidad! ¡Qué rapidez y puntería! ¡Cuánta habilidad y cuánta suerte para librar al contrario! Ahora, de pie en el umbral de la casa de la noche, cuando me vienen a la memoria aquellos tiempos, veo en una sola imagen todas las batallas: como si fuera todo un solo movimiento de rodelas, macanas, arcos, flechas, brazos, piernas... Raudales de soldados barriendo al enemigo. Incendio y agua. Incendio en el agua. Debo reconocer, no obstante, que en esto no podríamos compararnos los acolhuas con los mexicas en su ira religiosa y la ciega convicción de su destino. Para los mexicas el combate les fue y les es tan natural al cuerpo como la raíz al árbol. “La guerra es nuestra vida”, han repetido desde antiguo y nadie dudaba de eso entonces ni ha dudado después ni ahora cuando han sometido a tantos pueblos con su valor invencible.

Luego de conquistar las ciudades fuertes del sur de la laguna color del pájaro quetzal, Tlacaélel adoptó el título de Tlacocheácatl, señor de la casa de los dardos, y a

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Motecuhzoma se le dignificó como Tlacatécatl, general de los ejércitos mexicas. Diecisiete capitanes subieron de rango y recibieron títulos y privilegios militares. Se les enaltecó también con la designación de *valientes*.

++++

Nezahualcoyotzin permaneció aún cuatro años residiendo en México-Tenochtitlan, pero reinando ya su ciudad hermosa. Mientras preparaba su regreso con todos los honores, Izcóatl le encomendó embellecer el bosque de Chapultépec y la construcción de una atarjea para llevar agua dulce a la ciudad de las blancas juncias y los blancos sauces. Nezahualcoyotzin se construyó también un palacio, al que, al dejar la ciudad, regresaría apenas.

Cuando paseo ahora por el bosque de Chapultépec y miro los ahuehuetes, recuerdo el tiempo cuando Yoyontzin, en la aurora del esplendor de su señorío, los sembró para muchas ligaduras de años.

++++

Juró en el templo de Tezcatlipoca como gran señor de Acolhuacan. Lo encumbraron Izcóatl, como Tlatoani mexicana, y Totoquihuatzin, como señor de Tlacopan, que ya había sido incorporado a la alianza. Entre muchos, asistieron a la ceremonia los principales dignatarios de su reino. Recuerdo cerca de él a Tlazolyaotzin, de Huexotla; a Motoliniatzin, de Coatlinchan, lejano pariente mío; a Tencoyotzin, padre del llorado Cuacuauhtzin; a Quetzalmalitzin, de Teotihuacan, y a Matlalaca, quien le ayudaría en el gobierno y el mando de la ciudad de Tezcoco.

A Nezahualcoyotzin se le vistió en realeza con un vestido azul de algodón, le calzaron unas cutaras azules y le pusie-

ron una venda de algodón azul en la cabeza. Luego se encaminó con los sacerdotes hacia el templo de Tezcatlipoca y se humilló ante el dios. Le dieron un incensario, sahumó rumbo a las cuatro orientaciones de la Tierra y poniendo unas brasas en el brasero, se dirigió al dios: “Vengo a tu presencia para ser confirmado en el oficio que debo ejercer, porque sin tu voluntad no hay cosa con efecto bueno. Si lo permites, tenme de la mano y encámname en el gobierno de este señorío, que es tuyo...”

Y el gran sacerdote Quetzalcóatl le contestó arengándolo con palabras que venían de la boca del dios Invisible e Impalpable.

++++

Cuatro días ayunó el nuevo señor de Acolhuacan en la casa del templo y no conoció mujer ni hizo cosa deshonestas, sino sólo se puso a reflexionar sobre el destino de su gobierno y mando. Por cuatro días incensó al dios rumbo a las cuatro orientaciones.

Y así le fue dado solio y trono. Así fue. Y desde entonces sus preocupaciones fundamentales fueron la guerra, el culto divino y el bienestar de su pueblo. Como disciplina extrema se propuso —se impuso— cuidar y mejorar su gobierno a diario. Y desde el principio supo oír a su gente. Desde que el solio y el trono fueron de él, se hizo hombre más sobrio en la plática y más discreto en el mando. Su sobriedad en las palabras era un signo de que le importaba más la justicia de las realizaciones.

Dos años más tarde se estableció al fin en Tezcoco. Recuerdo cuando cruzamos con dignatarios y familiares la laguna color del pájaro quetzal y llegamos al bosque de Acayácac. Se desbordó el pueblo y resultó la fiesta más espontánea y alegre de las que habíamos vivido y viviríamos.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Veo aún la luz del cielo levemente azul, los árboles del bosque bajo la luz, las tonalidades suaves de montañas y de colinas, la agitación incesante. Se fue luego al palacio de Cillan.

El dueño del Cerca y del Junto nos había salvado.

++++

De inmediato el señor Nezahualcóyotl se abocó a la organización del sistema de gobierno y dividió su territorio en catorce señoríos menores, con gobierno y mando centrales en la ciudad de Tezcoco. Perdonó a rebeldes y recompensó a gente de su confianza y la puso en las principales cabeceras: en Huexotla, lugar de sauces; en Coatlinchan, casa de la culebra; en Chiauhutla, sitio de ciénagas; en Tepetlaóstoc, lugar de dos cuevas, y en Acolman y en Tepechpan y en Tezoyocan y en Otumpan y en Teotihuacan. Para sí dejó, entre otros pueblos, Coatépec, Iztapalocan, Xaltocan, Tepepulco, Zempoalan, Aztaquecan, Ahuatépec, Axapuzco, Oztotípcac y Tizayucan.

Dividió luego la parte restante en ocho mayordomías, que además de su manutención, debían pagar tributo y rentas y atender los palacios y las obras que él llevaría a cabo.

Reglamentó las tierras: las que eran para él, las que se debían a templos y palacios, las que pertenecían a nobles y las que eran comunales en barrios.

A Tezcoco lo dividió en seis barrios, cada uno habitado por gente de determinado oficio. Los barrios se llamaron desde entonces Mexicayan, Colhuacan, Huiznáhuac, Tepan, Tlailotlacan y Chimalpan.

De inmediato reorganizó la educación, venida a menos o muy a menos desde la muerte de su padre, estimulándola en el Tlacateo y en el Telpochcalli. Creó los Consejos: el de Gobierno, el de Música y Ciencias, el de Guerra y el de Hacienda. Con los años, hijos suyos presidirían los Consejos.

Las leyes, la mayoría de las cuales perduran, nacieron también en aquel espacio con el fin de imponer una moralidad estricta. Se fijaron rigurosas y extremas penas: por asesinato, por robo, por adulterio, por homosexualismo, por alcahuetería, por conflictos en la posesión de la tierra, por problemas relativos a esclavos, por calumnias, por emborrachamiento en sitios indebidos, por hechicería...

Y para honor nuestro debemos decir que los jueces acolhuas han sido modelo para los demás pueblos de las tierras conocidas, que han venido aquí (aun los mexicas en su gloria y poderío) a presentar a menudo causas sabiendo que la justicia será expedita e imparcial. Y Nezahualcoyotzin ha estado siempre detrás de las sentencias difíciles, como el juez más alto, incorruptible e irreprochable. Y él mismo ha debido tragarse cuchillos enteros para soportar en carne propia las sentencias de nuestros jueces.

++++

Y se atravesaron con flechas los templos de los cuauhquecholtecas y del pueblo de Mízquic.

++++

Ese año 6 Casa nos hizo acompañarlo a hacer una visita a sus aliados tlazcaltecas para agradecerles servicios y favores y establecer asimismo un pacto de alianza y de ayuda recíproca. Iríamos luego a Cholula, ciudad de mercaderes.

En la comitiva íbamos Coyohua y yo. Luego de dejar Tlazcala nos encaminamos a Cholula. Entendimos pronto cuál era el sentido de la visita, Poco antes de los días nefastos se celebraba la fiesta en honor de Quetzalcóatl, dios tutelar de la ciudad.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Era la primera vez que visitaba Cholula. Admiré su traza con sus templos, su plaza central y sus cuatro calles que apuntaban a las cuatro orientaciones de la Tierra. Y hacia afuera de la ciudad, los blancos y exactos caminos. Bruñida y brillante, de lejos parecía Cholula el espejo del sol.

Llegamos. Paseamos por la ciudad con el señor de Cholula. El adorno de la efigie de Quetzalcóatl era excepcional en oro, joyas, plumería y mantas.

Cincuenta días antes los comerciantes habían comprado en Azcapozalco a un joven robusto y desde entonces lo habían tratado como al dios; iba vestido como Quetzalcóatl, le daban la mejor comida y en las mañanas lo cubrían de flores para que bailara y cantara en la ciudad. Nueve días antes, dignatarios y sacerdotes le anunciaron que debía morir. “Enhorabuena”, contestó.

Todo el día lo pasamos en Cholula. Desde que amaneció y oímos al gran sacerdote tocar el tambor hasta el último instante de la noche. Bajo encalados de ramas y de flores, de pájaros y de conejos, se dieron bailes y representaciones de historias. Comerciantes y dignatarios bailaban y todos pedían al dios que les diera buena salud. Ofrendaron gallinas, tamales, copal, plumas, antorchas y codornices.

Después de haber sido el joven honrado y venerado con incienso y música hasta medianoche, lo llevaron a la pirámide principal erigida en el ancho cerro, lo subieron a la plataforma de la pirámide y el gran sacerdote le arrancó el corazón a filo de obsidiana, lo ofreció aún palpitante a la luna y el cuerpo del joven fue echado escaleras abajo, donde los comerciantes lo recogieron. En casa del más rico se lo comerían en el banquete ritual.

Apenas alumbió el día nos despedimos. Por el camino de vuelta Nezahualcoyotzin nos dijo unas palabras que quedaron como llama en el corazón: “En los tiempos de Quetzalcóatl se sacrificaban sólo pájaros, serpientes y mariposas”.

Con el paso de los años los sacrificios a Quetzalcóatl en Cholula ascendieron a miles. Poco antes de morir, Nezahualcoyotzin me dijo: “Lo único hermoso de Cholula ha sido su cerámica”.

++++

La alianza no se consolidaba del todo. Había diferencias y problemas y conflictos. Por ese lapso (pero sólo por muy poco) fuerzas de Acolhuacan y de México- Tenochtitlan eran más o menos equilibradas. Aun se dio el caso de que el señor Nezahualcóyotl afrentara a Izcóatl y querellase a Motecuhzoma Ilhuicamina, porque no aceptó el señor de Tezcoco dar ayuda para el engrandecimiento del templo mayor mexicana. Esto no volvería a ocurrir y no pocas veces Nezahualcoyotzin debió humillarse ante los Tlatoanis mexicas o ante el sagaz Tlacaélel. Aprendió la diferencia entre valiente y temerario.

Pero desde que se arrolló a los tepanecas de Azcapozalco hasta la plena consolidación de la alianza, todo era titubeante, y aun nosotros, los tezcocanos, debimos someter de nuevo a pueblos que se rebelaban.

El perverso genio de Tlacaélel brilló de nueva cuenta. Luego de negociaciones hábiles quedó definitivamente integrada la poderosa alianza de México- Tenochtitlan, Tezcoco y Tacuba. Fue una unión que a la postre resultó de una eficacia avasalladora: junta al centro de la vasta laguna con sus lados oriente y poniente, y además, al integrar a un pueblo tepaneca y elevarlo a la mayor jerarquía, se consiguió a un aliado agradecido que a lo largo de los años se comportó leal y firme.

Se otorgaron títulos: se designó a Izcóatl como Colhua Tecuhtli, a Nezahualcoyotzin como Acolhua Tecuhtli y a Totoquihuatzin como Tepacnécatl Tecuhtli. Se acabaron de repartir entre los tres sesenta y ocho pueblos que les serían

---

El recuerdo de Nezahualcóytl tributarios. Pactaron unidad para la guerra y para consulta en los cambios de los grandes señores de sus respectivos pueblos y en las decisiones importantes que les incumbiesen.

Lo que se ha cumplido desde entonces.

++++

Y la alianza comenzó a barrer con todo. Ocuparon ya, de un modo sistemático las ciudades fuertes del sur de la laguna (Chalco sólo por un breve periodo) y las del norte (que se plegaron de inmediato): Tenayuca, Ecatépec y Cuauhtitlan. Quizá influyó en éstas la costumbre de plegarse a un pueblo más fuerte. Lo habían estado, hasta poco antes, con Azcapozalco, y ahora, con una alianza que arrollaba todo, se inclinaron prudentes a ser de nuevo ciudades tributarias y a aceptar a los dioses mexicas. Si arrasaron a Azcapozalco y la rebajaron a la condición ínfima de mercado de esclavos, ¿qué no harían con ellos?, me dijo alguna vez un noble cuauhtitlense.

++++

No recuerdo en ese lapso a un combatiente que igualara al señor Nezahualcóyotl. En esto honró a sus ancestros chichimecas, chupadores de sangre. Y para que los acolhuas fueran más ardorosos en la batalla, para que se embriegasen con flores donde se levanta el polvo, hacía cantos que cantábamos mientras percutían los escudos, sabiendo que la muerte más digna es la muerte a filo de obsidiana y al borde de la hoguera. Y se atacaba con ira e ímpetu hasta arrasar casas, quemar templos y matar al señor del pueblo o de la ciudad conquistados, porque el renombre no muere con la muerte, si no se lleva algo al lugar de los despojados de su carne. “Sólo con trepidantes flores...”

*Una  
y  
otra  
vez.*

Eso cantaba el señor Nezahualcóyotl, el más grande hacedor de cantos que ha morado en las tierras conocidas.

++++

Por eso no olvidamos cómo luchaba el noble Cuauhtecohuatzin, mientras otros cuidaban la figura. Imposible olvidar su muerte florida, allí donde los ocelotes rugen de rabia, donde se alza el humo del escudo. Cayó como valiente, como verdadero tequihua. ¡Cuánta gloria alcanzó por tantas batallas en tantos años! ¡Cuántas veces su habilidad y fuerza sirvieron de modelo para ocelotes y para águilas! ¡Oigo aún a Yoyontzin, nuestro señor, murmurar con tristeza: “Ya se va Cuauhtecohuatzin, ya conoce al dios”!

Cuauhtecohuatzin se había convertido ya en quetzal y moraba en los jardines de la aurora. Volvería en cuatro años como pájaro a libar de las flores.

Desde la muerte de Iztlixóchitl no recuerdo en Tezcoco quién haya sido más llorado por las mujeres que el noble Cuauhtecohuatzin cinco días después de su muerte florida.

++++

Y le pregunté en aquellos años a Yoyontzin cómo componía los cantos. Y me repuso: “Los pienso, voy tocando con deleite y paciencia las palabras que salen del corazón del dios y van a la lengua del pájaro cascabel que las hace que canten en mi corazón, y yo sueño, las modelo, las lleno de música. Y el corazón vive lleno del corazón del dios”.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Así lo hacía y lo hizo siempre: cuando concibió los cantos al Dador de la Vida, o a los amigos, o a la muerte en guerra, o a la memoria de nobles y héroes, o en los días de angustia y dolor...

La suya es una flor pulida hasta el último detalle pero que guarda un fondo inextricable y secreto.

++++

En los siguientes años, hasta la muerte de Izcóatl, mexicas, tezcocanos y tlacopanenses siguieron, por sí solos o unidos, sometiendo pueblos. Cayeron los tlahuicas, cayó Cuauhnáhuac, cayeron luego Iztocan, Tepecyacan, Teocalco, Tecalco, Tehuacan, y se apropiaron luego de las siete provincias de Tuchpan, y después, hacia el sur, llegaron a Tuchtépec, y luego, hacia el oriente, hasta Mazahuacan, Tlapacoyan y Tlahuacautitlan. Fue contra los de Tuchpan que fui herido en el brazo derecho, el que, desde entonces, perdió mucho de su ligereza. Y poco sentido tenía batallar donde el fuego ondula y el agua se incendia, así, con un brazo semilisiado.

++++

Poco después de la vuelta de Acolmiztli Nezahualcóytl como gran señor de Acolhuacan, decidí casarme. Habían pasado veintiocho años de mi nacimiento y, treinta y tres del señor Nezahualcóytl. Años antes, cuando aún no empezaba la guerra con Azcapozalco, había elegido a la hermosa y dulce Axóchiatl, hija de Teotzin, noble de Coatlinchan, pero las guerras sucesivas y los servicios al señor de Tezcoco habían interrumpido el paso.

Guardada para matrimonio, y con la relativa paz y el creciente poder de Tezcoco, era ya tiempo de levantar la casa.

Aquella mañana la laguna tenía el color del pájaro azul. Caminé por la ribera. Los follajes de los álamos parecían hilarse entre sí. Olía a tierra fresca. Vi el cielo que tenía la pureza que nace luego de una noche de tempestad.

Volví.

Se colocó una estera cerca del fogón. Nos sentamos en aramos los vestidos y llegaron los principales (los encabezaba Nezahualcoyotzin), quienes nos felicitaron y abonaron frases por una descendencia virtuosa, y detrás de ellos, llegaron nobles de México- Tenochtitlan y de Tacuba. *“El cacao floreciente ya arde, / la flor del tabaco ya se ha repartido”*.

Nos llenaron de regalos. Esperamos cinco días. Desde entonces, y pasados los meses, comprendí que era imposible haber hecho mejor elección.

++++

Desde que salía yo al alba, Axóchiatl cuidaba la casa como si fuera el cielo. Barría, hacía las comidas y tejía con manos de luz. Cuidaba el cuarto, la cocina, el santuario, el baño. Cuidaba las esteras y las cestas y las sillas y las mesas bajas y los pavimentos. Cuidaba el jardín y los animales domésticos. Cuidaba todo para el tiempo frío y para el tiempo del calor y para el tiempo húmedo. Cuidaba cada línea del rostro y cada línea del corazón.

+++++

Esplendía ya la aurora del mundo mexicana, acolhua y tlacopense. Fulguraba el sol de los cuatro más grandes hombres que se hayan visto juntos entre nosotros: Izcóatl, Tlacaélel, Motecuhzoma Ilhuicamina y Acolmiztli Nezahualcóyotl, secundados fielmente por Totoquihuatzin.

El astuto Tlacaélel era ya sombra que cubría gobierno y mando. Según su idea esencial debía cumplirse el destino que vaticinara su dios en los años nómadas: apropiarse del mundo por las cuatro orientaciones de la Tierra. Y Tlacaélel se convirtió de hecho, por más de cuarenta años (hasta los años de Axayácatl), en el poder reflexivo tras el trono. Consolidó con rapidez, ya lo dije, la alianza con acolhuas y tlacopenses, pero también repartió títulos y repartió tierras que se conquistaban y reformó las reglas electorales, pero lo que más nos llenó de estupor fue su orden de quemar los libros con las historias antiguas, porque contenían un montón de mentiras e invenciones, y las hizo llenar de un montón de nuevas mentiras e invenciones. Con asombro, con espanto (como historiador lo discutí con Nezahualcoyotzin), vi en los nuevos libros de pinturas, que los mexicas, un pueblo de mínima historia, tenían, por imágenes e imaginación, una peculiar y brillantísima historia. Se emparentaron por decreto con toltecas y tarascos, y Huitzilopochtli y Coatlicue, los nómadas dioses de los nómadas mexicas, se igualaron con los dioses antiguos que moraban en estas tierras hace muchísimas amarraduras de años cuando se auto sacrificaron en Teotihuacan para que el Sol echase a andar y naciera la edad en que vivimos. Nos enteramos (ahora todo el mundo lo ve con naturalidad) que Huitzilopochtli era también dios de todo pueblo nahua, gracias a las negociaciones de los señores y sacerdotes, entre quienes estaba también Nezahualcoyotzin.

Pero nosotros, los acolhuas, para quienes la historia fue una búsqueda de raíz para alcanzar la verdad, conocíamos su historia. Venían, como vinieron otros pueblos de la laguna (nuestro pueblo mismo), del lejano norte. Venían de un sitio llamado Aztlan, situado a la mitad de una laguna, el cual no sería muy distinto de los otros sitios que lo rodeaban, es decir, el lugar de las siete cuevas, donde se alza el mezquite y se ven

los tzompantlis. Allí donde abundan espinos, magüeyes, biznagas, pastales y abrojos, y se ven osos, pumas y serpientes. Por muchas amarraduras de años vivieron en cuevas y comieron raíces y carne cruda. Como nuestros abuelos, contaban sus años desde el 1 Pedernal. Llegaron a la laguna color del pájaro quetzal hacía poco menos de cinco amarraduras de años, cinco veces 52 años, y en ese entonces aún comían raíces y carne cruda. Por aquel tiempo Colhuacan, heredera de los toltecas, dominaba el valle en el norte. Los mexicas se instalaron, o los dejaron instalarse, primero en Chapultépec, de donde fueron echados por los tepanecas de Azcapozalco, y luego en Tizapan, donde sobrevivieron alimentándose con las víboras con las que los colhuacanos creyeron exterminarlos. Fue allí, en Tizapan, donde aliados con los colhuacanos (eran mercenarios suyos) asombraron a los pueblos de la región con su valor y crueldad venciendo a los bravos xochimilcas y cortándoles las orejas hasta llenar dos canastas.

Pero los fieros mexicas fueron los últimos en llegar al valle. Cuando llegaron aquí, a las tierras que bordean la laguna, nadie conocía su rostro. Y padecerían aún, miserables y desarrapados, antes de asentarse en México-Tenochtitlan, cuando alzaron, según la señal de su dios, su pequeño y mísero templo en el sitio donde un águila estaba parada sobre un nopal y levantaron sus primeros jacales de carrizo y de espadaña. Fue cuando dijeron: “¡Ahí estará!”. Y lloraron felices: “¡Merecimos nuestro deseo!”. Y allí se alzó paupérrima e ínfima la casa del guerrero del sur. Ellos, quienes lo habían cargado, quienes habían cargado a su dios desde las tierras del norte. Y para alzar el templo no tenían ni siquiera madera o piedra.

Pero desde entonces, o mucho antes, aun en condiciones de extrema precariedad y cercados de fieros y altivos enemigos, lo único indomable en ellos fue la voluntad. Y en esto no

---

El recuerdo de Nezahualcóytl  
hubo pueblo que tuviera su austera disciplina y su conciencia  
de apropiación. Ninguno. Ninguno, como ellos, se consideró el  
pueblo elegido para dominar el mundo. Ninguno. Sólo ellos,  
los mexicas: un pueblo despiadado y ejemplar.

++++

Y debe decirse que ni mexicas, ni tlacopenses, ni chalcas, ni  
totonacos, ni nosotros, negamos nunca nuestro pasado chi-  
chimeca. Al contrario: fue el brazo que dio fuerza en la batalla;  
el otro, el tolteca, nos fortaleció el corazón y volvió el rostro  
más sabio. Pero a los totonacos, como a los mexicas, les ha  
gustado exhortar e inventar la historia.

++++

Nezahualcoyotzin me mandó llamar como consejero y cro-  
nista. “Guardará en libros de pinturas la historia de la ciudad y  
la vida de mi persona.” Ayudaría también en archivos y ense-  
ñaría en el Tlacateo. Y así fue y así ha sido como lo hago ahora  
cuando les hablo a ustedes.

++++

En los años siguientes Acolhuacan empezó a crecer y a her-  
mosearse. Se hacía la casa y se hacía el pueblo. La ciudad,  
fundada sobre el canto, parecía hecha de sueño y música de  
palabras.

Para esto el señor Nezahualcóyotl seguía los trazos de la  
gran Tollan y acaudillaba su ejército para ampliar el imperio.

Contiguo a los palacios del señor Nezahualcóyotl, que  
edificaban Xilomantzin, señor de Colhuacan, y Moquihuitzin,  
noble tlatelolca, se remodelaron, en el corazón del área, los

templos gemelos de Huitzilopochtli y Tláloc. Nezahualcoyotzin quiso oponerse; él quería como templo principal el templo de Quetzalcóatl; la razón de estado y no la razón acabó imponiéndose. Algunas preguntas de Izcóatl y de Tlacaélel bastaron: ¿Quién te protegió en la huida? ¿Quién te cuidó? ¿Quiénes son tus parientes? ¿Quiénes te acompañaron en la lucha contra los tepanecas? ¿Quiénes te devolvieron la silla y la estera?

Preguntas que le repetiría con los años Motecuhzoma Ilhuicamina. Con el paso de los años.

Y debió bajar la cabeza.

++++

A menudo Nezahualcoyotzin me enviaba como embajador a México-Tenochtitlan. O a otros pueblos de la ribera del lago: Azcapozalco, Cuauhtitlan, Tenayuca, Tlacopan, Chapultépec, Coyoacan, Xochimilco, Colhuacan, Iztapalapan, Huitzilopochco, Iztacalco. O iba a visitar a sus sabios o guerreros.

Me gustaba navegar por la laguna color del pájaro azul. En ocasiones me detenía para ver la laguna, los cerros y las montañas rodeándola, el melancólico cielo. Veía pescar a los pescadores y sabía lo que pescaban: peces blancos, axolotes, huevos de mosquito. O cazaban aves con redes puestas en palos altos. ¡Qué multitud de canoas! ¡Qué luz deteniéndose en los días de niebla!

Dejaba algunas veces la canoa en alguna calle de tierra y agua del calpulli del norte, del oriente o del sur —Xicotitlan o Atzacocalco, Ayauncalco o Xoloco—, y me iba a pie al juego de pelota, o al Calmécac, o a la casa de los guerreros águila, o al palacio de Izcóatl, o a visitar historiadores y astrólogos, o a conversar con amigos de la flor y el canto. ¡Qué belleza aquellos barrios! ¡Qué anchas y rectas calles! ¡Qué goce ver las canoas atravesando las calles! ¡Con cuánta admiración recuer-

do aquellas casas simples y exactas, aquellas chinampas que robaban suelo al lago, las modestas pero puntuales construcciones del templo y del Telpochcalli en cada barrio! ¡Cuánto había cambiado la ciudad —me decía— desde que era un simple islote pantanoso entre rulares y carrizales, cuando la ciudad se fundó sobre el canto aquel año 2 Caña; ¡Cuánto había cambiado desde que a los mexicas los llamaban “los salvajes lacustres”!

Tlacaélel había tenido asimismo la idea notable de crear, o más bien de institucionalizar y dinamizar, una orden de guerreros que unieran en la batalla al sol y a la tierra. Y amplió y dignificó la hermandad de guerreros águila y de guerreros ocelote. Izcóatl y Nezahualcoyotzin, como sus padres y abuelos, habían sido notables águilas y ocelotes, como lo fueron asimismo Acamapichtli y Huitzilíhuitl, entre los mexicas, y Quinantzin y Tlaltecatzin, Tecbotlala e Iztlixóchitl, entre nosotros.

Izcóatl, Nezahualcoyotzin y Totoquiuhatzin aprobaron de inmediato la instalación de las órdenes de guerreros. Y por ese lapso, estoy seguro, empezó a construirse en México-Tenochtitlan, al lado del templo mayor, la casa de los guerreros del sol y la casa de los guerreros de la tierra. La mejor prueba de la eficacia de la doble orden de guerreros la pueden confirmar ustedes con el número de calaveras, atravesadas de ambas sienas, en las varas del tzompantli.

Pero mi goce mayor en la ciudad de las blancas juncias y los blancos sauces era asistir al juego de pelota. Hasta hacía poco había sido un rápido jugador, pero sin el brazo ágil, ¿qué hacer en el juego? Por demás era raro el jugador, que habiendo empezado de muy joven, siguiera jugando en la edad madura con la violencia y la precisión debidas. ¡Pero contadísimas cosas más emotivas para mí, como para miles y miles, como ver entrar la pelota por la argolla de piedra! ¡Eran la victoria y los premios y el honor!

No podía evitar al verlo, asociar de continuo que el juego encarnaba una idea divina. Al jugarlo el hombre podía sentirse y creerse el dios. La cancha era el cielo donde los dioses jugaban con las pelotas de los astros. El juego había sido jugado por los dioses aun antes del nacimiento del hombre. Entre los maya-quichés dos hermanos divinos vencieron a los señores del inframundo y se convirtieron en el Sol y la Luna. Quetzalcóatl y su hermano Xólotl, los gemelos preciosos, eran los dioses protectores del juego entre los mexicanos. Y el juego lo han jugado y lo juegan pueblos como los mayas, los zapotecas, los mixtecas, los totonacos, aun los del lejano norte. El juego nació más allá del tiempo y encarna en el tiempo.

Y yo he amado en el juego de pelota el vigor, el coraje y la habilidad. Y cuando podía venía a México-Tenochtitlan para asistir al juego de los grandes. Allí, en México-Tenochtitlan, cuya gloria y honor no serán olvidados.

++++

No menos lleno de imaginación religiosa resulta el fulgurante juego del volador, que nació para celebrar las amarraduras de años: las cuatro sogas se multiplican por las trece vueltas que da el volador hasta llegar a tierra.

¡Y uno se vestía de águila y el otro de zopilote y aquél de guacamaya y el último de faisán! ¡Y al descender como aves cada volador ampliaba las vueltas hasta formar en el aire círculos concéntricos! ¡Y hasta tocar la tierra!

¡Qué destreza para realizarlo con tal ímpetu, velocidad y exactitud! ¡Cuántos no quedaron en la tierra hechos pedazos al golpearse en el descenso mortífero! ¡Pero qué delectación visual esos instantes en que 52 años formaban la amarradura en el vértigo que parecía un instante!

Y no pocas veces me dije que nuestro fervor por la muerte sólo era comparable con nuestro fervor por la vida.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Vida y muerte para los nahuas han sido unidad indestructible.  
Tierra y sol, ocelote y águila, madre nuestra y padre nuestro.  
Y también solía jugar y apostar en el patolli.

++++

Por ese tiempo, con frecuencia, iba a conversar con sabios y forjadores de cantos a Huexotla y a Coatlinchan, vecinos inmediatos de Acolhuacan. La amurallada Huexotla era más bosque que ciudad. Eran tantos los árboles, tan tupidos los follajes, que apenas podían verse, desde pirámides o templos o palacios, fragmentos de los cerros distantes. En Huexotla los pájaros nunca dejaban de cantar. Nunca como en Huexotla vi tal cantidad de mariposas y de colibríes ser en el aire como flor.

Coatlinchan, ciudad mía y de mis antepasados, era distinta. Era alta y en lo alto la ciudad se inclinaba suavemente hacia los lados. Menos boscosa, el paisaje era de sabinos y sauces, de nopales y magueyes. Recuerdo sobre todo las mañanas con la niebla sobre el valle y los cerros lejanos respirando el azul del cielo.

++++

La más leve ventura es vereda rápida para sufrimiento y desdicha. Vinieron muertes que nos llenaron de aflicción y dolor. El fiel Coyohua, con una gran carga de años, de labores y penas, entró para siempre por la puerta de la casa de la noche.

Se hizo la ceremonia pública. Un anciano le habló diciéndole que ya había superado los trabajos de esta tierra, adonde sólo se viene por un instante y que ya era tiempo de que conociese al dios que tiene por nombre Mictlantecuhtli y a la diosa que tiene por nombre Mictlancihuatl, allá, en el sitio que es amplio y es de todos. No regresaría ni sabría más de tribulaciones y de aflicción.

Ornaron el cuerpo e hicieron el bulto mortuario. Derramaron agua sobre la cabeza, le dieron una olla de agua y le pusieron un trozo de jade en la boca. El anciano le advirtió que no sería fácil llegar hasta el noveno sitio del mundo subterráneo.

Lo incineraron. Se guardaron las cenizas en una olla, que se enterró bajo el suelo en la casa familiar.

++++

Cada vez que vuelvo hacia aquellos días, el dolor se torna insoportable. A lo largo de las estaciones aquella paloma se volvió de una insoportable luz. Murieron parte del corazón y del cuerpo cuando murió Axóchiatl al dar a luz una hija. Todavía alcanzo a oír cuando la partera le hablaba a la recién nacida diciéndole que había de estar en la casa como el corazón dentro del cuerpo y habría de ser la ceniza con que se cubre el fogón. Pero en el instante en que la partera elevaba su plegaria a la diosa del agua para que purificase el corazón de la niña, para que no hubiese en ella una sola gota de suciedad, Axóchiatl murió.

La partera, queriendo consolarme, decía que quedaba aún la bellísima tortolita. Lo repitieron los visitantes que llegaron a dar los parabienes, pero que luego lo entendieron como una pena sin nombre.

—Axóchiatl acompaña ahora al sol por las tardes hasta el crepúsculo —me dijo Temilotzin, de Coatlinchan, primo mío. Y por primera vez sentí un vacío interior que nunca me ha abandonado del todo.

—Todos habremos de irnos hacia una nueva casa. Tarde o temprano volveremos a encontrarnos.

++++

Cuatro días después se le dio nombre a la niña. Le dimos por nombre Illáncueitl. Llegaron los invitados. Nos pusimos en medio del jardín. La partera, con una olla llena de agua, empezó a hablarle a la niña, puso unas gotas en sus labios para que creciese y reverdeciese, colocó su mano húmeda en el pecho de la niña para purificarle el corazón y salpicó unas gotas de agua sobre la cabeza para que entrara el agua del señor del mundo. Terminó lavándole el cuerpo y dijo palabras que alejan males. Invocó a la tierra, esposa del sol.

Y partera y parientes pronunciaron discursos y acabó todo en un gran banquete triste.

++++

Vino una prima mía de Coatlinchan a la casa a cuidar a Illáncueitl hasta que la niña llegara a la edad de servir en el templo de Quetzalcóatl. Se llamaba Quiauhóchitl, Flor de lluvia.

Y aquellos primeros años de Illáncueitl en la casa fueron de alegría y ternura que consolaron en algo la pérdida. La niña se parecía cada vez más a la madre. Era un collar, una paloma, algo que uno toca y se convierte en flor. Antes de entrar al servicio de Quetzalcóatl llenó de alegría y de ternura la casa del corazón.

++++

Poco tiempo después murió Izcóatl, hijo de Acamapichtli. Fue en el año 13 Pedernal. Poco antes habían vuelto a someter los aliados a los cuauhnhuacas.

Le hicieron a Izcóatl los honores toltecas. Fue al primer Tlatoani mexica a quien se los hicieron. Sus cenizas repetían las de Quetzalcóatl, cuando el señor del alba se autoincineró

---

Marco Antonio Campos  
en las tierras de Tlillan Tlapallan. Se guardaron sus cenizas en una cámara abovedada.

Ahora Izcóatl se elevaría a la casa del sol para acompañar al dios. Gritaría con otros cuando surgiera el sol entre el blanco y el azul del alba, lo miraría, y con los demás valientes entablaría combates hasta que llegase al cenit. Pero a Izcóatl podríamos esperarlo, porque en cuatro años volvería con nosotros como quetzal o colibrí o ave de prodigioso plumaje, repetían los sacerdotes. No lo despedimos; volverá. Vino aquí un momento y volverá para irse de nuevo y volver.

++++

Nezahualcoyotzin aprendió, no sin amargura, no sin asomarse a la dura mano de los mexicas. Muerto Izcóatl, ese año 13 Pedernal, como Tlatoani mexica, Motecuhzoma Ilhuicamina. Se le elevó a gran señor de los hombres, a gran de los guerreros. Tlacaélel, Nezahualcoyotzin y Totoquihuatzin dieron su voto de calidad para el encumbramiento del hijo de Huitzilíhuitl, quien, como el mismo Izcóatl, lo primero que ordenó fue agrandar el templo doble. Como su hermanastro Tlacaélel, Motecuhzoma Ilhuicamina había recién cumplido cuarenta y dos años. Para todos fue sorpresa. Esperábamos que la gran elección recayese en el astuto Tlacaélel.

++++

Se multiplicaban problemas entre los dos aliados mayores y ardían conflictos menores como pequeñas hogueras que amenazaban crecer. Descontentos los mexicas informaban, advertían, lanzaban amenazas. El señor Nezahualcóyotl mandó llamar los catorce dirigentes de su gran señorío con el fin de amonestarlos con toda seriedad para que no se creasen

---

El recuerdo de Nezahualcóytl enfrentamientos con los mexicas, que los trataran bien, pues de otro modo era buscar derramamientos de sangre inútiles, y por tanto, pérdidas, tribulaciones, desesperación. Que no des-cuidasen a los macehuales, quienes por ignorancia o imprudencia, suelen crear provocaciones.

Nezahualcoyotzin fue convocado a México. Llegó al palacio de su primo Motecuhzoma, flechador del cielo, y luego de rendirle éste los honores y parabienes que se deben al huésped, Nezahualcoyotzin rogó a su primo que fuese como árbol de gran sombra donde el acolhua pudiese hallar cobijo, porque él, que era padre y madre del mexica, debía serlo también de los acolhuas. Que los más desamparados y débiles eran de él plumas de sus alas y plumaje de su cabeza, pues por algo los dioses, en particular Tezcatlipoca, a través del voto de los principales, lo habían señalado como gran señor de los hombres, como gran señor de los guerreros, para defender el templo de Huitzilopochtli y asegurar la devoción a los dioses, y que él, Acolmiztli Nezahualcóyotl, conocía de sobra la ira de fuego y agua del mexica y no quería excitarla.

Motecuhzoma quedó complacido, pero Tlacaélel, que era de nuevo en varios sentidos el poder de las ideas tras el trono, arguyó que aceptaban el ofrecimiento de paz y concordia, salvo si se cumplía con una batalla fantasma en los llanos de Chiconauhtla y Chiquistépec. Los acolhuas tendrían que huir, y los mexicas, sin quitar la vida a nadie, los perseguirían hasta Totoltzinco, donde quemarían el templo, para que los demás pueblos confirmaran una vez más la fuerza mexica.

Por un lado a Nezahualcoyotzin le tranquilizó evitar el estallido del conflicto; por otro, se sintió ofendido y humillado.

—Tlacaélel desconfía de su sombra —me dijo visiblemente molesto.

—Es un artista del engaño —repuse.

Nezahualcoyotzin calló.

—¿Y qué piensa hacer?

—¿Qué se gana con la contienda?

En poco tiempo los mexicas han crecido desmesuradamente en poderío militar. Mientras nosotros pensamos en un gran territorio, pero ante todo en un buen gobierno, ellos ansían principalmente que canten escudos y vuelen flechas. Nosotros queremos que las armas sean complemento de grandeza espiritual; ellos usan, compran o roban la grandeza espiritual de otros pueblos, que es sólo aderezo de sus armas. ¿No le viene a la memoria ese canto mexica? “Aquí nadie teme la muerte en guerra. / Ésta es nuestra gloria. / Éste tu mandato. / ¡Oh dador de la Vida! / Tenedlo presente, oh príncipes, / no lo olvidéis. / ¿Quién podrá sitiar a Tenochtitlan? / ¿Quién podrá conmovier los puntales del cielo?”

++++

Finalizaba el mes de teotleco. Se acercaba la fiesta de todos los dioses. Bajo las lluvias torrenciales la laguna amenazaba desbordarse. Nezahualcoyotzin llamó a los consejeros. Creí que propondría medios para luchar contra las probables inundaciones. Ese día el cielo estaba cubierto de nubarrones iluminados a menudo de relámpagos. Nadie sale de sus casas, le dije. Los criados servían cacao, pinole, chía. Para mi asombro su discurso fue otro. Pasa el tiempo y puedo quedarme sin herederos legítimos, dijo en tono preocupado. Es hora, repusimos.

Sabíamos bien que las persecuciones, las guerras para ampliar y consolidar los territorios, la administración del gobierno, las obras públicas, y, desde luego, el solaz con mujeres de toda laya, nobles o plebeyas, apenas le habían hecho sentir la necesidad de decidir la continuación de su señorío. No hacía mucho había devuelto a los mexicas veinticinco muchachas nobles que le enviaron pensando en un probable casamiento.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Para qué, argüía, si tengo las que quiero y entre las de mi señorío sobran nobleza y hermosura.

Cierto, cualquiera de sus muchos hijos actuales podría con el tiempo ser considerado para la sucesión, pero meditando bien, eso podría traer disensiones y luchas fratricidas. Lo mejor era cumplir de una vez por todas con la tradición y casarse con una del señorío, como antes lo hicieron todos los de su linaje con muchachas de Huexotla y de Coatlinchan. Para esto, añadió, había vuelto a pensar en la hija legítima del señor de Coatlinchan, que él eligió cuando era aún muy niña, pero que debería ser ahora un collar, una paloma bellísima, una piedra preciosa, como lo fue su madre, y a quien había dejado en encargo a su hermanastro Cuauhtlehuantzin, quien, claro, había fallecido, pero la familia debió seguir cuidándola. Era ya tiempo de que el corazón tuviera casa.

Los hombres de confianza de Yoyontzin la habíamos olvidado casi por entero. Yo apenas la había recordado dos años antes, pero había creído, como otros, que Yoyontzin ya no la consideraba para gran señora.

++++

Fueron meses muy tristes para él. Yoyontzin vivía abrumado por la tristeza. No dejaba de interrogarse. ¿De qué servían conocimiento y mando? ¿Qué objeto tenía ser un verdadero grande entre los pueblos nahuas y ser ya admirado como sabio, valiente y noble? ¿De qué servía haber forjado los más bellos cantos que nunca se concibieron? Para qué, si la sombra de la sombra de nadie le arrebatara a uno la mujer elegida. Melancólico y escéptico dudaba de grandezas, de honores y moral. Su sobrino, Ixhuetzcatocatzin, hijo de su hermanastro, se había desposado con la muchacha. Lo entregó a los tribunales; el sobrino se dispuso a recibir la pena; fue absuelto.

Ésa fue la primera experiencia amarga que sufrió Yoyontzin con el rigor de los jueces acolhuas. Lo padecería aún en carne y corazón con hijos propios, porque los jueces le tomaron la palabra de que la justicia era fin principal y debía ejercerse con particular celo con dignatarios y principales. Y así fue y así ha sido. Y para ello Yoyontzin, como después su hijo Acapioltzin, como ahora Nezahualpilli, han cuidado que los jueces sean bien pagados con tierras buenas para que no haya problemas de sustento. Los vecinos se las siembran y les dan cosecha y frutos. Por eso en Tezcoco, modelo de pueblos, es inadmisibles la corrupción. Al aceptar cualquier tipo de dádiva o cohecho los jueces corren riesgo de perder el empleo o la vida, como sucedió por ese lapso, cuando alguno dio contra un pobre labrador, un veredicto injusto beneficiando a un poderoso. Y fue ahorcado.

En esa difícil estación le dio a Yoyontzin por dialogar con sabios, por visitar a nobles y a miembros de la fraternidad de la flor y el canto y por componer cantos tristísimos sobre esta vida que es breve y adonde sólo venimos a padecer.

Le dio por caminar solo y no pocas veces grandes distancias. Un mediodía de aquel 3 Caña caminaba por la ribera de la gran laguna. Casi sin darse cuenta, ensimismado como estaba, llegó a Tepechpan, ciudad de su señorío. Al saberlo Cuacuauhtzin, señor de la ciudad y primo suyo, salió a recibirlo y le rindió los honores del huésped.

Cuacuauhtzin lo invitó a comer. Para apagar un poco la tristeza de su primo y señor, ordenó que les sirviese una joven mexicana de 17 años, Azcaxóchitl, que el señor de Tepechpan guardaba para matrimonio. Nezahualcoyotzin enmudeció de admiración. No dejaba de verla.

De principio le horrorizó la idea.

++++

Decidió enviar a Cuacuauhtzin a dirigir el ejército contra Tlazcala. Llamó a dos guerreros suyos de plena confianza y les encomendó que lo matasen en combate.

De principio Cuacuauhtzin se sintió halagado pero no alcanzaba a comprender el repentino otorgamiento de tamaño honor. Hacía tiempo, además, que por su edad no combatía. Comprendió todo. “También le hace de llama”, murmuró entre los íntimos contra su primo y señor.

Antes de salir a combate, Cuacuauhtzin, gran pájaro cascabel, convocó en los huertos del palacio de Tepechpan a la hermandad de los príncipes (Nezahualcoyotzin fue el invitado principal), y el desdichado Cuacuauhtzin, acompañado por el fúnebre sonido del huéhuetl y del teponaztli, de flautas y caracolas, cantó algo que sólo entendió del todo uno de los invitados y entenderían con los años todos: “Deja abrir la corola de tu corazón, / deja que ande por las alturas. /Tú me aborreces, tú me destinas a la muerte, ya me voy a su casa, / pereceré. / Acaso por mí tú tengas que llorar, por mi tengas que afligirte, / tú, amigo mío”.

Nezahualcoyotzin fue el primero en despedirse.

++++

Dada la noticia de la muerte, Nezahualcoyotzin envió sus condolencias a la muchacha diciéndole que se apiadaba de su desdicha y para reparar en algo el daño que le causaron la pérdida por esposa. El valiente Cuacuauhtzin, elogiaba, era ya un soberbio acompañante del cortejo de guerreros que apoyaba al sol hasta el mediodía. Azcaxóchitl, que ignoraba la intriga, aceptó.

No sólo Nezahualcoyotzin daba la espalda a los antepasados eligiendo a una mujer que no era de su señorío;

---

Marco Antonio Campos  
los medios siguieron siendo reprobables. Pocos días después Nezahualcoyotzin simuló ver a Azcaxóchitl en el traslado de una peña de Chicuhnauhitla al bosque de Tepetzinco (la orden fue suya). Preguntó quién era. Le contestaron.

Ordenó llevarla a su presencia.

++++

Con alegría los mexicanos recibieron la noticia de que una joven de la ciudad de las blancas juncias y los blancos sauces sería la señora de Acolhuacan.

Los vínculos crecían entre las dos más poderosas y bellas ciudades de la región.

De Azcaxóchitl debe encomiarse que fue siempre modelo de fidelidad y dulzura, y en el momento más grave de su vida, de un valor irreprochable.

## SUR (Conejo)

El gran palacio, o más bien, los dos palacios que eran el gran palacio, y que con Nezahualcoyotzin llegaron a tener más de trescientas habitaciones, se estrenaron con las bodas del señor Nezahualcóyotl y Azcaxóchitl en el curso de año 3 Caña. A Tezcoco arribaron Motecuhzoma, Tlacaélel y Totoquihuatzin acompañados de dignatarios y principales de México-Tenochtitlan y Tacuba. Arribaron vecinos nobles de nuestro gran señorío. Los palacios aún nos prestigian donde quiera. Es un servicio que les debemos en el recuerdo a Xilomantzín y a Moquihuitzin, insuperables toltecas, y desde luego al mismo Nezahualcoyotzin, quien supervisó cada minucia. Y así eran los palacios en su parte fundamental y así lo son ahora: en el

patio mayor se hallan el juego de pelota y el mercado y rodeándolos —abrazándolos— los salones para la flor y el canto, los variados y riquísimos archivos, las habitaciones para los huéspedes de la alianza, los almacenes de tributos y el jardín zoológico; rodeando al patio menor, las salas de Gobierno, de Consejos y de Jueces y la del Consejo Real, y al oriente, la sala de los jueces de Nobles y la de los Cuatro Consejos, y al reciente, la del Consejo de Guerra, y al sur, la del Consejo de Hacienda, y al suroriente, las habitaciones de los soberanos.

Desde varios días antes habían empezado bailes y fiestas. Llegaron los mejores voladores de otros pueblos (aún en los ojos vive el vértigo de la velocidad). En el juego de pelota, dos hijos de Nezahualcoyotzin, que serían más tarde dos verdaderos tequihuas (Acamipipioltzin y Xochiquetzaltzin), ganaron premios.

En patios y plazas se bailaba de la mañana a la noche. Innumerables hombres y mujeres de los catorce señoríos nuestros bailaron de la mañana a la noche. Desde el instante en que surgían los primeros fulgores del alba y alguien daba el primer silbo, los atabales empezaban entonces a sonar, y subían de tono, más, más alto, más alto, la sonoridad tornábase frenética, y más, más, hasta volver el baile vertiginoso, y más, más, cambiaban y entraban tonos y flores y bailes y cantos y todo volvíase más alegre, y el percutir de los atabales resonaba en todo el ámbito, y así, hasta la llegada de Xólotl, el gemelo precioso, y así, hasta que la noche caía sobre Tezcoco.

Y el día de la boda, en una hermosa estera frente al fogón, Nezahualcoyotzin y Azcaxóchtli ataron sus vestidos. Dignatarios y principales de nuestro señorío llegaron a darles los parabienes y a desearles unos herederos que respondiesen a su memoria y nobleza. Entraron los de México y Tlacopan, y luego, vecinos menores.

Y fueron los dos al lecho.

Y bailes y fiestas continuaron y hubo un baile gracioso que agradó a los señores, y varios días después, cuando los convidados se deleitaban más, Nezahualcoyotzin, que tragaba a puños las trizas del cuchillo del remordimiento, ordenó venir a los músicos y les pidió que cantasen, y el canto, que él compuso para la ocasión, hablaba de la vida que es breve y es flor que se marchita y de la gloria en la Tierra que es efímera. Y entonces esplendor y dicha se apagaron y la deslumbrante fiesta fue como flor que se marchita.

Cuando partieron todos le pregunté por qué lo hizo. Repuso: “Para recordarle a los grandes señores y recordarme a mí mismo en una ocasión tal, de la fragilidad del gobierno y de vida”.

Pero sospeché también otro motivo.

++++

Hacia el suroriente la alianza continuó con su avance y demolición. Y se volvieron parte del imperio y tributarios por necesidad Cohuizco, Oztoman, Quezaltépec, Ixcateopan, Teozcualco, Poctépec, Tamazoloapan, Chilapan, Quiauhteopan, Ohuapan, Tzonpahuacan y Cozamaloapan.

Pero donde fulgieron igual al oro dos de sus valientes hijos (Xochiquetzaltzin y Acamipipioltzin) fue contra los, hasta entonces indomables huastecos en las llanuras del Pánuco.

Fue la última batalla en que participó Nezahualcoyotzin. Nunca fue vencido ni herido.

++++

Y así fue la batalla, me contó más tarde el gran águila Xochiquetzaltzin. De principio se cumplieron las leyes de la guerra. Se envió primero a embajadores. Llegaron los de

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

México-Tenochtitlan, quienes se entrevistaron con los ancianos y a quienes pidieron que aconsejaran al señor de los huastecos de necesidad de la amistad y la protección de la alianza. Ábranle ustedes los ojos y el corazón. Es suficiente decir que no es contrario al imperio y deje negociar con libertad a nuestros comerciantes. Basta con poner la efígie de Huitzilopochtli en el temido y que nos envíen a México un rico regalo en oro, joyas, plumas y mantas. Dejaron macanas y escudos. No se hable después de alevosía y traición, advirtieron al despedirse.

Se esperó el tiempo convenido.

Llegó la embajada acolhua. Iban en el grupo Xochiquetzaltzin y Acamipipioltzin. Amonestaron al señor de los huastecos y a los principales advirtiéndoles que de no ceder en veinte días, el señor sería sentenciado a muerte. De no matarlo en guerra o hacerlo cautivo para sacrificarlo en el templo, le aporrearían la cabeza hasta destrozársela. Ungieron el brazo derecho del señor de los huastecos con un licor, le pusieron un penacho en la cabeza y le dejaron rodelas y macanas. No se hable después de alevosía y traición, dijeron al despedirse.

Pasaron veinte días.

Se envió a la embajada de Tlacopan, que se dirigió donde los guerreros. Amenazaron borrar la provincia, someterla a esclavitud y volverla forzosamente tributaria. Dejaron macanas y rodelas. Es la última embajada. No se hable después de alevosía y traición. Un viento de obsidiana cortará todo.

Pasaron veinte días.

Un día antes de la fecha amenazada se presentaron en el sitio del combate, me relataba con emoción Xochiquetzaltzin, y los aliados convinieron en la estrategia por seguir. Nuestros guerreros gritaron, ulularon las caracolas, sonaron agudamente los pitos de hueso. El estruendo era insoportable. Las señales corrían entre los sonidos. Volaron flechas y dardos, y los aliados, con escudos y macanas, nos arrojamos contra

el enemigo. Luchábamos y forcejeábamos por atrapar al adversario, mientras con lazos, detrás de nosotros, los lazadores lazaban a los caídos. El humo de la hoguera se levantaba. Fulgía el polvo rojo y amarillo. Y atrapé a un guerrero que luchaba con ira valerosa. Y dije: “Es éste mi hijo bien amado”, y él: “Es éste mi venerado padre”. Lo imaginé como regalo al dios, como festín de banquete, como calavera en una vara del tzompantli. Imaginé el principio de una larga gloria. En el día atrapé uno más. La batalla fue dura hasta que el sol desapareció como un escudo que baja. Los dos ejércitos se retiraron. Nos prevenimos para evitar celadas o asechanzas nocturnas.

Al día siguiente la flor de la batalla continuó abriéndose. El polen caía. Se dio el grito de guerra y los mexicas invocaron al Joven Guerrero. Gritaban que los huastecos eran sus enemigos y pedían que batalláramos juntos.

La lucha era denodada. Atrapé otra flor de guerra. Por toda la llanura los lazadores lazaban cautivos, pero muchos caían, se volvían quetzales, se volvían flor del ocelote. Como flores los Hombres se marchitaban o eran cortados en la llanura. Se les abría la casa del sol. Y puesto que yo me señalaba como verdadero águila, los guerreros huastecos me perseguían para llevarse la gloria. Pero eso me hacía darme más ánimo, me hacía enardecerme más. Muchos huían al paso mío y al de mi hermano Acamipipioltzin y al paso de agua y fuego de águilas y ocelotes de la alianza. ¡Qué furia! ¡Qué ardor! Y yo iba adelante, siempre, como lo hizo mi padre para la gloria eterna de Tezcoco.

En una última embestida un grupo de aliados incendió el templo, “La garza preciosa ha vencido”, gritaban jubilosos. Y otros entonaban: “¿Quién podrá sitiar a Tenochtidan? / ¿Quién podrá conmovier los puntales del cielo?”.

Todavía con su templo en llamas una embajada huasteca se acercó a pactar. Pidieron la protección del Tlatoani mexicana y de los dioses nuestros. Ofrecieron tributo.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

No, tan poco no podía ser, replicó la comisión aliada. No esperen gracia. Si quisiéramos, ahora mismo podríamos borrar la provincia entera, matarlos o expulsarlos a todos, y que nunca más se ponga una piedra en esta ciudad. Los huastecos sabían muy bien que no hablábamos ni al viento ni a los árboles. Se discutió hasta llegar a un principio de acuerdo.

Y todo me lo contaba lleno de orgullo Xochiquetzaltzin, quien ganó como nunca fama de valiente en la acérrima batalla contra los huastecos.

++++

Se dibujó en los libros de pinturas el templo incendiado y atravesado por una flecha. En el relieve del templo mayor de cada ciudad aliada esplendió el símbolo del agua y fuego.

Nezahualcoyotzin se enorgulleció del brazo de león que heredó a sus hijos. Sin duda alimentarían la grandeza acolhua en el sitio donde cantan los escudos. Por ese entonces —ya tenía más de cuarenta años— Acolmiztli Nezahualcóyotl decidió dejarles a otros, en especial a sus hijos, la embriaguez en la guerra y las ventajas del renombre. Él, quien fue un verdadero grande, un probado tequihua, allí, donde el agua divina cae de las armas al corazón.

++++

Y se premió y se galardonó a los valientes de aquella dura guerra, y lo fueron, por méritos indiscutibles, por ser verdaderos tequihuas, Acamipioltzin y Xochiquetzaltzin, que aumentaban a cada batalla el número de flores de águilas y de ocelotes, y por eso, cada día se gloriaban más de llevar el pelo afeitado y las borlas de pluma y de ser admirados y favorecidos de todos. Ya se sentaban a la mesa con probados tequi-

huas y pertenecían al Consejo de Guerra, y pronto, por eso, se le dio a Acamipipioltzin, por tener el corazón ocelotado, la presidencia del Consejo de Guerra. Y en el Consejo estaba también Quetzalmalitzin, señor de Teotihuacan y capitán de los ejércitos del señorío acolhua. Y en el Consejo se ha procurado que estén sólo los valientes, sean plebeyos o nobles.

Y por Acamipipioltzin y por Xochiquetzaltzin al señor Nezahualcóyotl le crecía la cara.

++++

A Nezahualcoyotzin le placía visitar de sorpresa a sus súbditos en sus casas para conocer de modo directo problemas y carencias. Y lo mismo lo hacía en Tezcoco, que en Coatlinchan, que en Huexotla, que en Acolman, que en Chiauhitla, que en Xaltocan, que en Chimalhuacan, que en cualquier pueblo o señorío mínimos. Lo acompañé varias veces. Procuraba llegar tarde, cuando el hombre volvía del campo o del trabajo, y las mujeres habían dejado de moler maíz o de hacer tortillas o de tejer.

Recuerdo con especial emoción las visitas a casas miserables. Daba pena verlos vestidos y viviendo en condiciones tan ínfimas. Luego de conversar con los anfitriones, hacían los honores al dios del fuego y comíamos junto al fogón. Dejaban arder la leña hasta que llegaba la noche. En varios momentos se lamentaban por lo imprevisto de la visita: “De haber sabido hubiéramos puesto ramas y flores en la casa”. Comíamos frijoles y chile y tortilla y bebíamos una taza de atole o un agua de amaranto o chíá. Alguna vez llegaban a ofrecernos guajolote, como si fuera fiesta. Y veía a Yoyontzin. Era feliz en la sencillez de las horas y la llegada de las estrellas. Los súbditos se sentían escuchados, halagados.

Con austera disciplina Yoyontzin quería dar el ejemplo de las buenas costumbres y del modo honesto de vivir.

++++

Los días 7 Serpiente íbamos a las sementeras donde sus súbditos labraban. Y junto a ellos rogábamos a la madre tierra que despertara y se alzara para otorgarles una buena cosecha. Que no fuera a abandonarlos. Que no fuera a irse dejándolos huérfanos.

Y subía el olor del maíz.

++++

Varias veces lo acompañé a visitar a los desdichados otomíes. Como en tierras de estos se daba poco más que nada, le era sacado el último provecho a la planta del maguey: el pulque, la miel dulce, las pencas: ya para beber, ya para endulzar, ya para comer, ya para hacer vestidos, mantas, sogas o cuerdas. Ante condiciones tan míseras que rompían el corazón, con gente que vivía en extremas condiciones de pobreza y frío, se multiplicaban las enfermedades y las muertes. Los mexicas los despreciaban porque comían serpientes, ratas y lagartijas.

“De estos pobres, ¿para qué queremos su pobreza?”, contestaba Nezahualcoyotzin cuando se hablaba de tributo.

Y por demás, como hasta ahora, el mismo Nezahualcoyotzin en palacio, como muchos dignatarios y ricos del gran señorío acolhua, seguían y siguen una frugal alimentación, que no pasa de guajolote, conejo y venado, a diferencia de mexicas, tlazcaltecas y huexotzincas. Los trajes de nuestros señores han sido igualmente de una magnífica sobriedad. Aun el de Nezahualcoyotzin no pasaba de una túnica de algodón.

++++

Recuerdo algunas anécdotas de entonces. Nezahualcoyotzin no sólo visitaba a sus súbditos para saber de su vida y escuchar sus opiniones, sino a veces se disfrazaba de cazador o de pobre para oírlos, sin el temor reverencial de estos al alto cargo. Más de una vez se llevó una sorpresa.

Para preservarlas de la tala delimitó zonas donde no podía cortarse madera. Una noche, al salir, halló a un niño pobrísimo recogiendo palitos. Se enterneció.

—¿Por qué no entras a la montaña?

—El señor de Acolhuacan lo tiene prohibido.

—¿Y quién es ese señor?

—Es un cruel hombre que arrebató a los pobres lo que los dioses dan a manos llenas.

Nezahualcoyotzin se desconcertó. Regresó a palacio. Mandó llamar a los padres del niño, quienes llegaron llenos de temor. Para su sorpresa, Nezahualcoyotzin les hizo entregar fardos de maíz, de cacao y aun varias mantas. Se fueron confundidos pero con gratitud.

Nezahualcoyotzin ordenó quitar las señales de los límites para que los pobres aprovecharan la leña. Con una limitación: no talar ningún árbol.

Si esto ocurriese la pena sería la muerte.

++++

Un hombre y una mujer llegaron a Tezcoco desde uno de los pueblos más remotos del gran señorío. Se pararon en una de las plazas. Viendo desde fuera, a través de la puerta, los magníficos palacios, el hombre no cabía en su estupor. Comentó con la mujer lo rico que debía ser y lo hartó y satisfecho que debería estar quien fuera dueño de eso. “En cambio nosotros estamos fatigados y muriéndonos de hambre.”

La mujer, que vio gente cerca, le pidió silencio.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Nezahualcoyotzin los mandó llamar a una sala del consejo. Luego de explicarles la dura carga que era llevar un señorío como el acolhua, con tantos problemas creándose a diario, les pidió reflexión y mesura en sus juicios. Hizo que lo acompañaran por los palacios y les demostró que no había ni lujo en el vestir ni exceso en el comer. Los despidió regalándoles, igual que al niño, alimentos, cacao y varias mantas.

No se les volvió a ver por la ciudad.

++++

Una anécdota que le gustaba recordar a Nezahualcoyotzin era la de dos viejas que engañaban a sus maridos con dos jóvenes servidores del templo. Llevaron a las mujeres ante Nezahualcoyotzin, quien se sorprendió porque no pensó que fueran tan viejas. Su pelo era todo cano y correoso como fibra de maguey. Nezahualcoyotzin rió. Les preguntó si no les daba pena engañar a los maridos siendo ya tan mayores. ¿No les dieron suficiente con los años? Si ahora son así, cómo serían antes...

Las viejas ni se arredraron ni se inmutaron. Respondieron que los varones aflojan pronto; se cansan, se gastan; las mujeres no; al contrario: la cueva se ahonda, el abismo se agranda. Y se espera que alguien lo llene.

++++

Eran buenos tiempos. Illáncueitl crecía al cuidado de Quiauhóchitl. Era un deleite verla en el jardín de la casa sentada bajo el sauce o entre las flores, jugando con los conejos o con el guajolote, divirtiéndose con las repeticiones del loro y de la guacamaya, retozando con el perro, aprendiendo a oír el aire, los tonos de los pájaros y el zumbido de las abejas. Dulzura y luz.

++++

Azcaxóchitl dio a luz a un niño al siguiente año de la boda. Se le llamó Tezauhpiczintli, el niño maravilloso, y por su nacimiento estaba destinado, según los sacerdotes, a hechos sobresalientes.

Los sacerdotes de Tezcatlipoca hirieron al niño en las orejas y en el miembro genital. Lo bañaron y le pusieron en la mano derecha una pequeña lanza, y en la izquierda un pequeño escudo. Fue uno de los días más plenos de Nezahualcoyotzin.

Con rapidez el señor de Acolhuacan embellecía palacios, ciudad, bosques, la colina cónica. Crecía el número de piezas del zoológico y del jardín en Tezcutzinco.

+++

Y llegó la hora de la entrada de Illáncueitl en el templo de Quetzalcóatl. La vería ya menos. Ya no estaría en la casa como el corazón en el cuerpo, como la ceniza en el fogón. Quiauxóchitl quedó en casa.

Y esplendía el señorío de Acolhuacan. Después vendrían las desdichas que amargan el alimento. Pero entonces y después a los amigos de la flor y el canto se les privilegió como a nadie. Aquí llegaban de todas las tierras conocidas los hijos de los grandes señores a aprender en el Tlacateo la lengua, la fragancia de la flor y la resonancia del canto, la raíz verdadera del linaje, el lenguaje de los astros, la práctica de las curaciones y el conocimiento de la historia en los libros de pintura. De aquí, del Tlacateo, han surgido los más honorables sacerdotes, sabios y gobernantes de nosotros.

Ya en ese entonces, en casas y palacios y jardines, se representaban cuadros y escenas de hechos pretéritos con personajes de la antigua realeza, donde simultáneamente se hil-

---

El recuerdo de Nezahualcóytl vanaban música, danza y recitación. Había concursos de oratoria. Nezahualcoyotzin no sólo ennoblecó y dio hermosura a nuestra lengua en sus inolvidables cantos, sino que procuró que se le cuidara en nuestros colegios. Y el náhuatl salía en Acolhuacan como agua del manantial en el instante de surgir de la roca.

Era entonces un hombre feliz. Se le veía airoso. Muestra son los cantos que entonces realizó. Yoyontzin, cuyo corazón endiosado hacía hablar al pensamiento, al corazón y a las cosas. Flores y amistad y pájaros de plumaje reluciente repiten en sus palabras la voz delicada y plena de melodía que repite la voz de Aquel por Quien Todo Vive.

++++

Yoyontzin volvió a ahondar en la herencia tolteca. Los años de triunfos, de ajustes de cuentas y pagos de desobediencia, lo habían inclinado mucho más al gobierno y al mando. Después de la crisis moral por el asesinato de Cuacuauhtzin, después del matrimonio, después de la fatiga por el ejercicio continuo de la guerra, pero sobre todo, si no yerro, por la entrada a la madurez que le permitió ahondar más en el pensamiento y en el gusto de las artes, se fue distanciando de la doctrina cruel.

—No —me dijo una tarde en la colina cónica viendo los bosques y las colinas verdes en el tiempo de lluvia—, no puedo seguir engañándome.

Pero él no sabía ni imaginaba que esa lacerante contradicción entre espíritu y ejercicio de gobierno lo abismarían a menudo en desasosiegos insoportables.

++++

Para mí fue consuelo y alivio. Si él regresaba al antiguo orden de ideas, en cuyo espejo desde hacía tiempo yo solía o quería

---

Marco Antonio Campos  
mirarme (quizá el inicial vislumbre ocurrió en la ceremonia de Cholula durante el alba del reino y se ahondó con la muerte de Axóchiatl), podía hablar y actuar con más libertad y confianza.

++++

Por esos meses llegaron a Tezcoco, flor de ciudades, sabios y artistas de las cuatro direcciones de la Tierra. Unos venían de visita, otros se quedaban un tiempo, otros permanecían hasta su muerte. Tezcoco ha sido, y se debe a Yoyontzin, ciudad abierta al espíritu y al conocimiento.

No he olvidado nunca la llegada de un importante grupo de sabios mayas. Venían de las tierras del sur. Tres años antes Mayapán había sido destruida. La familia Xiú venció a la familia Cocom y la borró casi por entero. No era sino la amarga culminación de una desintegración penosa que conocía ya varias ligaduras de años. La más alta cultura hasta ese momento conocida se hacía añicos.

Los sabios venían de varias ciudades del norte maya: de Tulum y de Cobá, de Izamal y Mayapán, En especial con uno de ellos Yoyontzin sintió de inmediato una clara simpatía y se dio por un tiempo en llevar con él una correspondencia intelectual y humana. Se llamaba Xulub Pech. Me llamó para conocerlo, “Es una memoria viva de su gran pasado”, me dijo.

El anciano maya, como nos acostumbramos a decirle, conocía lo que aquellos pueblos llaman el *Sayuan Than*, el lenguaje hierático, la palabra virgen. Sabía de sus pueblos religión, historia, interpretación calendárica e interpretación de los sueños. A veces tenía dificultades en entenderle; el suyo era un lenguaje que no dejaba de tener oscuridades. Pero el anciano parecía haber visto y oído todo. No dejó de admirarme su dicción de nuestro idioma.

En los pocos años que le quedaron de vida me amplió los conocimientos sobre ese pueblo, o esa raíz de pueblos que

---

El recuerdo de Nezahualcóytl se abre en muchos, y que parece haber nacido cuando surgió la tierra.

El anciano nació cerca de Tikal. Su padre fue comerciante. Eso le permitió acompañarlo desde niño y conocer ciudades y poblados remotos de las tierras altas y de las tierras bajas. Sólo al final, con los últimos estertores de la familia Cocom, llegó a Mayapán, la ciudad amurallada que surgió como centro, pero se desarrolló como una copia sin brillo, de Chichén-Itzá. Había perdido la cuenta del número de viajes, pero no era lo mismo caminar por los anchos caminos blancos del norte —de Tulum a Uxmal— que por los intrincados y a veces inextricables caminos del profundo sur. “Y desde entonces he subido ya muchos escalones de tiempo”, decía.

No sé si lo dije antes. Mi padre, como embajador del señor Iztlixóchitl, llevaba mensajes o embajadas a tierras zapotecas, míztecas o mayas. De niño me llevó con él algunas veces. De las tierras mayas un conocimiento y una imagen dejaron honda huella en mí, que sólo comprendería más tarde: las relaciones subyacentes que existían entre las ciudades más avanzadas de todas las tierras conocidas y la navegación del mar y de ríos poderosos. Ahora recuerdo cuando nos llevaron por el cielo de agua de Tulum a Zamacab. Admiraba todo el tiempo el color turquesa de las aguas y una como mancha azul y blanca que se alargaba hasta el horizonte. Es la imagen visual que más conservo del cielo de agua. Nunca volví a él.

Un tema, que era resplandor y herida, apasionaba al anciano maya: el gran pasado de las ciudades en la edad de oro. En sus labios los nombres temblaban con sabor sagrado: Tikal y Uaxactún, Copán y Quiriguá, Palenque y Uxmal, Yaxchilán... Parecía, al oírsele, escuchar una música de pájaros: historias de pueblos que por más de diez amarraduras de años apenas padecieron incursiones guerreras y fueron hacedores de un arte delicado y sensual: en el diseño coincidente de sus

ciudades y pueblos con sus esbeltas pirámides, en sus templos y adoratorios como aire de luz, en sus leves y luminosas estelas, en sus vívidas pinturas, en su cerámica musicalmente cromática. “Cuando veo y oigo piedras y estelas mayas —nos decía— veo, oigo y *siento* el cielo húmedo azul y neblinoso, la lluvia innumerable, la selva, los torrenciales ríos, las serpientes y los jaguares, las aves de plumaje llameante y colorido...”

++++

Una de las primeras veces que nos vimos, junto con Nezahualcoyotzin, Xochiquetzaltzin y otros sabios de la región nuestra (de Tlaxcala y Huexotzinco, de Cholula y Tlalmanalco, de Tlacopan y México), el anciano mostró copias de un pequeño objeto y de un fragmento de estela. Señaló rostros, barras, puntos. Nosotros conocíamos los signos de su calendario pero era un goce oír de su boca las explicaciones. Por otras vías nuestro calendario era el mismo. Salvo una ligera pero profunda diferencia: ni los herederos mayas de las tierras del norte, ni los teotihuacanos, nuestros abuelos, ni nosotros mismos, alcanzamos tamaña exactitud. Aquellos sabios le habían robado el último instante a los astros y a la noche.

Otra ocasión nos mostró objetos de cerámica, estatuillas y utensilios. Creí que seguiría hablando de la familia maya. Sonrió.

—Todo se relaciona —dijo—, todas las culturas se relacionan.

++++

Cada día Nezahualcoyotzin apreciaba más al anciano. Sus conversaciones eran cotidianas. Una jornada aun la dedicó íntegramente a él. Venga con nosotros, me invitó.

Nezahualcoyotzin lo llevó a la sala donde guardaba joyas y piedras preciosas. En la mirada del anciano se iluminó una alegría de verdad y raíz. Daba gusto ver cómo las veía, cómo las tocaba, cómo las sentía: objetos de jade, de concha, de carey, de coral...

—No es sólo esto, anotó el anciano. Los señores y principales de la región nahua visten también con pieles de nuestras fieras y animales. El mejor algodón aún lo traen de nuestros pueblos.

Salimos al patio mayor. Hacía un calor bochornoso. Nos guardamos a la sombra de los sabinos. Quería conocer Teotihuacan.

—La he soñado sin conocerla. Aunque enorme, Tikal no puede compararse en dimensión y proporción. Pero Tikal...

Aún veo y oigo al anciano al hacer el detalle de Tikal con sus plazas y explanadas y plataformas y avenidas y estanques. ¡Qué heroísmo espiritual en espacios casi insalvables! ¡Cómo llegaron a edificarse miles de estructuras en áreas reducidas cuidando acompasadamente el efecto estético!

Salimos de los palacios. Pasamos el templo mayor, el templo de Quetzalcóatl, el tetzapan, la valla de árboles y arbustos espinosos. Me volví a ver los templos. Parecía que el tezontle absorbía y aspiraba el sol. El calor pesaba.

En la gran edad, retomó el anciano, dominaba más en las estructuras la esbeltez que la dimensión y el ímpetu: pirámides y templos con un equilibrio armónico por la disposición rítmica de paneles, de molduras, de la escalera y de la crestería como flecha de piedra disparada al cielo...

¡Pero cómo olvidar ciudades, o lo que quedaba de ellas, que visité tantas veces, que admiré tantas veces, de las que aprendí tanto! ¡Aquellas ciudades que pareció moldearlas el mismo Creador y Formador! ¡Aquellas ciudades que crecieron simultáneamente, o después, al lado del Usumacinta

---

Marco Antonio Campos  
y del Motagua! ¡Yaxchilán y la belleza de los dinteles donde  
luce tanto “Pájaro Jaguar”! ¡Y Bonampak y sus pinturas tan  
cruelmente reales! ¡Y Palenque, cuyas construcciones dieron  
un nuevo estilo a las ciudades, más fino y luminoso! ¡Y Uxmal,  
que surgió acaso por encanto de magia! ¡Y Copán, donde los  
astrónomos robaron el tiempo al cielo estrellado y erigieron  
templos para medir el último instante! ¡Y cómo supieron de la  
hora de los eclipses y de los cometas de antes y más tarde! ¡Y  
sus estelas llenas de tiempo! ¡Por qué no llamarla desde ahora  
ciudad de tiempo y de números! ¡Copán, donde con medios  
mínimos, se encumbró a lo más alto! Y de súbito ese tiempo  
y ese universo hecho de tiempo se convirtieron en sombra y  
ruinas. Se volvieron sombra y ruinas. ¿Por qué? Había guerras,  
sí, pero entre el final del séptimo baktún al principio del bac-  
tún décimo, habían sido escasísimas. Se veneraba a los dioses,  
se respetaba a los pueblos, se seguían las tradiciones, se pro-  
tegía a artistas y artesanos. Y de pronto, nada.

Se inició la dispersión, y más tarde, llegaron los hombres  
de Tula a Chichén- Itzá.

++++

Nos llevaron a los bosques de Tezcutzinco. Crecía cada vez  
más el jardín botánico con árboles, plantas y flores traídos de  
los cuatro rumbos de la Tierra. Cuando llegamos al jardín qui-  
so decir algo el anciano pero sólo balbuceó. Estábamos en el  
sitio donde crecían los árboles del remoto sur: el duro zapote,  
la sagrada ceiba, el árbol del pan, el árbol del hule, el cedro, el  
mamey, el papayo, el saramayo, el ciruelo, y en el centro de  
todos, a la sombra de otros árboles, el árbol del cacao.

Cerró los ojos. Respiraba.

++++

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Regresamos a Tezcoco a los palacios. Entramos al zoológico. En una sala, radiaban en sus jaulas —era ensordecedor, terrible, oír todo el tiempo sus rugidos y gruñidos—, el jaguar, el puma y el ocelote. En otra sala, como llamaradas de color, se veían las aves amarillas y verdes y turquesas y negras y blancas. Se veían el papagayo, el loro, la guacamaya, el colibrí, el faisán y la garza sagrada.

Salimos. Nezahualcoyotzin se despidió.

Esa noche el anciano me habló con tristeza del hundimiento de la gran edad y de la llegada de los hombres de Tula a Chichén- Itzá.

++++

Por fin se cumplía el sueño del anciano de visitar Teotihuacan. El señor Nezahualcóyotl lo invitó.

Visitamos primero al señor de Teotihuacan, capitán general de los ejércitos nuestros. Llegamos luego al centro ceremonial al mediodía.

Pese a que la tierra sepultaba buena parte de las construcciones y una abrumadora y arisca vegetación parecía tener más presencia que las piedras, se evidenciaba a primera vista la grandeza antigua. Lo que restaba (era entonces y es aún ahora un señorío de poca importancia) pertenecía y pertenece al gran señorío de Tezcoco. Pero su prestigio de oro se conservaba y Teotihuacan ha sido y es sitio de peregrinación de numerosos pueblos, que la ven como nuestra ciudad madre, como es el caso de Chichén- Itzá para los mayas, pese a su esplendor hendido, en las tierras bajas. Nezahualcoyotzin había caminado por Teotihuacan numerosas veces. Le servía estar allí para evidenciar en su realidad inmediata las desdichas del paso del tiempo, la fragilidad del gobierno y del mando, la vanidad del hombre y lo vano de la lucha contra la destrucción y la muerte. “Sólo un poco aquí.”

El anciano se había detenido a contemplar la pirámide que hacía la cuenta de los días.

—Luego de la llegada de los hombres de Tula a Chichén-Itzá hay mucho fondo común entre ustedes y nosotros —dijo.

Volvimos a la calle de los Muertos. Les pedí que nos detuviéramos un instante. Le hice notar al anciano que, gracias al declive de tierra entre la pirámide del Sol y la Luna, ambas podían verse desde allí a la misma altura.

Seguimos por la calle de los Muertos. Cruzamos los patios escalonados. El sol parecía un águila en llamas. El anciano, aunque respirando difícilmente, veía todo con curiosidad, con asombro, con deslumbramiento.

—Hay que imaginar ahora mucho de lo que fue su grandeza, dije.

Dejábamos poco a poco los santuarios.

—Esto fue un grito de color. Y las estatuas y los relieves se multiplicaban —observó Nezahualcoyotzin.

Y recordó las tradiciones que hablan de casas taraceadas con turquesas y frescos iluminando los muros. Por desdicha muy poco queda de lo que habían vuelto dibujo y color los más grandes pintores que hayan estado aquí, de cara a la tierra y frente al sol. Los grandes artistas, los toltecas antiguos.

Más adelante, en otro templo casi en ruinas, el anciano miró residuos de pinturas hechas al fresco y en seco. Al fondo, esbelta, clara, la pirámide de la Luna.

—Todavía se toca a cada instante la grandeza, dijo.

El cielo abandonaba nubes aquí y allá. Aun en su intensidad azul y amarilla el cielo dejaba un toque melancólico. Me venían a la memoria las cuatro edades, y la última, la nuestra, que aquí se creó.

Llegamos a la plaza. “Estamos en el exacto corazón del universo”, dijo Nezahualcoyotzin con emoción. Con emoción el anciano volvía la vista hacia ambas pirámides, hacia el sol, hacia los templos, hacia la calle de los Muertos.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Me vino a la memoria el himno que decía que cuando morían los hombres en Teotihuacan se volvían faisanes y las mujeres lechuzas. Se convertían en dioses. Cuando la aurora enrojecía en el cielo y faisanes y golondrinas se ponían a cantar, despertaban de un sueño como dioses. Las mariposas volaban.

—Nuestra edad fue posible aquí. Aquí nos merecieron —dijo Nezahualcoyotzin.

Como ustedes recuerdan el buboso Nanahuatzin y el arrogante Tecuzitzécatl se volvieron en Teotihuacan el sol y la luna. En Teotihuacan debieron sacrificarse los demás dioses para que el sol anduviese. Y se hizo el mundo, y Quetzalcóatl, después, debió bajar a la región de los muertos para rescatar los huesos sagrados y poder crear al hombre. Y todavía fue al Monte de Nuestro Sustento, y convertido en hormiga roja, robó el maíz y lo dio a los dioses y a los hombres.

Como ustedes recuerdan también —y el anciano lo recordó en aquella ocasión— los maya quichés tienen su versión de la creación del hombre. No sé si es más hermosa pero es más completa, nos dijo. El Creador y el Formador anhelaban ser adorados. Sólo existían cielo y mar en el universo. Crearon tierra, montañas y valles y despertaron cipreses y pinos. Los arroyos se abrieron. Hicieron el primer intento de creación y formaron pájaros y plumas y ocelotes y venados y aves y serpientes y víboras. Y quisieron que razonaran y hablaran. Fracasaron y quedaron como hoy son. Probaron luego con el barro: el hombre salió demasiado débil y lo borró el diluvio. El Creador y el Formador intentaron con la madera y el hombre se multiplicó pero no tenía ni alma ni entendimiento y animales y cosas se rebelaron y lo destruyeron con increíble crueldad: los monos descendieron de él. Decidieron formar entonces al hombre de maíz y nacieron los cuatro varones, quienes vinieron sobredorados, iguales a los dioses. Y esto no

gustó a los dioses. Acordaron degradarlos y los dejaron como ahora son, como somos ahora.

Yo recordé entonces lo que los miztecas pensaban del origen del mundo. Cuando todo era oscuridad y tiniebla, antes de que hubiera edad, cuando el caos dominaba y sólo había agua y lodo sobre la tierra, aparecieron dos que eran uno, el dios 1 Ciervo y la bella diosa 1 Ciervo, que a su vez crearon a los otros dioses. Sobre una enorme peña, que parecía estar en el cielo, construyeron sus lujosos palacios, y ahí moraban. Eran bellísimos los palacios y estaban junto al pueblo de Apoala. Muchas ligaduras de años vivieron en deleite y felicidad. Luego tuvieron dos hijos, altísimos sabios y artistas: Viento de Nueve Culebras, a quien le placía convertirse en águila, y Viento de Nueve Cavernas, a quien le placía convertirse en serpiente alada y volar y entrar invisible a través de peñas y muros.

—Hay un fondo subyacente común en las culturas —comentó Nezhualcoyotzin. Todo se relaciona.

Nos sentamos a la sombra de la gran pirámide. Un puñado de nubes parecía en el cielo un ramo de blancas flores que se abrían en flor. El seco calor robaba agua al cuerpo. Las montañas distantes parecían empequeñecerse en el azul del horizonte hasta ser vaporosa niebla azul.

—De las cosas que más me han inquietado es la imagen y doctrina contradictorias de Quetzalcóatl que hay entre ustedes y nosotros. En una y otra es difícil distinguir dónde empieza el dios y dónde empieza el hombre —dijo el anciano maya.

—El dios caído —enfaticó Yoyontzin. —Eso lo vuelve luminoso y trágico. Los mayas de Chichén-Itzá rebajaron su doctrina y ennegrecieron su imagen.

—Para los mayas —retomó el anciano—, luego de la llegada de los hombres de Tula a Chichén-Itzá, Kukulcán, menos que un civilizador es un dios de sangre. Se parece más a

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

los dioses mexicas que a la imagen del dios de los toltecas que han creado las tradiciones de ustedes. Esto no era en la edad de Tikal.

Nezahualcoyotzin se entusiasmaba.

—Tradiciones y memoria dicen que Teotihuacan fue por varias ligaduras de años la ciudad que enseñó a todos los pueblos conocidos. La cultura madre. Basta ver los vestigios de las construcciones, de las pinturas, de la cerámica. Eso repetían los abuelos, los que vinieron a sembrar nuestras tierras, Pero todo acabó. ¿Cómo? Unos dicen que fue un incendio, otros que lejanos pueblos.

Yoyontzin señalaba sitios.

—Todo aquello estuvo habitado.

Retomó el hilo.

—El comercio con sus antepasados mayas, igual que ahora, ya se practicaba con alguna amplitud. Sin el ejemplo y la imagen de Quetzalcóatl, Teotihuacan no hubiera sido el cielo grande que fue, y que después se prolongó, sin brillo, proporción y color, en Tula, en Colhuacan, en Azcapozalco y Cholula...

Pero cayó Teotihuacan. Quetzalcóatl cayó. Los hombres se desgranaron. Surgió Tula, pero Tula también cayó, y esos hombres, que eran toltecas pero del lado negro, miraban más hacia el cielo nocturno que a la estrella que alumbraba en la mañana y en la tarde. Creyeron en la noche, y cayeron. Nunca ha vuelto a alzarse una ciudad como Teotihuacan. En aquel periodo los sacrificios eran sólo de pájaros, serpientes y mariposas. Y jamás, jamás han vuelto a enraizar en toda su verdad los preceptos de Quetzalcóatl. Sólo los oímos de niños en el Tlacateo o en las alocuciones de los sacerdotes o en las piezas floridas de la hermandad de los príncipes. Sólo los oímos entonces. Son nuestros en el corazón pero no en los hechos. Nuestro rostro los niega. Y yo he querido que en el gran se-

ñorío de Acolhuacan sean collar y paloma, agua en que pueda uno verse y se pueda beber. Aquí vivieron los grandes artistas. Y Quetzalcóatl...

—Pero usted ha pasado por la piedra de sacrificios, no serpientes ni mariposas, sino una enorme cantidad de cautivos —lo interrumpió el anciano.

Quizá por la sorpresa, quizá por no estar acostumbrado a ser contradecido sin esperarlo o deseárselo él mismo, Nezahualcoyotzin no supo responder. Yo sentí como si un pedernal filoso me abriera el estómago.

—Ni la guerra ni la conquista le son ajenos —continuó el anciano. —Tampoco la continencia sexual, como la llevó a cabo, hasta caer en la tentación, el propio Quetzalcóatl. Los discípulos del dios ayunan y hacen penitencia andando desnudos, subiendo a los cerros y comiendo tierra, para recordar las mortificaciones del ser divino. Yo nunca lo he visto hacerlo a usted.

Esperé una respuesta violenta o una de esas habituales recomendaciones, despreciativas e irónicas, que cortan todo, y que Nezahualcoyotzin sabía hacer tan bien. Volvió sólo el rostro.

De regreso no hablamos.

++++

En la noche el anciano maya estaba muy preocupado, menos por la verdad dicha, que por haber herido el corazón de un hombre que le merecía una admiración y un aprecio altos. Tal vez era ya hora de volver a sus tierras o de ir a una nueva ciudad. Era igual morir en una o en otra parte. El cuerpo es sólo una envoltura y da lo mismo dejarlo dondequiera. Perdemos el rostro, pero hay otro más allá del que vemos ahora. Despertamos de un sueño para entrar a un mundo que ya conocíamos.

Yo lo veía con dolor y piedad.

—No tengo por qué ocultar a mis años lo que pienso —sentenció. —Mi corazón y mi palabra no son obsequiosos. No me arrepiento de nada.

Conversamos a la luz de las antorchas hasta que el pájaro rosado de la aurora asomó en el firmamento. Quise explicarle que Yoyontzin era un hombre de temperamento ardiente, pero sabía, a diferencia del iracundo Motecuhzoma, dominar sus pasiones y emociones. Buscaba ser justo y vivir como justo para ser visto y recordado igual. Ahora, dije, estará furioso, sufriente. Le tocó la herida de donde más sangra. Por demás, recuerde que él debe demasiado a los mexicas: lo protegieron y acogieron en los días de persecución, su educación es muy próxima a la de ellos, es primo hermano de Motecuhzoma y de Tlacaélel, las ciudades están a vista de pájaro... Pero ponga atención a su pensamiento. Póngalo. Oiga sus cantos. Atienda a la sutileza de sus conversaciones con los sabios o sus duelos verbales con la hermandad de los príncipes. El motivo central es el dios único, el Dueño del Cerca y del Junto, cuya verdad y raíz originales son Ometéotl y Omecíhuatl, nuestro padre y nuestra madre, quienes moran en el último cielo. Por eso él hablaba con tal emoción de Quetzalcóatl y de Teotihuacan. Pero grábeselo: él no renunciará por nada al gobierno y al mando. Goza y sufre al máximo el poder. Y seguirá así. Lo sé. Lo conozco. Soy su cronista y uno de sus consejeros. Anhela la grandeza en todo y su ambición es mayor que sus remordimientos, que no son pequeños ni escasos. Cae en ocasiones en profundos conflictos interiores. Es capaz de hacer severas penitencias y dejarse reprochar en público, aun de modo innecesario. Con seguridad influyó en él, en gran medida, la muerte de su padre y los años de miseria y de persecución. Fueron prolongadas estaciones de tribulación y angustia, que compartí un tiempo y conozco bien, en que de ser el prínci-

pe heredero de un señorío notable se volvió como piedra o leña. Su corazón y su rostro quedaron íntimamente llagados y cuando regresan tiempos severos nace en él el temor de caer de nueva cuenta al fondo del abismo. Ahora los únicos que pueden lograrlo de proponérselo, y aun diría con alguna facilidad, serían los mexicas. Respecto a la continencia... Los pueblos fuertes necesitan hijos fuertes de sus mejores hombres y mujeres. Y en esto no digo nada nuevo.

—Pero yo he visto que se deja reprobar o reprochar en público, pero no en aspectos sustanciales..

—Algunas veces sí... Usted lo ha hecho frente a mí. Pero tenga en cuenta que Motecuhzoma no aceptaría esto, ni he sabido que otros señores de otros señoríos fuertes enfrenten así a sus súbditos.

—No conozco muy bien estos pueblos...

—Además, él busca conseguir un equilibrio legal en sus provincias. Elige a los jueces más probadamente honestos. Si él es austero en su vestido y comida, quiere que los demás lo imiten. En cuestión de justicia, como sabe, hay apelación, y el mismo Nezahualcoyotzin, es juez de jueces.

—No he ignorado sus virtudes...

No quise contarle al anciano el crimen de Cuacuauhtzin. Supuse que el horror superaría el entendimiento.

++++

Como supuse, Nezahualcoyotzin guardó con el anciano desde entonces una distancia cordial y fría. Pero a la vez era lo bastante sagaz y magnánimo para saber que los conocimientos del anciano eran útiles para el gran señorío de Acolhuacan. El anciano comprendió pronto que no había sitio mejor en los cuatro rumbos de la Tierra para la divulgación de su conocimiento que Tezcoco, flor de ciudades, y que irse a otra parte

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

era sólo un arranque de vanidad o un capricho. A menudo ambos se encontraron en reuniones con sabios, pero Yoyontzin no volvió a hacerle una invitación a conversar a solas. El anciano se dolió al principio, pero acabó acostumbrándose.

Y el respeto de Yoyontzin se mostró enseguida. Por esos días se reunieron en la sala del Consejo de Música y de Ciencias (en la de Historia) sabios de varias regiones nahuas. Ahora, que ya he dado el primer paso dentro de la casa de la niebla, recuerdo emocionado esa reunión. Se habló de números.

El anciano maya fue el primero en hablar. Había detallado cómo los pueblos mayenses medían el ciclo de 52 años como nosotros. Fue clara la impresión de que quería destacar que el calendario nació con los mayas. Yo respondí que podía ser de origen tolteca, o ser, al menos, también tolteca. El ejemplo era la pirámide de Quetzalcóatl en Teotihuacan. El arguyó que se daba esto mucho más numerosamente en ciudades y pueblos mayas y las pruebas perduran en estelas, altares, pinturas, libros de pinturas, piedras en apariencia insignificantes. Teotihuacan apenas podía ofrecer ejemplos. Más de veinte ligaduras de años habían pasado desde los tiempos en que los abuelos modelaron o grabaron las primeras fechas en piedra.

—Ustedes no conocen la exactitud de su tiempo —prosiguió—, hablan de Teotihuacan como creado hace “muchísimas cuentas de años”, es decir, en un tiempo sin memoria. Para ustedes Teotihuacan fue creado por gigantes no por hombres. Ahora tienen calendarios como los nuestros, pero ustedes, los pueblos del valle, llegaron no hace muchas ligaduras de años. Por demás los mexicas no tienen más de cinco ligaduras de años aquí. Según sé antes de llegar a esta región desconocían el náhuatl.

Los dos sabios mexicas se miraron incómodos entre sí.

Con sencillez el anciano maya mostró el tejido del año civil de 365 días con el del año sagrado de 260 días para for-

mar el atado o ligadura. El número para dividir ambas cifras era el 5. La suma del primero daba 73 y del otro 52. En suma, 18 980 días que representan 52 años: es el tiempo en que la primera rueda da 73 vueltas y la segunda 52.

—No quiero polemizar con Xulub Pech, huésped de casa, sobre nuestro “oscuro pasado”, aunque mi corazón esté lleno de ira —señaló Cahualtzin, sabio mexica. —Quiero dejar sólo claro que nuestra historia verdadera y de raíz se remonta a Teotihuacan, donde nació nuestro rostro. Allí Huitzilopochtli se sacrificó con los demás dioses para que viniéramos al mundo. Los gigantes edificaron Teotihuacan. Ellos la hicieron. ¿De qué modo se explica su majestuosidad y grandeza? Para nosotros la sucesión de ligaduras de años es difícilmente medible. El mundo se acabará cuando termine una de estas ligaduras. Bajarán fieras y monstruos, bajarán las tzinimime, y acabarán con los hombres. Sucederá eso en una de las renovaciones del fuego y devastará todo un terremoto. Y los hombres serán devorados. Y terminará la quinta edad; el Quinto Sol se apagará para siempre.

—¿Si terminara el mundo terminará también el tiempo?, preguntó el anciano maya.

—Sólo el tiempo de la quinta edad. El tiempo no sólo existe en este mundo —contestó Cahualtzin. —Nosotros venimos de paso. El mundo está también de paso, pero su tiempo es innumerablemente mayor. En esta tierra vivimos un sueño y al morir despertamos en la otra orilla.

—Cuando morimos no en verdad morimos, resucitamos, despertamos —terció el sacerdote cholulteca.

—El cinco... —Yoyontzin dejó caer la palabra, dejó caer el número, como una suave hoja. En el cinco está la raíz de nuestro pensamiento. (Nos vio al anciano maya y a mí.) Los teotihuacanos hicieron de él y con él una obra maestra de imaginación y rigor. Es cifra que se concentra en edificios e

---

El recuerdo de Nezahualcóytl imágenes de variadas formas. Y así fueron concebidas y ejecutadas las pirámides. La pirámide del Sol, que para nuestros abuelos representó el corazón del cielo, se pensó así. Dibuje los cuatro puntos cardinales y enlácelos. El vértice es el quinto punto y señala el cielo. Imagine una pirámide que en su forma vertical parece hecha de tres lados. Detrás, en su pensamiento y realización iniciales, se halla el cinco. Quetzalcóatl se ve detrás: es el corazón.

Estoy en desacuerdo con el señor de Acolhuacan —interrumpió el astrónomo de Huexotzinco. —Es el dios Tláloc quien preside Teotihuacan. Él es la imagen que más se halla en piedras y pinturas. Sin lluvia, sin agua, no hay vida ni sustento. Sin el dios no hay vida ni sustento.

—Todo es Uno y los elementos son Uno y se reconocen en Quetzalcóatl, quien es como la Noche y el Viento. Está en el cielo y en la tierra y en el mundo subterráneo. Es águila y ocelote y serpiente. ¿Por qué entonces el símbolo de agua incendiada? El viento sopla y se lleva la lluvia —dijo el sabio cholulteca, apoyando a Nezahualcoyotzin.

—Si hay Uno es en relación el dios del agua —insistió el astrónomo de Huexotzinco.

—En Tenochtitlan, añadió el más joven de los sabios mexicas, el águila es el sol y crea con sus voces el agua incendiada: el río es el dios del agua y las tunas el corazón humano. El destino nuestro, como pueblo elegido, es poseer las cuatro orientaciones de la Tierra.

—Otra vez Quetzalcóatl en Uno —observó Yoyontzin.

—O una religión para justificar el dominio sobre los pueblos —dijo con ironía el anciano maya.

—¿Y usted qué opina? —me preguntó Yoyontzin.

—Hay demasiadas oscuridades... pero luego de tantas batallas, quisiera que volvieran el pájaro, la mariposa y la flor.

Yoyontzin sonrió ligeramente. El anciano maya también, que intuyó el fondo.

Podemos dar por terminada la reunión, dijo Yoyontzin. Comamos. Llamemos a cantores y danzantes.

Antes de salir a los huertos murmuré al oído de Yoyontzin que de tanto repetirla los mexicas ya creían su historia.

Yoyontzin no movió ni un músculo.

++++

A los sabios mexicas no les faltó lucidez e imaginación. Su templo lo volvieron el ombligo del universo: vertical y horizontalmente. Allí, donde el águila se paró sobre el nopal, verticalmente se miran los tres planos: celeste, terrestre e inferior. Hacia el plano celeste están los trece cielos, donde en los dos últimos, para la primera pareja, Ometéotl y Omecíhuatl, nuestro padre y nuestra madre, quienes procrearon a los tres Tezcatlipocas y a Quetzalcóatl, que lucharon desde siempre entre sí para que las edades se hicieran y destruyeran. En el plano terrestre lucen el dios de la guerra y del sol y el dios de la agricultura y de la lluvia, medios de sustentación del pueblo. Hacia abajo, hacia el inframundo, se hallan los nueve pasos, donde en el último se ubica el Mictlan, que presiden Mictlantecuhtli y Mictlancihuatl, sitio adonde arriban los que mueren de muerte natural.

En el plano horizontal se abre a los cuatro puntos de la Tierra, donde moran y mandan los Tezcatlipocas y Quetzalcóatl.

Esto a mí me ha parecido desde siempre de una inteligencia y de una imaginación purísimas.

Me gustaba oír las piedras del templo. Parecían hablar todas las voces de los que vivieron en Tenochtitlan. Ramas de voces que se oían como pájaros lejanos.

++++

Pero los claros tiempos de nuestros pueblos empezaron a oscurecerse. Entre el año 5 Casa y el año 6 Conejo se dio la primera calamidad: una plaga de langostas asoló campos y borró cosechas. Y por primera vez hubo hambruna.

Los aliados habían ampliado sus dominios. Aun en los periodos de catástrofe los aliados no dejaron de ampliarlos. Sólo hace poco los tarascos lograron contenerlos.

++++

Una mañana del final del mes hueytozotli, el octavo mes, caminaba con el anciano maya a orillas de la vasta laguna color del pájaro quetzal. Me gustaba ver la laguna en los días de quemante sol: en la mañana la luz iba haciéndose más intensa al atravesar la bruma traslúcida, y al llegar a las aguas, reverberaba.

Cañas y juncias temblaban en las aguas. Como líneas o puntos en movimiento veloz se veían las canoas. El aire del valle era el más puro de los aires.

El anciano quería asistir a la fiesta de todos. Me ofrecí a acompañarlo. Quería ir a México-Tenochtitlan.

++++

Empezaba el mes de panquetzalisitli de ese año 6 Conejo. Se habían ido las lluvias. Me levanté con los primeros resplandores del alba. Me bañé, me vestí y fui a buscar al anciano maya.

Llegamos temprano a México-Tenochtitlan. Recordé que hacía trece años habíamos vuelto con Nezahualcoyotzin a Tezcoco. Caminábamos. Miraba en la plaza pirámides, palacios, adoratorios y templos. Miraba hacia el poniente las hileras de cráneos en las varas del tzompantli. Miraba la multitud

con sus vestidos abigarrados. ¡Cuánto color y cuántas formas en los vestidos, sobre todo de los dignatarios y principales, de las mujeres nobles y de los danzantes! ¡Motivos de animales, de pájaros, de peces o formas geométricas o decorativas! ¡Cuánto había cambiado México-Tenochtitlan desde que sus moradores se vestían con pieles de fieras y bestias o con fibra de maguey! ¡Cuánto habían asimilado de la elegancia de huastecos, de totonacos y mayas! ¡Color, gracia, lujo, formas, luz! ¡Y plumas y plumajes y aretes y brazaletes y collares con cristal y oro y jade y turquesa y ámbar!

La carrera había empezado con el alba. Acompañados del pueblo, los jóvenes corrían con la efigie del dios hacia Chapultépec, donde paraban, y luego, corriendo otra vez, se dirigían rumbo a Atlahuiyacan, donde volvían a parar, y corriendo otra vez se dirigían hacia Coyoacan, y sin detenerse, volvían al corazón de México-Tenochtitlan.

Los veíamos ahora. Subían con gruesas cuerdas por la escalinata la efigie del dios zurdo a la plataforma del templo doble, donde se enterró el corazón de Cópil.

Se escuchaban caracolas y atabales. No sin un leve escalofrío distinguí a la distancia a Motecuhzoma y a Tlaacáel. Al lado de ellos, Nezahualcoyotzin y Totoquihuatzin. Brillaba el vestido color turquesa de Motecuhzoma, gran señor de los hombres, gran señor de los guerreros.

¿Qué tenía para nosotros el mando que ejercía tal fascinación?, me había preguntado muchas veces. Era quizá ver en los poderosos la representación de los dioses.

Se había introducido ya la efigie del joven guerrero a una pequeña casa de flores y los jóvenes derramaban las flores de arriba abajo. Las muchachas entregaban a los jóvenes trozos de masa con que modelaron la imagen, y estos los subían y colocaban a los pies del dios. Un pequeño pájaro aleteaba y bajaba graciosamente de una escalinata.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Me vino a la memoria la historia del nacimiento de Huitzilopochtli, quien nació con sus armas del vientre de Coatlicue, allí, junto a la montaña de la Serpiente. Se puso el escudo de máscara. La tierra se estremeció. Decapitó a su hermana Coyolxauqui y mató a la gran mayoría de sus 400 hermanos, quienes habían jurado asesinar a su madre para salvar el deshonor de un embarazo sospechoso.

Estaban ya en la plataforma, pintados de negro, el gran sacerdote Quetzalcóatl y sus ayudantes. Atrás estaban la casa y el altar al dios. El sacerdote tenía en las manos un brillante cuchillo de pedernal. Como era hábito, las víctimas (con los años llegarían a cincuenta), procedían de poblados vecinos: Tlazcala, Huexotzinco, Tepeaca, Calpa, Tecal, Cuauhchtlinchan, Acatzinco, Cuauhquechollan, Atotonilco y Atlizco.

Iban subiendo los hombres en ringlera, desnudos. Los sacrificios se repetían. Era una tarea implacable, fría.

Al llegar el prisionero a la plataforma se le colocaba en la piedra, en el téchcatl. Un sacerdote lo aferraba del brazo derecho, otro del izquierdo, otro del pie derecho, otro del pie izquierdo, otro le echaba en el cuello un yugo con figura de serpiente, y el gran sacerdote, magistralmente, le abría el pecho y en un instante sacaba el corazón con la mano. Por la fuerza aún vibrante del corazón el gran sacerdote daba varios pequeños brincos, mostraba luego el corazón levantándolo hacia el sol, se volvía hacia la imagen de Huitzilopochtli y se embarraba entonces con la sangre el rostro. Se echaba al cuerpo escalinatas abajo y quienes lo habían capturado en la contienda lo recogían. Y así, uno tras otro.

Y me vino a la memoria una leyenda mexicana que se remontaba a los años del peregrinaje. Había ocurrido en Tula, al lado de la montaña de la Serpiente, donde algunos quisieron quedarse porque el sitio les había gustado. Pero Huitzilopochtli

---

Marco Antonio Campos  
no les prometió esa casa. Se les apareció y los amenazó. A la mañana del otro día amanecieron con los pechos abiertos. Los demás continuaron el camino.

En el curso de la ceremonia Tlacaélel observaba todo con frialdad satisfecha; a Motecuhzoma el espectáculo parecía serle habitual como la comida o la caza; a Nezahualcoyotzin no le era fácil sostener el equilibrio con cada nueva víctima.

Se hizo un círculo abajo con las muchachas y los jóvenes que sirvieron durante el año al dios. Principales y viejos los rodeaban y bailaban también.

Al terminar el baile los sacerdotes trozaron con minucia la efigie del dios y la repartieron entre todos.

La ciudad se erguía llena de orgullo.

—¿Cómo es Tlacaélel? —me preguntó el anciano en la canoa mientras volvíamos a la mañana siguiente a Tezcoco.  
—¿Por qué no es él el gran señor de los mexicas?

++++

Caminábamos a orillas del lago. ¿Por qué no tenía Tlacaélel gobierno y mando entre los mexicas? No era fácil la respuesta; de nosotros, sólo Nezahualcoyotzin lo sabía bien y no iba a decirlo. En algunos aspectos los señores de nuestras ciudades eran educados para una discreción extrema. Sólo podía hablar de mis deducciones. Es posible, proseguí, que Tlacaélel no haya tenido oportunidad cuando Izcóatl fue elegido hace casi veinte años, aunque fue figura clave para negociar con los tepanecas de Azcapozalco, vencerlos más tarde y terminar por desarrollar el fundamento ideológico y práctico de los mexicas. Era fama que Izcóatl sólo llevaba a cabo lo que Tlacaélel ideaba. Es probable que en eso hubiera mucho de verdad. Según creo, a Tlacaélel le ofrecieron la silla y la estera antes que a Motecuhzoma. En caso de haber ocurrido esto

¿por qué no aceptó? Quizá porque pensó que era más cómodo o fácil seguir siendo el poder de las ideas tras el mando, pero con Motecuhzoma mucho menos de lo que la gente cree, y después, porque como Cihuacóatl, es decir, como segundo gran señor, tiene para sí mismo una gran parte de mando, que lo vuelve casi tan poderoso como el Tlatoani mismo. Tlacaélel no ignora que para ser considerado en las grandes decisiones es necesario tener un puesto clave, porque de otro modo carecería de capacidad de mando, de negociación, de fuerza, de permitirse favores y servicios, en fin, todo eso que permite el verdadero ejercicio del poder, y que sin el puesto podrían hacerlo a un lado como a bestia o a cosa.

Nos llegaba el aire de los álamos y la frescura de los sabinos. A lo lejos, pero sintiéndolos cerca, los blancos volcanes. Y al sur el horizonte verde de las montañas. Y en todo el entorno cerros y montañas azules.

Pero contra lo que la fama dice no es tan desproporcionado su poder. Es ignorar del todo el temperamento de Motecuhzoma, su medio hermano, que aunque mucho más generoso que él, es de una iracundia terrible. En arranques de cólera es capaz de matar por hechos nimios.

Ningún pueblo, como el mexica, tiene un sentido tan religioso de la muerte, y la recibe así como don divino. Para ellos, como para ningún otro pueblo, la vida es preparación o sueño para ganar un sitio en el sol. Tlacaélel ha hecho de la muerte en combate o en la piedra de sacrificios un ritual complejo para enaltecer a los dioses y para fortalecer el destino mexica. El mayor anhelo de un guerrero del sol es ascender a los jardines de la aurora.

Motecuhzoma no tiene la ardua inteligencia y la aterradora frialdad de su medio hermano, pero en su gobierno es hábil y firme y como guerrero fue inigualable. Se sirve de Tlacaélel, que a su vez se sirve de él, pero no toda decisión importante o de fundamento viene de la cabeza de Tlacaélel.

Un pueblo como el mexicana, no aceptaría ni soportaría un gobernante sin autoridad ni fuerza. Y más: no se precipitan en la gran elección. Dignatarios y principales se consultan mucho y se consulta a los dos aliados mayores. Es probable que ambas consultas (en los casos de Izcóatl y de Motecuhzoma) las haya dirigido el propio Tlacaélel; no podría confirmárselo; pero las consultas las hay, son esmeradas, y sé quiénes son los consultados, los que, por otra parte, no hablarán una palabra.

Nos sentamos a la sombra de un álamo. Juncias y cañas se reflejaban en las aguas y parecían envueltas en vapor luminoso y en momentos se confundían con el vapor luminoso. Los pescadores esperaban la pesca. Rápidas canoas atravesaban la verde laguna como agudos dardos.

Desde la última gran elección habían transcurrido ya seis años, continué. La flor de la madurez ya asoma en ambos rostros. Para ser el Tlatoani de México-Tenochtitlan, Tlacaélel necesitaría que muriera su hermano, pero esta muerte, por el estado de salud de Motecuhzoma, está lejos de ser próxima. Podría acaecer que al gran señor de México, por errores gravísimos, se le separara del cargo, pero esto no ha ocurrido nunca y no veo cómo pueda ocurrir ahora. El único ejemplo dudoso fue el de Chimalpopoca, a quien, según una versión, le dieron una ligera ayuda para que entrase más pronto a la casa de la niebla.

En mi opinión, o si se quiere, en mis suposiciones, le diré que Tlacaélel quisiera ser Tlatoani, pero no lo confesará abiertamente. Si hace seis años le ofrecieron el cargo y no lo aceptó, sería el único error, pero enorme, que ha cometido. Si fue así, lo veo como una fortuna para los demás pueblos. Con él en el cargo los cuatro rumbos de la Tierra serían sólo agua y llama. A diferencia de Motecuhzoma y de Nezahualcoyotzin (Totoquihuatzin apenas cuenta para las formalidades), él oculta como nadie sus emociones. Detrás del trono razona

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

mejor las cosas, urde negociaciones y recomienda soluciones pacíficas o de integración sagaz. ¿O no es hábil que antes de iniciar una guerra se busque persuadir por el diálogo o por embajada triple a los desafiados llamándolos a la sumisión? ¿No lo es que los dioses de los pueblos conquistados tengan cabida en el templo circular de Tenochtitlan? ¿No lo es que los pueblos conquistados conserven instituciones, lengua, ritos y costumbres? ¿No lo es el incorporar a los barrios propios a los artistas y artesanos más brillantes? Pero para los mexicas hay condiciones que no se negocian: los pueblos deben reconocer la fuerza y el dominio de Huitzilopochtli, no deben tomar iniciativas para negociar con otros pueblos, deben darle puertas abiertas a sus comerciantes y deben pagar con puntualidad el tributo.

A mí Tlacaélel me produce una mezcla de admiración y temor, de fascinación y repugnancia. Nunca he visto un artista igual a la hora de hablar fingidamente.

Es la hora de la cena y de despedirse, dijo el anciano.

++++

Fue en este año cuando empezó la guerra, que duraría casi veinte años, contra los fieros chalcas. Estuvo casi siempre en los campos de combate, dirigiéndola, junto al gran capitán Tlachuepan, el gran águila Xochiquetzaltzin, con quien trabajaba en el Consejo de Historiadores y Astrólogos. Ya desde tres años antes había habido escaramuzas, riñas, pequeñas batallas. Motecuhzoma y Tlacaélel querían imponerles de tributo que llevaran árboles, altos y recios, además de diversas vigas, para la ampliación del templo de Huitzilopochtli en Tepehuelpán, y debían trabajar allí. Debían someterse. Pero si somos amigos, contestaban los chalcas. Intransigentes, los aliados respondían con una palabra: cumplan. Los seño-

res chalcas se enfurecieron. Si quieren guerra, la tendrán. No transigiremos. No es la primera vez que nos enfrentamos.

Y empezaron a pintarse los libros de sangre. Y fue el principio de una guerra larga, agotadora.

++++

—No es la primera vez que nos enfrentamos... —repetía Tlacaélel, con ironía y desprecio, las palabras de respuesta de los señores chalcas. Claro que no, les contestó. Tampoco es la primera vez que han huido de nosotros antes de comenzar siquiera la batalla. Tienen mala memoria. Cuando mis años contaban nueve, cuando aún gobernaba Tenochtitlan mi padre Huitzilíhuitl, huyeron los señores chalcas de sus pueblos como mujeres. Se lamentaban preguntándose de si no habría en esta tierra un rincón para vivir.

Enfurecidos los señores chalcas respondieron que así como a su llegada a la vasta laguna color del pájaro azul fueron humillados por los tepanecas de Azcapozalco en Chapultépec, como lo fueron también por los colhuacanos en Tizapan, los humillarían ahora. ¿No recordaba acaso Tlacaélel, hijo de Huitzilíhuitl, que su mujer, Maquitzin, fue la tercera de las cuatro hijas del huehue Quetzamacatzin, jefe gobernante de Chalco Amequemecan, muerto hacía treinta y cuatro años? ¿Por qué insultaba y denigraba a los chalcas, si sus hijos tenían la mitad de chalcas? Que no olvidaran los mexicas que si los señores chalcas huyeron en aquella ocasión, los mexicas retrajeron sus ambiciones temblando ante la amenaza de los muchos pueblos que se unieron a la defensa chalca.

—Igualmente les pondremos la mano encima —repusieron los grandes señores de la alianza.

Motecuhtzoma llamó a Nezahualcoyotzin y a Totoquihuatzin. No se necesitaba demasiada oratoria; Nezahualcoyotzin recordó la

---

El recuerdo de Nezahualcóytl muerte de su padre a manos de otumpanecas y chalcas y recordó los días terribles de su infame prisión ordenada por Toteotzin, que seguía siendo aún el mayor y el más anciano de los señores de los cinco pueblos que conformaban Chalco Amequemecan.

—Lo pagarán —prometió.

++++

Los fieros chalcas convocaron a los mejores hombres de sus cinco pueblos: de Amequemecan, de Tlalmanalco, de Tenanco, de Chimalhuacan y de Atenco.

Se reunieron en Amequemecan, enclavada al pie de los volcanes. Recordaron a los antepasados: desde que salieron del lugar de las garzas, allá, en el lejano norte, y llegaron al sitio de los varales y los zacatales. Recordaron cómo introdujeron, ya llegados aquí, al borde de las nieves y al borde de la llanura, las vestiduras de cuero de venado, los collares de concha y caracol, los largos bezotes, las faldas de caracolillo. Y recordaron que los primeros en llegar fueron los amequememes y los tenancas, y después los tecuanipas, gente del ocelote. Recordaron con veneración a los fundadores: los hermanos Atonaltzin y Tliltecatzin, raíz y nervio, semilla y pájaro de la nobleza de la ciudad.

Y se prepararon para responder hasta la última gota de sangre a los aliados. Los esperarían aquí, en el sitio donde viven los jaguares, para responderles hasta la última gota de sangre. “Su flecha no horadará nuestro templo”, desafiaron con rabia y altivez. Todo aquél que intente apropiarse de nuestro territorio conocerá la velocidad de nuestros dardos y la solidez de nuestros escudos.

Y comenzó la larga e inhumana guerra.

++++

La instrucción de Tezauhquizintli fue vigiladamente rigurosa. Se le enseñó desde temprano en el Tlacateo a punzarse con espinas de maguey hasta sangrarse, a ayunar, a sembrar el campo, a barrer, a bañarse en las noches frías. Aprendió con presteza a interpretar los libros de pinturas, a memorizar los cantos divinos, a develar signos, a precisar la cuenta de los años y la cuenta de los días, a distinguir sueño e imaginación en la flor y el canto, a discernir qué flor tenía aroma y qué canto se oía bien, a hablar un lenguaje pulido y noble, a nombrar las cosas con su nombre propio. Se le enseñó a tensar el arco, a arrojar los dardos y a manejar la lanza, en lo cual fue impar. Como los grandes señores, en su severa instrucción, fue a la vez un noble y un hombre de pueblo. Que se reunieran a la vez en él la herencia fértil de Quetzalcóatl y la sombra violenta de Tezcatlipoca, del tolteca y del chichimeca, del sedentario y del nómada, del civilizado y del guerrero. Y si en algo se distinguió Tezauhquizintli fue en el diestro uso de las armas.

Pero muchos de los allegados vivíamos llenos de sombras y temores. Como hijo único legítimo peligraba la estirpe. Esto lo hacía blanco de toda suerte de intrigas, tanto de las concubinas de su padre como de señores poderosos de otros pueblos, y las cuales cuidábamos de destejer. Celos acres y recelos mordientes lo rodearon siempre. El aire que lo rodeó estuvo siempre envenenado.

Fuera de eso nos entregábamos con fervor a su enseñanza, para que su corazón se afirmase y su rostro fuese más sabio. Para que supiese que bajo el sol y de frente a la tierra el ideal máximo es ser dueño de un rostro y dueño de un corazón. Que su vida se convirtiese en oro o en las piedras preciosas que pule el verdadero orfebre. Pensaba para mí que Tezauhquizintli sería tan grande como los grandes señores de Tenochtitlan y de Tezcoco juntos. Nunca vi en mi vida en na-

---

El recuerdo de Nezahualcóytl  
die como en él tantos dones reunidos. Todo lo hacía bien o  
demasiado bien. Él volvería más célebre el nombre de su es-  
tirpe y daría alcurnia a la ciudad.

Era la admiración y la alegría de su padre, quien lo lle-  
vaba a menudo, con él al bosque de Tezcutzinco y a la colina  
cónica. Eso le servía a su padre de esparcimiento y solaz entre  
las angustias y las tribulaciones del mundo, de las calamidades  
de la naturaleza y de las guerras continuas. Pero en muchos  
instantes veía en el rostro del niño el rostro del otro. En el re-  
cuerdo una imagen le causaba un feroz tormento: cuando en  
los huertos de Tepéchpan, mientras el colibrí bebía la miel, oyó  
la voz de Cuacuauhtzin que parecía una flor rota; “Acaso por  
mí tengas que llorar, / por mí tengas que afligirte, / tú, amigo  
mío”. Y en el rostro del niño veía las desdichas del reino.

Ese año una helada quemó todo.

++++

Llegó el tiempo, igual que a otros de sus hermanos, de la  
amonestación del niño. Yoyontzin convocó a los palacios a  
los grandes señores de la alianza, a la nobleza aliada y a los  
señores y dignatarios de su señorío y de sus catorce señoríos  
menores.

Y en la perorata Yoyontzin les recordó a sus hijos que  
él no tenía mucho tiempo en el gobierno y el mando y se en-  
tristecía y lloraba a menudo pensando en lo que vendría más  
tarde. ¿Quién sería un gran señor y quién una mano inválida?  
¿O el linaje terminaría con él? ¿Qué pasaría con la fama y el  
abolengo que él había creado para Acolhuacan?

Les pidió devoción para el dios Invisible e Impalpable  
y les recomendó el cultivo de todas las virtudes. Aconsejó  
el trabajo, aun el más humilde, y los motivó a ser valerosos  
como los guerreros del sol y a sostener el magnífico linaje,

“pues no han nacido ustedes de árbol o planta”. Los increpó para que ambicionaran grandes cosas y no acabaran de campesinos o de acarreadores de leña, aunque debiesen conocer a fondo estas labores, porque los abuelos y los antepasados comenzaron de este modo, y de la sola nobleza nadie come. “Es necesario sembrar magueyes, nopales y árboles y cultivar a la vez las artes y las artesanías.”

La mayoría de los hijos escuchaban con atención. El rostro de Tezauhquizintli denotaba asombro. Abría mucho los ojos, parpadeaba, trataba de entender lo que aún no era para él muy comprensible. Ojos de príncipes y nobles lo miraban. Yo observaba la afectuosa mirada de Motecuhzoma, la escrutadora de Tlacaélel, la curiosa de Totoquihuatzin, la admiración de todos. O casi.

Por último Yoyontzin aconsejó a los hijos guardar sus palabras en la casa del corazón y dibujar con ellas un libro de pinturas. Rememoró la fama de los que vivieron antaño, pero ante todo —destacó— “dense por entero al dios que es como la Noche y el Viento, sepan convivir con los otros, no desprecien ni se vanaglorien, no engañen como las serpientes ni vivan en ocio ni en holgazanería. No arrojen mis palabras a la basura. No las vuelvan objeto de escarnio o mofa”.

—Por él me crece la cara —me dijo orgulloso Nezahualcoyotzin.

++++

Reunimos a la fraternidad de los príncipes. Recuerdo en aquella ocasión a Xicotécatl, de Tlaxcala, a Macuilxóchitl, la hija de Tlacaélel, al ya viejo Tochiuhuitzin, hijo de Izcóatl, y a poetas de Tlaxcala, de Huexotzinco, de Tecamachalco, de Chalco y de la región otomí.

Los huertos de los palacios eran un solo vuelo de colibríes. Qué maravilla verlos. Qué resplandor del verde de su

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

plumaje que al aletear o al alear o al cambiar de posición, podía volverse pardo o color naranja o color de fuego. Miles de colibríes. Volaban y bebían miel y zumo de las flores. Y aún ahora, en la punta de los ojos, los veo volar o revolotear, y los veo verdes o pardos o color naranja o color de fuego. En un instante.

Invocamos a Xochipilli, príncipe de las flores, dios de la danza y de la música, y se bailó y sonaron el huéhuetl y el teponaztli, las flautas y las caracolas.

No importaban en las reuniones enemistades de pueblos. El canto, sobre el cual se edificaron nuestras ciudades (por eso las ciudades nuestras se oyen como una perfecta música), unía por las flores a los pueblos de las cuatro orientaciones de la Tierra. Nunca han importado en las reuniones enemistades de pueblos o personales.

Y esa mañana y esa tarde todos se encantaron con la gracia y la memoria privilegiadas del niño prodigioso, que narraba historias y leyendas y cantaba cantos de los pueblos donde el náhuatl es idioma de todos.

Sin embargo, hubo una limitación o una desgracia. Tezauhpicintli poseía todos los dones para expresar de un modo único el sueño que se vuelve palabras, pero no era capaz de crearlo. Sus flores fueron más secas que las mías, y frente a las de su padre, el más alto cantor de nuestras tierras, no tenían color ni olor. Sólo resultaron ensayos de flores. Tezauhpicintli no dejó un solo canto hermoso. Por eso nadie los aprendió, por eso no quedó nada.

++++

Navegamos primero hacia Tepeyácac, al santuario de Tonantzin, nuestra madre venerada. Cruzamos luego la laguna hacia Azcapozalco. Hacía tiempo que no iba a Azcapozalco.

Aquella ciudad, que veinte años antes fuera la más poderosa de las tierras conocidas, no había podido erguirse de nuevo, ni ha podido hacerlo hasta ahora. El tonalpohualli, el calendario, ha dado hoy que les hablo, más de cincuenta veces la vuelta y Azcapozalco es sólo un espejo roto.

—Llévelo a Tepeyácac, al santuario, y luego a Azcapozalco y a Tlatelolco, para que vea los mercados. Recuérdele lo que hicimos. Que se lo grabe —me dijo Nezahualcoyotzin esa mañana del mes izzcali, el último mes, poco antes de los días nefastos.

Llevé al niño.

—La culpa fue de Tezozómoc y de su hijo Maztla, quienes rompieron todas las reglas de la guerra. Querían no la victoria, sino el exterminio.

Le señalé el templo mayor donde su padre le arrancó el corazón a Maztla. Desde entonces la ciudad fue reducida a mercado de esclavos. Aquí y en Izhuacan.

Fuimos al mercado. Se mostraban, para la venta, hombres, mujeres y niños, que estaban allí por hurtos, o por apostar en el juego del patolli o en otros juegos y no poder pagar, o por no pagar préstamos...

Como se aproximaba su principal ceremonia, los cholultecas habían venido a comprar jóvenes para sacrificarlos. Veíamos a los sacerdotes cómo medían del joven la estatura y cómo calculaban fuerza y peso. Recordé cuando estuvimos en Cholula en el alba del mando de Nezahualcoyotzin.

—Vámonos, le dije a Tezauhquizintli. Ya es tarde.

Navegamos hacia Tlatelolco. El jade de la laguna brillaba bajo el cielo. Se extendía el brillo. Las canoas iban rápidas por las aguas como los venados en tierra. Llegamos.

Me gustaba venir aquí. Me gustaba oír en el mercado ése como rumor de miles de hojas que con levedad son tocadas por el viento y que creaban las voces. Un rumor como de abejas dulcísimas multiplicándose sobre las flores y la hierba.

Todos los días es algo parecido —le dije.

Multitud de canoas arribaba al mercado o partía.

Era increíble el número y la precisa organización. El mercado era una llamarada de color: el maíz, el chile, el frijol, el cacao, la cebolla, el camote, la dulcísima miel, los petates, las sillas, el carbón, la leña, los braseros, la loza, las vasijas de variados colores y variadas formas, los cueros de venado, el papel de corteza, la volatería, la plumería prodigiosa, las varias y variadas mantas, las telas de algodón, las obras de oro y plata, las obras de coral y de turquesa, los cuchillos de pedernal y obsidiana, las hachas de cobre, los huevos de insecto, los peces y las ranas. Las mujeres cocinaban en diversos ángulos y vendían tortillas o tamales o atole o carne cocida o cacao preparado.

Conversábamos con los vendedores. Alguien lo reconoció. Se acercaban. Algunos vendedores le regalaban de sus productos. “Es el hijo de un hombre justo”, decían.

A Tezauhpicintli le atraían en especial las armas de guerra. Se embelesaba mirando escudos, hachas de cobre, cuchillos de pedernal.

Subimos al templo y vimos en panorama la laguna color del pájaro quetzal, cerros y montañas rodeándola, los majestuosos volcanes, las anchas calzadas al sur, al oriente y al norte, las ciudades blancas plantadas a orillas de la laguna. Se sentía en todo el cuerpo la ligereza del aire y del cielo.

Regresamos a Tezcoco.

+++

Motecuhzoma y Yoyontzin caminaban por el recinto ceremonial de México-Tenochtitlan. Entraron y salieron de la Casa de las Águilas. Con alguna frecuencia las inundaciones causaban problemas, pequeños o grandes, a México y a Tlatelolco,

---

Marco Antonio Campos  
en especial cuando el río Acolma desembocaba crecido en la vasta laguna: las aguas del norte y del oriente empantanaban las islas de México y Tlatelolco. Después de todo el Acolma, le dijo Motecuhzoma sonriendo, forma parte del señorío de Acolhuacan.

Yoyontzin ideó un dique —una larguísima cerca de piedra y argamasa— que cortaba a las porciones norte y sur. Solucionó de golpe, hasta cierto punto, dos graves problemas: protegía más o menos de inundaciones a las ciudades y separaba el agua salada y el agua dulce de la laguna.

Por ese tiempo, si no recuerdo mal, ocurrió que un hermano de Motecuhzoma, el Tlacatécatl Zacatzin, en vez de laborar, se la pasaba “cante y cante, tañe y tañe el atabal”. Motecuhzoma se encolerizó al saberlo y mandó quemarle la casa y matarlo por “perezoso y gandul”.

En la construcción del dique que va de Atzacualco a Iztapalapan, trabajaron hombres de México-Tenochtitlan, de Tezcoco, de Tlacopan, de Colhuacan, de Iztapalapan y de Tenayuca. Multitud de hombres que trabajaba y que a la distancia parecía un río de hormigas. En tiempos de tempestades y tormentas el dique protege gracias a su altura; en los de sequía se abren las compuertas.

++++

Siguieron desgracias y calamidades. Murió primero el anciano maya. Desde hacía meses estaba enfermo y sus únicas reflexiones eran ya sobre el paso a la casa de la niebla. No le preocupaba. Vida y muerte son una, decía. Regresaré sólo al lugar de donde vine.

Le pesaba ya el cuerpo. Era tiempo de desprenderse de él, de los bienes tenidos, de lo que vio y recordaba, de la luz, del color, de los olores.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Sólo le pidió a Nezahualcoyotzin un último servicio: que lo enterraran en la región donde despertó a este sueño, con la cabeza dirigida hacia el norte, el lugar donde moran y duermen sus antepasados. Sería largo el viaje y debía prepararse bien. “El pequeño pulso, el del cuerpo, se acaba, pero el gran pulso, el del espíritu, continúa más allá.”

Al verlo tendido en la estera amarilla comprendí que una memoria del mundo terminaba con él. Que el gran libro de pinturas que fue su corazón, terminaba con él. Se apagaban las muchas pinturas que hubo en su corazón.

—Yo también seré hundido, también seré perforado —murmuró Nezahualcoyotzin, cuando en el mes de ochpaniztli, el undécimo mes, bajo una ráfaga de lluvia, el anciano maya despertó a otro sueño.

Lo recuerdo bien, porque fue el día de la fiesta de la madre de los dioses, nuestra abuela, y yo deseé que fuera próspero su camino.

++++

Poco después murió Illáncueitl, tórtola y collar. La piedra preciosa se había perdido. Como el orfebre hace collares de coral y concha, pulseras de jade, aretes y anillos de oro, se quiso hacer con ella una pieza de orfebrería.

Nunca supieron bien explicar cómo Illáncueitl salió del templo de Quetzalcóatl y se encaminó a la laguna. Al parecer estaba en el borde, resbaló y cayó.

La hallamos varios días después cuando su cuerpo flotó sobre las aguas, cerca de la ribera.

++++

Fue para mí insoportable en la ceremonia ver cómo ponían los anillos de bledo en la boca y le pintaban de azul la frente,

la vestían de papel y le ponían en la mano una vara. Y asistir luego al entierro. Ahora morará en el tlalocan y estará rodeada de jardines donde sobran alimentos y frutos, me decían consolándome. Será feliz y gozará sin reposo.

—Como una pintura nos iremos borrando —repetía mi corazón.

++++

Vinieron años penosos. De súbito cambiaron las cosas. Una y otra calamidad se sucedían. Luego de la feroz plaga de langostas, tres años más tarde hubo una helada atroz, y al siguiente año una nueva helada quemó sembradíos y bosques y maltrató o destruyó casas. Y entre eso, aunque menos intenso, nuevas heladas y sequías. Las bestias monteses se apropiaron de los poblados, y zopilotes y buitres asolaban poblados. Campeaban los roedores. Se cortaba gente como racimo de flores secas, el hambre hundía sus dientes en el estómago del pueblo, en especial en el periodo entre dos cosechas. Por el hambre muchos jóvenes parecían ancianos de tan secos y enjutos. Pueblos enteros corrían el riesgo de hacerse añicos. Las sequías fueron en especial duras. Como en todas las grandes tragedias se vieron las mejores y las peores cosas. Hubo gente que no sólo ocultaba comida, sino negociaba con ella. Era triste, y movía a llanto, ver a gente venderse en esclavitud o vender a sus hijos para que estos y ellos comiesen. Y tragábamos humillaciones: los totonacos nos compraban. Si la alianza no cayó fue por dos razones: la gran mayoría de los pueblos estaban como nosotros y nuestra fuerza militar se hallaba intacta.

Desesperados Motecuhzoma, Nezahualcoyotzin y Totoquiuhatzin abrieron las trojes para el pueblo y suspendieron por seis años los pagos de tributos. Sin embargo,

---

El recuerdo de Nezahualcóytl en su desesperación, los mexicas obligaban a labores forzadas a gente de otras partes y le daban apenas de comer, Nezahualcoyotzin vivía acosado por las culpas. El espíritu de Cuacuauhtzin rondaba en todo hecho ruinoso. Cuando se reunía la fraternidad de los príncipes sus cantos tenían resonancias lúgubres. En los huertos las aves de plumaje luminoso no parecían comprender desde su belleza el drama. “Si es jade se astilla, / si es oro se rompe, / si es plumaje de quetzal se desgarrar.” Y se recordaba a los nobles ya muertos preguntándose dónde morarían ahora. Aquellos nobles que poseyeron mando y riqueza y se rompieron como tiestos. Esos que estuvieron muy poco sobre la tierra y moraban ahora donde la noche levantó la casa.

++++

Motecuhzoma se reunió con su primo para ir a cazar en las cercanías de la sierra de Tláloc. Conversaron con gravedad. La peor sequía devastaba la región. Las personas caían al suelo como ramas secas, como hojas ajadas. Un eclipse de sol ocurrido hacía poco aumentó temores, el sol fue comido. Era cada vez más difícil conseguir agua dulce. Representaba un costo enorme transportarla. Nos castigaba Tonantzin, nuestra madre, dándonos pesar y pobreza. Motecuhzoma recordó agradeciéndole las útiles contribuciones a la ciudad: el embellecimiento del bosque de Chapultépec, la atarjea para traer agua dulce, el dique que se alineaba de Atzacualco a Iztapalapan. Pero en algunos años el agua sería un problema gravísimo. Por demás, dijo, debemos pensar en los hijos y nietos y en los que vendrán después. Todo gobernante que se precie debe calcular a largo plazo. Nezahualcoyotzin respondió que desde hacía tiempo reflexionaba en eso, y que aun, para disponer de agua en Tezcoco, había hecho construir no sólo pozos, sino

---

Marco Antonio Campos  
por medio de caños y acequias había logrado traer agua desde Teotihuacan. Sin embargo, el crecimiento de las ciudades de los aliados y su calidad imperial exigía a grandes retos soluciones mayores.

Días más tarde volvió al palacio de su primo hermano Motecuhzoma Ilhuicamina. Tenía la solución para el problema, le dijo. Era un acueducto lineal desde Chapultépec a Tenochtitlan, pero la construcción llevaría mucho tiempo, y se necesitaba de muy buena mano de obra y de ésa había principalmente en Tezcoco. Motecuhzoma sabía que nadie mejor que él para resolver el problema. Aceptó.

La guerra con los porfiados chalcas continuaba.

++++

El hambre seguía mordiendo el estómago del pueblo. Aquellos años de desgracia fueron de placer únicamente para zopilotes y fieras. Los dignatarios se hundían en la desesperación. Se consultó a los sacerdotes. Para evitar más desgracias —fue la reiterada respuesta— debía efectuarse mayor cantidad de sacrificios humanos. Cuando Nezahualcoyotzin les adujo que bastaba sacrificar cautivos de guerra, los sacerdotes arguyeron que los cautivos llegaban débiles desde tierras y prisiones distantes a través de caminos duros. Los dioses preferían el divino licor de los enemigos de casa para que el mundo no parase.

Nezahualcoyotzin entró en un profundo conflicto moral. Ustedes háganlo, dijo después a los aliados. En esto no voy contra mis principios. Seguiré sacrificando sólo cautivos de guerra.

++++

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Como no era posible por el momento emprender nuevas guerras de conquista el sagaz Tlacaélel concibió la idea de organizar guerras floridas con los señoríos de Tlazcala, Huexotzinco y Cholula, tres de los escasos pueblos que conservaban en los entornos una independencia aparente. Ciertamente: estas guerras ya habían existido desde antiguo, por ejemplo, contra los chalcas aun antes de que nacieran Motecuhzoma y Tlacaélel, pero eran muy irregulares y a los prisioneros se les dejaba libres. También los tepanecas de Azcapozalco solían intervenir.

Se reunieron Motecuhzoma, Tlacaélel, Nezahualcoyotzin y Totoquihuatzin, con los señores de Tlazcala, Huexotzinco y Cholula. Dialogaron hasta que aparecieron las primeras luces en el país rojo de la aurora, donde se escucha el canto del pájaro quetzal, y siguieron dialogando hasta que el gemelo precioso apareció en el atardecer luego de atravesar el universo.

Se llegó a una negociación. No serían guerras de conquista. La muerte en batalla pasaba a un plano inane. Representaba sólo la indispensable necesidad de cautivos de guerra para preservar el orden cósmico. Era también una manera de mantenerse en forma física. Que desapareciera de una vez y para siempre el espanto de epidemias y sequías.

El pacto señalaba asimismo que si alguno de los pueblos era atacado por otros enemigos se debía acudir en su ayuda y socorro. Pero esto no ha ocurrido. Los demás pueblos deben preguntarse: ¿Para qué ser enemigos de Tlazcala, Cholula o Huexotzinco si lo vamos a ser también de la más poderosa alianza de las tierras conocidas?

Xicotécatl, señor de Tlazcala, se enorgulleció de las guerras floridas y las volvió flor en palabras que parecían sueño. Le han sobrado años para arrepentirse.

Ese año 2 Caña el fuego ardió arriba del Huixachtécatl más visible cerro de Iztapalapan. Juntaban los mexicas por octava vez 52 años. Durante los días nefastos la gente estaba

llena de miedo. Todos tenían miedo. Las mujeres palidecían y aun guerreros y nobles lloraban temerosos. Sería horrible decía, si en el último día del año, en la última noche, las tzinimime, las terribles tzinimime, bajaran y se comieran a hombres y mujeres. Y sería el fin. Y sería la noche cubierta por una niebla total.

Y esa vez, hasta los que hacíamos de la duda una tarea, respiramos de alivio al aparecer el sol.

Fue aquella la octava vez que los mexicas ligaron los años desde que salieron de Aztlan, lugar de las garzas, allá en el norte.

++++

Así como en los meses de lluvia los aliados nos quedábamos a sembrar las tierras, en los meses de seca se salía a hacer nuevas conquistas o a ejercitarse en la guerra sagrada, para buscar premios, honor y mando. De eso hemos vivido: de las cosechas de alimentos y de las cosechas de tributos.

Ese año una peste de ratas asoló a los pueblos del valle.

Asistía a veces a las llanuras para ver las batallas de la guerra florida. Solía acompañarme Tezauhquizintli, quien ya contaba con once años. El niño se entusiasmaba. Poco han cuidado tanto los aliados como este modo de procurarse cautivos para conservar el mundo intacto y la edad en flor.

Los guerreros mexicas, águilas y ocelotes, eran y han sido y son técnicamente soberbios. Al verlos parece como si su cuerpo y sus armas fueran una sola arma. Y cientos y miles de ellos y de los nuestros, a lo largo de la caída de los años han caído para siempre en las llanuras donde la hoguera ondula y espumea.

++++

A diferencia de los mexicas, quienes los han perseguido sin reposo, Nezahualcoyotzin, recordando favores y servicios prestados durante los años difíciles, enviaba a menudo a sus embajadores a llevar donaciones a tlazcaltecas y huexotzincas, que apenas podían ya con su pobreza. Nezahualpilli ha seguido el ejemplo de su padre.

++++

Y yo le aconsejaba a Tezauhpizintli que en la lucha debía saber usar a la vez pensamiento, cuerpo y corazón. Se debía ser fuerte, sobre todo cuando se tienen los dones. Saber aprovechar los dones para construir una vida magnífica como ejemplo para su pueblo y para la alegría del Inventor de Sí Mismo. Que no fuese a llenar de polvo y de inmundicias la memoria ni la honra del linaje de quienes lo rodean y aman. Que no fuese a ennegrecer la honra de la familia y la historia de un pueblo que remonta su raíz a la raíz doble de Teotihuacan y Aztlan, sabiduría y arma.

++++

Desde hacía dos años Motecuhzoma, cuyas flechas llegaban al cielo, con “la ayuda o cooperación tributaria” de los pueblos del sur de la laguna, Colhuacan, Cuitláhuac, Coyoacan, Mízquic y Xochimilco, hacía seguir los trabajos del templo doble. El templo, al fin, quedó de 360 escalones enlazados por tres escaleras.

Para el reestreno del templo fueron pasados por el téchcatl cautivos de los duros huastecos.

++++

Continuaba la guerra con los chalcas. Nadie, como ellos, batallaron tanto tiempo y con tal ferocidad. De sus cinco grupos quizá los más brutales fueron los totolimpanecas y los amequemecan, cuyos antepasados habían fundado hacia más de seis ligaduras de años, Amequemecan. Valerosos, pero sin esa brutalidad, fueron los tecuanipas, gente del ocelote. En aquellos años, en las duras batallas, brilló como luz fulgurante la habilidad y valentía del gran capitán Tlacahuepan, quien clavaba como nadie la garra del águila. Por aquel escalón del tiempo a nadie se admiró más que al gran capitán Tlacahuepan. A nadie admiró más y quiso emular tanto en sus proezas y hazañas Tezauhpicizintli como a él, el brazo más veloz y certero de los aliados. Sin él, los aliados, sobre todo los mexicas, no hubieran conquistado el número de pueblos que se logró, o se hubieran rebelado otros o aun acaso hubiéramos sido humillados por los chalcas.

Por varios años el veloz y certero brazo de Tlacahuepan forjó como joyel lo que sería su historia y su leyenda de oro. Yo lo vi varias veces. Tenía la majestuosa elegancia y la indomable fuerza del águila. Cuando daba el picotazo o el zarpazo desgarraba hasta lo más profundo.

++++

Meses después volvieron las lluvias. Crecieron de nuevo el maíz, el amaranto, la chía, los granos. Se daban los frutos en los árboles. Había gratitud y alivio en los últimos poblados de las regiones donde el náhuatl es lengua de todos. Volvía el color a los rostros. Volvía el humor. Se veía la luz de otra manera. Por fin, decían todos, acabó el mal sueño.

Que no vuelva el mal tiempo, que no regrese nunca.

“El tiempo está claro, el tiempo se pone claro”, decía con alivio Nezahualcoyotzin. Se aplicaba de nuevo la matrícula de los tributos. Hecahuehuetzin, hijo del señor Nezahualcóytl, hacía cumplir desde el Consejo de Hacienda la aplicación de la matrícula de los tributos. La tierra producía pródiga, y del sur y del norte se multiplicaban los productos que traían los comerciantes a las ciudades de los pueblos fuertes de la laguna. Llegaban tributos de los mares del sur. Llegaba el oro en polvo. Llegaban tejuelos, barretillas, bezotes, orejeras de oro. Llegaban esclavos, plumajes azules, mantas, cuerdas, el anhelado algodón. Llegaban el sabrosísimo cacao, la miel, el chile, vestiduras de combate. Y del norte, de las costas, llegaban mantas, camisas, faldas y vastos cargamentos de maíz. Llegaban jade y turquesas. Volvían los años fuertes para los invencibles aliados. Y siguió la expansión. Pero en el ambiente podía sentirse, como cortante pedernal, el odio y el resentimiento hacia nosotros.

—Quizá algún día lo vengan a cobrar y el precio será muy alto —me decía entonces y lo digo ahora que veo desde el umbral la amplitud de la casa de la noche.

## PONIENTE (Casa)

Me acuerdo de aquella vez, porque fue la primera en que Nezahualcoyotzin me dijo que la edad comenzaba a pesarle en el cuerpo. Me lo dijo una tarde de viento del año 6 Caña, todavía en el mes de atlcahualo, días antes de la fiesta de Xipe-Tótec.

—Váyanse a México usted y mi hijo en mi representación. Me quedaré en Tezcoco para la ceremonia.

Tezauhquizintli quería participar en México- Tenochtitlan en la celebración de la fiesta del Cuarto Movimiento entre los guerreros águilas, por lo que llegamos tres días antes. Nos quedamos, como siempre, en las habitaciones de huéspedes de los aliados en el palacio de Motecuhzoma. Almorzamos diario con él y sus gentes. A comparación de nosotros, Tlatoani y nobles mexicas se preparaban verdaderos festines. Los almuerzos habían llegado a ser un verdadero ritual, como lo siguieron siendo para Axayácatl y ahora para Tízoc. “Con esos banquetes terminarán por relajarse”, comentaba con Nezahualcoyotzin.

Tezauhquizintli era feliz en la casa de los águilas. Lo acompañé esa vez. Era de los escasísimos privilegiados que podían entrar al recinto, donde, desde la entrada y en cámaras interiores, estaban empotradas, o como estatuas, o como relieves coloridos en las banquetas, imágenes de águilas, de guerreros águilas, de procesión de guerreros águilas.

Tezauhquizintli se adiestró con los guerreros como otras veces. “No necesita alumbrarse con antorcha, pues en verdad es estrella”, decía su padre.

Tezauhquizintli se emocionó hasta la raíz cuando oyó en la casa de los guerreros el canto que recuerda a Motecuhzoma, a Totoquihuatzin y a su padre cuando lograron la invencible unión.

El día de la ceremonia del dios de la estación florida habíamos ayunado, como todos los de la ciudad, y al mediodía, convocados todos, asistimos a la ceremonia en el patio y el templo de los águilas, donde a un cautivo de guerra se le degolló y se le arrancó el corazón, repartiéndose luego su cuerpo entre los nobles. En mí resonaba aún el discurso al pie de la escalinata del templo, cuando los sacerdotes suplicaron

---

El recuerdo de Nezahualcóytl al cautivo que saludara al sol para que se acordara de ellos y los favoreciera en la tierra. El cautivo repuso que lo haría con gusto.

Nacía ahora la estación verde. Era la primera fiesta de la cuenta del calendario del tonalpahualli. El día era claro y las cimas blancas de los volcanes, al oriente, y la línea azul y verde de cerros y montañas rodeándonos, se delineaba en los ojos.

Yo sabía que en México y en Tlacopan recelaban de la fama de Tezauh-pizintli. Conocía muchos de los rumores y muchas de las murmuraciones que envenenaban el aire; es jade sin brillo, su oro no reluce tanto como dicen, se siente más que el padre y cualquiera, su padre quiere con él ensanchar su señorío y hacer de Tezcoco la ciudad más poderosa...

De esto en algo eran justos: en la vanidad del heredero. De poco habían servido las amonestaciones para que fuese más sencillo y humilde. Eso no era obstáculo ni valla para su gran nobleza de sentimientos.

“Que se les abran los ojos y el corazón”, se lamentaba el padre, queriendo dar a entender que era un joven de excepcional relieve. “Por eso”, respondía yo.

—Cuidado —me permitía añadir.

Cuando joven la fiesta de Xipe-Tótec me fascinaba como un deslumbramiento: la estación verde surgía, y la piel, que vestía el sacerdote después de arrancársela al cautivo, daba la imagen de la floración.

Nos llamaron para estar cerca de los principales, a un lado de Motecuhzoma, de Tlacaélel y de guerreros águila y guerreros ocelote mexicas, y al otro de Totoquihuatzin y guerreros águila y guerreros ocelote tlacopenses. Veía a Tlacaélel.

Salió en ese momento la efigie de nuestro señor el desollado con su tocado rojo y su cinta áurea, su rodela y su báculo, sus tres banderas a la espalda y su esmerado vestido.

En los últimos cuarenta días un joven había sido como el dios y como a tal se le había honrado. Un joven de cada cal-

pulli también había sido como el dios y ahora serían llevados al sacrificio. Al primero le arrancaron, a filo de obsidiana, la flor del corazón, y el gran sacerdote la había ofrecido a los dioses y los ayudantes habían precipitado el cuerpo por la escalinata. Y siguió otro, que se parecía a Huitzilopochtli, y luego otro, que se parecía a Macuilxóchitl, y luego el que se parecía a Tlachuepan y luego el que se parecía a Iztlitzin y luego el que se parecía a Mayáhuel... Al momento de tocar tierra un sacerdote los desollaba. La carne se entregaba al dueño del esclavo y otros vestían la piel del muerto.

El grupo se encaminó hacia el patio de las dos piedras, adonde el pueblo se había desplazado para asistir al combate gladiatorio.

Salieron dos guerreros águila, el mayor y el menor, armados de rodela y macanas con navajas o pedernal. Salieron igualmente dos guerreros ocelote. De los templos salían sacerdotes cantando y tocando un tambor. Salió un anciano, vestido con piel de puma, y con él otros cuatro. Y el anciano se encaminó y trajo a un cautivo, a un verdadero valiente, un tequihua, al que subieron desnudo a una gran piedra circular, el temalácatl, que se había estrenado un año antes, cuando las huestes invencibles de Motecuhzoma se apoderaron de Coahuixtlahuacan y Tepozcollollan, e incendiaron sus templos y los atravesaron con flechas.

Ataron al cautivo de un tobillo a la piedra y le dieron una rodela y una macana de madera emplumada, pero sin navajas.

Sonaban tambores, subían cánticos.

El guerrero ocelote caminó bailando con su escudo y macana. La desventaja en armas era oprimiente. El cautivo tlazcalteca luchaba con denuedo. El arte y la destreza del guerrero ocelote se imponían. Quizá mientras luchaba el cautivo hacía la recordación de que si lograba matar a los oponentes o si lograba zafarse de la atadura, sería libre.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Los rápidos y certeros golpes del guerrero ocelote hirieron en el rostro y en el pecho al cautivo. Luego fue un golpe seco en el estómago, que lo hizo doblarse, y otro en la nuca, que fue definitivo.

Sonaron caracolas y flautas. Con premura se desató al cautivo y se le llevó a la otra piedra, donde el gran sacerdote le extrajo aún vivo el corazón y lo ofreció a nuestro señor el desollado. Desollaron el cuerpo y vistieron con la piel a un pobre.

Llegaba la brisa fresca de la laguna.

Pasaron los siguientes. En la jornada lucharían cincuenta. Los dos águilas y los dos ocelotes lucharían contra los cincuenta. Sería para los cuatro una jornada ardua, pero al final el honor y el renombre crecerían. Después de la caída fácil del séptimo cautivo quise retirarme. Fascinado con los combates, Tezauhpicintli no entendía por qué.

Comprendí que ya eran parte íntima suya, ceremonias, guerra y muerte.

Terminó la fiesta. La estación florida moraba con nosotros. Subía el aroma de las muchas y variadas flores traídas de Xochimilco y los colores cubrían todo. La abigarrada multitud se dispersaba. Xólotl, el gemelo precioso, asomaba como estrella vespertina.

A la mañana siguiente navegamos hacia Tezcoco. Tomamos la canoa en el embarcadero oriente, entre los templos del Tezcatlipoca rojo y de Xochiquetzal, y navegamos hacia Tezcoco. La laguna jaspeaba.

++++

Día a día era un asombro continuo para todos, el desarrollo múltiple de los dones de Tezauhpicintli. Ahora me viene a la memoria su facilidad admirable para el admirable juego de pelota. ¡Qué manera de jugarlo! ¡Había en él tal arte y destre-

za para golpear la pelota con caderas y rodillas que no cámbiamos de admiración y deleite! ¡Qué manera de moverse por la cancha a través del patio central y de los patios cabezales! ¡Qué manera de armonizar el cuerpo para no tocar la pelota con mano o pie, pantorrilla o brazo! Yo había visto jugadores maravillosos de muchas partes: mayas, miztecas, zapotecas, totonacos, de poblaciones del árido norte, de nuestra región donde el náhuatl es lengua de todos, y Tezauhpicintli no desmerecía ante nadie.

Nezahualcoyotzin procuraba asistir al recinto cuando su hijo jugaba. Me acuerdo especialmente de la primera vez que lo hizo en Tezcoco, y más cuando Tezauhpicintli, con movimientos soberbios, acabó introduciendo, con un golpe de cadera, la pelota a través de la argolla. Cuando la dura pelota de hule entró en “el corazón del juego”, su padre, que sabía controlar sus emociones, dio un salto espontáneo de júbilo. Enseguida se rodeó a Tezauhpicintli y se le honró.

Más tarde, en palacio, se le dieron al hijo plumas y mantas de premio, y Nezahualcoyotzin le puso la primera insignia, porque tal como dijo él, tal como sabíamos todos, el juego de pelota era a la vez una batalla entre los dioses y una batalla entre los hombres. ¿Cuántos no salieron lisiados o muertos de los patios cabezales y el central por furiosos rodillazos, o por una mala caída, o por un fuerte golpe de la durísima pelota en alguna parte noble o en el rostro? La ligereza y el vigor de Tezauhpicintli hicieron muchas veces los deleites de los espectadores y la alegría de su padre. Y si siempre el juego de pelota estaba henchido de gente que llegaba a apostar sus bienes o hasta apostarse a sí mismos, cuando Tezauhpicintli jugaba era imposible dar un paso.

Bien dotado, y siendo además el único hijo legítimo del gran señor de Tezcoco, era la clara esperanza y el sueño fértil de las doncellas. Y las doncellas iban a él.

Por ese tiempo se inició en la dirección de combates.

++++

—Acaban de avisar que vencimos a los de Atexcahuacan, pero no conquistamos aún Amequemecan. Tezauhquizintli batalló como un valiente, como un verdadero tequihua —le informé a Nezahualcoyotzin aquella mañana pálida en Tenayuca. El sol apenas comenzaba a disipar la niebla.

Visitaba al señor de la ciudad.

Caminamos en torno al templo gemelo rodeado de un nudo de serpientes. Subimos la doble escalinata. Al norte, los inmediatos cerros, de los que se había amarillado su verde por el quemante frío.

—Es una buena noticia —me dijo.

Guardó unos instantes silencio.

—Caerán —añadió.

Hacíamos uno de los largos paseos habituales. Recorriamos los palacios. Nezahualcoyotzin cuidaba que todo estuviera en orden.

—Se vuelve más feroz la guerra con los chalcas —comentó hacia el bosque.

Cerca de la declinación del día, dijo: Es hora de volver.

Hacía frío. Desde un peñasco vimos la llegada del ocaso. El sol, que era blanco, empezó a volverse de un rojo y de un violeta intensos. Ráfagas de pájaros se unían en una sola voz para despedir el día. Murmuró versos que hablan del sol que se hunde ataviado de ricas plumas en una urna de piedras preciosas.

—¿Por qué? —preguntó.

Esperaba que en cualquier momento retomaría la conversación.

—He estado cerca de usted —dije—, le he querido y admirado y he sentido un gran orgullo de ser su consejero

y cronista. He sido leal, pero no me he creído un subordinado o un cómplice. No anhelé el mando, y quizá por eso, usted me vio con confianza y, me atrevo a decir, con simpatía. He servido sin otro interés que la admiración a su persona, el amor a Acolhuacan, por sed de conocimiento y por servir al dios que es como la Noche y el Viento. Al servicio de su hijo Xochiquetzaltzin he cuidado en el Consejo las galas de la tradición y la puntualidad de la historia. Pero hay preguntas que queman el rostro. ¿Por qué hablar de un Dador de la Vida de nuestra tradición tolteca y al mismo tiempo se sigue permitiendo entre nosotros la adoración de otros dioses? ¿Por qué se multiplica mensualmente el sacrificio de cautivos y se les da incluso a los mexicas? ¿Por qué se continúan las guerras sagradas y todo lo que contradice la enseñanza de Quetzalcóatl? ¿Por qué un hombre, con presunción de rectitud, fue capaz de enviar cruelmente, hasta hacerlo morir a pedazos, a un noble tributario, pariente suyo, para quedarse con su prometida? ¿Por qué un hombre a todas luces espiritualmente superior, condesciende con Motecuhzoma, con Tlacaélel y los señores mexicas sólo por conservar un gran fragmento de gobierno? ¿Por qué todos los días aumentan sus posesiones y las de sus concubinas e hijos y la gente del pueblo, sólo en ocasiones, come bien? ¿Cómo podía llenar de flores el canto y hablar de la vida que es breve y la vanidad de la riqueza y construirse palacios y jardines en varios sitios poniendo a trabajar a miles y miles de hombres? Y bosques y montañas para la caza. Me parecía que en él se reunían en extremos difíciles al hombre político con el gran hacedor de cantos y el sabio: el que anhela grandezas terrenales a cualquier costo y quien no ignora que sin educación y moral el hombre es sólo sombra o bestia. Y sin embargo, jamás en las tierras conocidas hubo un hombre que tuviera tantos dones y les hubiera dado tanto fruto y tanta luz. Añadí que podía no responderme. Como cronista y consejero

debía decir la verdad en su raíz. Si quería mandar matarme o castigarme era materia dispuesta. La vejez entraba en mí, y el cuerpo, después de todo, es sólo una envoltura. Se acabaría una vida de pena, porque en esta vida se padece mucho más de lo que se goza. Vida y muerte eran ya lo mismo y acaso siempre lo fueron. “Cada vez veo más cerca el sitio donde la niebla alza su casa”, le dije.

Lo tomó con prudencia.

—Con ellos —señaló con la mano hacia México-Tenochtitlan— soy el segundo señor de estas tierras; oponiéndome a ellos Tezcoco sería sólo sombras de sombras de una ciudad. Si Motecuhzoma y Tlacaélel quisieran arruinarme, podrían hoy mismo caer como abejas asesinas. Yo les doy algo y me dejan hacer mucho y nuestro pueblo crece y es modelo de pueblos dondequiera. Soy su mejor y mayor aliado y principal consejero, pero no les doy para el sacrificio a uno solo de mis súbditos ni les tributo en forma alguna, y eso, sólo un necio puede ignorarlo, es una ganancia política y humana. Acepto sacrificar cautivos en la ciudad y suelo dárselos a los mexicas pero de otros pueblos; algo debemos compensar. Nadie ignora que nuestras leyes son modelo en la región nuestra, aun para los mismos mexicanos. En ninguna ciudad florece más la cultura que en Tezcoco, flor de ciudades. En ninguna ciudad son más respetados artistas, artesanos, orfebres, plurmarios. En ninguna ciudad se tiene más consideración a los súbditos: se les visita, se les oye, se solucionan sus problemas, si son justos. Sin duda me apasionan gobierno y mando, pero he demostrado que los ejerzo con prudencia y claro sentido de justicia —no con entera e imposible justicia— que no existe igual en otros pueblos. He edificado en pocos años una ciudad a la altura de las mejores de todas las edades. Cierto: ayudé a los mexicas en obras que engrandecieron y embellecieron su ciudad, pero a mí y a Tezcoco también nos dieron

gloria y nos fueron útiles. Si actúo en ceremonias públicas con ellos o como ellos es por simular que mi religión se identifica con la suya. Pero ellos no desconocen que es simulación. Que hace tiempo dejé de creer en eso y saben que en la casa de mi corazón se pintan sólo los libros de la tradición tolteca. En hechos de gobierno y mando hay muchas cosas que debemos hacer contra nosotros; yo trato de que sean las menos y he demostrado que, en comparación con otros, son las menos. Le pregunto: ¿Le gustaría que en vez de mí tuviera la silla y la estera de Tezcoco un noble azteca o un noble nuestro que fuera un pelele de los aztecas, como ya lo es de hecho el señor de Tacuba? Esta tierra es de aflicción y fatigas; no es sitio de bienestar; todo es mudanza y variación; démosle un poco de belleza, de rectitud y generosidad hasta donde podamos y nos dejen. Con el gobierno y el mando las más de las veces puede hacerse mucho mal y ocasionalmente la máscara del bien. Cuidémonos de nosotros mismos, quienes podemos ser nuestros peores enemigos. Desde luego me hubiera gustado hacer mucho más bien del que he hecho. Aún espero hacerlo. Si se quiere de mí la pureza absoluta, me enorgullezco de no tenerla. Nadie es perfecto, nadie es los dioses. Pero nadie también, con gobierno y mando, ha sido más justo que yo. Espero, y lo digo abriéndole la flor y la casa del corazón, espero que alguna vez podamos regresar a aquellos tiempos de Quetzalcóatl cuando eran sólo sacrificados pájaros, serpientes y mariposas.

La relación de afecto permaneció inalterable.

++++

En el año 11 Pedernal dos hechos ensombrecieron a mexicas y acolhuas. El primero fue el suicidio, en Chalco, del gran capitán Tlachahuepan, el más hábil, el más valiente guerrero, que había surgido en los últimos plazos.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Según contó Tezauhquizintli, quien estuvo también en la batalla de Acolco, decenas de chalcas cercaron a Tlacahuepan. Fue cercado Tlacahuepan entre el polvo que se alzaba. Se volvió flor de guerra. Comprendí, me dijo Tezauhquizintli, que también a los grandes valientes les llega su hora y que la del gran Tlacahuepan llegó entonces. “También los grandes vienen a morir a la tierra”, contesté.

En la batalla cayeron dos notables príncipes mexicas: Chahuecue y Quetzalcualli. Se les ultimó con increíble ferocidad.

Motecuhzoma lloró de cólera y de impotencia. Quedarán reducidos a polvo. Se convertirán en hojas secas, haremos de su hierba polvo. Se acabará, se apagará su estirpe.

Los mexicas apresaron a un hijo del señor de Tlalmanalco. Se le guardó en prisión.

En Tezcoco llorábamos de rabia. Mordíamos el polvo. Parecían los chalcas haber olvidado su pasado noble y regresar a un estado de fieras y bestias.

—No —me corrigió Acapioltzin, hijo del señor Nezahualcóytl y gran águila—, en el pasado fue igual. No es de ahora que los chalcas han violado toda ley y tradición. Recuerde que hace cerca de tres amarraduras de años, en la llamada guerra de la flor contra los tlacochcalcas, apedreaban y mataban prisioneros. Y no sólo eso: a las mujeres les ponían chile en el agua y a los hijos los molían y destruían a leñazos. ¿Y acaso a los hombres no los quemaban arrojándoles leños encendidos?

—A los chalcas, tarde o temprano, les pasará lo que a los tepanecas de Azcapozalco. Serán borrados de la tierra —comentaba Motecuhzoma a Tlacaélel, a Nezahualcoyotzin y a Chimalpopoca, nuevo señor de Tlacopan, mientras caminaban entre los manantiales y los árboles de Chapultépec.

¡Qué grande aun en su muerte fue el bravo capitán Tlacahuepan! El viejo Toteotzin, señor de los chalcas, opinó

después que nunca supo de un guerrero que tuviera la talla del capitán Tlacahuepan. Toteotzin, que ya estaba de hecho ciego, lo mandó llamar con los otros cautivos aliados. Ustedes ya no son nadie, dijo. Sólo sombra o niebla. No hay nada, no tienen nada. Le ofrezco, Tlacahuepan, quedarse con nosotros. A usted y a sus compañeros les ofrezco esto. Le ofrezco una parte del señorío; podrá compartirlo con sus compañeros. Lo queremos como guerrero chalca, como señor chalca. No es poco lo ofrecido ante lo que es la vida. No dos veces se vive en esta tierra.

Por toda respuesta Tlacahuepan se atravesó con un dardo el corazón, mientras gritaba a sus compañeros de cautiverio:

—¡Ya voy! ¡Aguárdenme mexicanos!

Al enterarse Motecuhzoma pasó días de tristeza. Lloró y dijo que, al igual que Tlacahuepan, él había venido a este mundo y tendría que marcharse. Cada vez estaba más cerca la casa de la noche.

—Ya nadie podrá verlo ni oír su palabra otomí —decía Tezauhpicintli, quien lo lloró amargamente—, ahora vive allá, mora allá, en la ribera de las aves.

Creo que fueron las últimas palabras que le oí a Tezauhpicintli.

++++

Al recordarlo ahora el corazón se oprime y se ensombrece. Como la mano del orifice azteca hace hablar el oro, nosotros quisimos con Tezauhpicintli que el oro hablase.

La madre de Eyahue, la concubina favorita de Nezahualcoyotzin, anhelaba la silla y la estera para su hijo. Llenaba el camino con las piedras de la intriga y de la murmuración. Asomaban de su boca los dientes de la serpiente.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Eyahue había cincelado una piedra preciosa en forma de pájaro que parecía viva. Ofreció la joya a su padre, a quien le encantó y quiso dársela a Tezauhpozintli. Eyahue se la llevó. Vio que la casa estaba llena de armas. Aconsejado por su madre, Eyahue hizo correr el rumor de que Tezauhpozintli quería rebelarse y matar al padre y reinar en Acolhuacan. Era un ambicioso y se creía superior a Nezahualcoyotzin y a cualquiera. Para eso ya tenía un arsenal de armas. En una rápida acción se vio que en efecto en la casa de Tezauhpozintli había muchas armas.

Nezahualcoyotzin aceptó que se le llevara a juicio. Algunos otros y yo buscamos persuadirlo de que era absurdo, un señuelo, una añagaza, dese cuenta: las armas son de colección, y además, mire, usted puede morir en cualquier instante. Su hijo no necesita apremiar nada. Su hijo lo ha amado siempre y usted ha amado a su hijo.

—Si es inocente lo decidirá el tribunal. No puedo ir contra las leyes que yo mismo creé.

El juicio fue sumarísimo, se declaró culpable a Tezauhpozintli de crimen de alta traición y de inmediato y sin confirmar ni siquiera a Nezahualcoyotzin, una comisión mexicana y tlacopense llegó a la casa de Tezauhpozintli y lo ultimó sin darle la menor posibilidad de defensa. Simulando ponerle en el cuello una guirnalda de flores, lo estrangularon. Habían dicho que iban sólo a reprenderlo.

++++

A Nezahualcoyotzin le quedó el alma como si un cuchillo de obsidiana le cortara una parte del corazón y del rostro; yo quedé como una vasija que se arroja a un muro y se hace añicos. Nezahualcoyotzin, hasta el día de su muerte no dejó de arrepentirse. Muchos de nosotros no nos atrevimos a ver a los

ojos a Azcaxóchitl. Habíamos querido hacer de su hijo una pieza de oro o de turquesas para que llegase a ser el gran señor de Acolhuacan, y en menos de unos instantes sólo tocábamos noche y niebla. Éramos pinturas que con tinte y color pintaba el Dador de la Vida y existíamos sólo como imágenes que él movía a su voluntad. Nezahualcoyotzin nunca le perdonó a los mexicas y a los tlacopenses este acto aparentemente lícito, pero injusto y abominable. Con todo, respetó la alianza, porque Motecuhzoma juró que nada tenía que ver con la muerte. Ese día yo acompañaba al señor de Tezcoco. Motecuhzoma se lo dijo en Oaxtepec, donde el Tlatoani mexicana había hecho llevar todas las especies de flores tropicales con el fin de hacer el más bello jardín jamás visto. Quizá por eso no se alteró la amistad. Motecuhzoma dio razones de sobra: parentesco, años de gloria compartidos, la vejez que en su pena y fatiga los acompañaba, los servicios de Yoyontzin a México-Tenochtitlan en las obras públicas (estaba por terminarse el acueducto). Eran otros, celosos del brillo del joyel de su hijo (“en tu casa misma te rodean lenguas de serpiente”), los que tramaron y llevaron a cabo la acción incalificable.

—¿Y Tlacaélel? —pregunté yo.

—No haga que se me llague el corazón con la sospecha.

—Yo sospecho hasta de Motecuhzoma —agregué.

Desde entonces a Eyahue y a su madre los volvimos menos que sombras.

Las doncellas no dejaron de llorar por mucho tiempo.

++++

Largos meses Yoyontzin, por los huertos de palacio, por los caminos de Tezcoco o del bosque de Tezcutzinco, repetía, lleno de tristeza, ajadas flores y cantares rotos. Aún oigo como lamento su voz, como eco que se quiebra: “Como una pintura

---

El recuerdo de Nezahualcóytl  
nos iremos borrando, / como una flor / hemos de secarnos /  
sobre la tierra, / cual ropaje de pluma / del quetzal, del za-  
cuán, / del azulejo, iremos pereciendo”.

++++

Seguían los chalcas su guerra de bestias. Se hacían conejos, se hacían bestias. La última hazaña infame había sido apresar a dos hijos de Nezahualcoyotzin y matarlos. A uno, a Moxiuhtlacuiltzín, lo embalsamaron vivo y lo ahogaron lentamente. Se le usó luego como antorcha en bailes y borracheras.

Nezahualcoyotzin lloró. Era como si le hubieran hecho tragar una a una, con lentitud, todas las espinas de las biznagas. “¿Para qué respetar los protocolos de la guerra —decía— con semejantes bestias?” Se volvió a ver de pronto frente a Toteotzin, antes de ser encarcelado, y dijo que era el mismo que siempre fue. Toteotzin no acaba de entender que él, Nezahualcoyotzin, había buscado desde el inicio terminar la guerra de modo honorable. Eran ya casi veinte años de violentar los escudos, pero también, en ese lapso, había habido negociaciones variadas y actos de clemencia jamás apreciados. Por toda contestación los chalcas cometían acciones de pillaje y muerte. A cada propuesta de los aliados los chalcas, seguros de sí mismos, respondían que no les estaban ni les estarían sujetos, ni se rebajarían humillándose a darles tributos y a realizarles labores. ¿Quiénes les otorgaron autoridad política, moral o religiosa para avasallar y sojuzgar a los pueblos? Preferían la miseria a rebajarse ante los ambiciosos. Oirían su palabra. Cada sangre de un totolimpa, de un tecuanipa, de un amequeme, de un poyauhteca o de un tlailotlaca, les costaría, sangre, desgaste, tiempo, muerte. Que no olvidaran que Chalco era una ciudad de alcurnia y que en estaciones antiguas los jefes gobernantes venían aquí a hacer la jura. En

aquellos tiempos los aliados ni siquiera existían como fuerza, ni siquiera se atrevían a mirarlos a los ojos. ¡Amequemecan ha vivido y vivirá para siempre!, gritaban y sus gritos parecían antorchas encendidas.

Pero los aliados sabían que un pueblo guerrero y rico, cuya ciudad era una gran puerta de entrada por el sur de la vasta laguna, era intolerable para un imperio: era un hoyo por donde podían entrar los enemigos de fuera o ser fuego que en un instante podía volverse un incendio. Además, repetían los grandes señores de la alianza, eran ya demasiados los agravios. Necesitaban los chalcas una lección inolvidable por lo inclemente. Era cuestión de tiempo. Asolarían la ciudad, pondrían la ciudad asolada.

Sin hijo legítimo y sin victoria decisiva, Nezahualcoyotzin consultó a los sacerdotes. Lo que oyó fue como un corte de cuchillo a su corazón y a su rostro. Era preciso sacrificar más hombres y crear más templos. Y lo hizo.

Y fue inútil.

++++

Nezahualcoyotzin se retiró a la colina cónica. Se encerró en sus habitaciones. No salía. Rogaba al dueño del Cerca y del Junto: Si vencemos a los chalcas, si nace un nuevo hijo, construiré una pirámide frontera al templo doble de Huitzilopochtli y Tláloc.

++++

Y las cosas de pronto empezaron a cambiar. Azcaxóchitl se preñó, y aunque la bravura y la fiereza de los chalcas aumentaba, se percibía que era más una manera de demostrar que no estaban debilitados. No pocas veces nos humillaron ten-

diéndonos emboscadas en pleno combate o a las horas en que la noche cubre el cielo, haciéndonos estragos espantosos. Pero ese año la situación empezó a cambiar. Uno de los jóvenes hijos de Nezahualcoyotzin, Axoquentzin, luego de ser objeto de escarnio y mofa por parte de uno de sus hermanos mayores, audaz, temerariamente, rompió las formaciones del enemigo y llegó hasta la morada del viejo Toteotzin y lo apresó. Y representó un golpe simbólico y a la vez un irresistible golpe de guerra.

Y la soga chalca empezó a debilitarse. La soga de los chalcas se empezó a quebrar. Fueron cayendo una a una las más importantes ciudades. Huyeron los señores hacia Huexotzínco. Sus templos fueron incendiados y en nuestros libros de pinturas se dibujaron flechas que atravesaban templos. Cayó Amequemecan, cayó Tlalmanalco, cayó Tenanco, cayó Chimalhuacan, cayó Atenco. Las tierras de los chalcas fueron devastadas.

Tezcatlipoca, su gran dios tutelar, quien los dirigiera en su peregrinación hasta el borde de la laguna y al pie de los volcanes, los abandonó sin misericordia.

Y lo prometido por los aliados se cumplió con oprobio. A partir de entonces los chalcas no han conocido lo que es gobierno y mando. A veces me dan compasión y pena, pero cuando recuerdo sus actos despiadados se me borran esa compasión y pena. Se lo merecían, me digo. Se lo merecen. Ya no tienen flechas ni escudos. No son nadie. Esto hicieron los mexicas, los acolhuas y los tlacopenses. Esto hicieron con Chalco.

Se les rebajó a la esclavitud. Ningún pueblo, ni los mismos tepanecas de Azcapozalco fueron tan vejados y maltratados por nosotros. Se les obligó a acarrear desde sus pueblos madera y piedra y a trabajar sin decoro en las construcciones. Sólo Nezahualcoyotzin, quien los vio humillados y débiles,

hizo darles alimento y casa. Pero Acapioltzin y Nezahualpilli han sido más bien indiferentes a su desdicha.

Poco después del derrumbe chalca nació Nezahualpilli.

++++

Cuando nació Nezahualpilli ya no busqué acercármele. Tuve temor de ver una paciente obra de orífice volverse de nuevo añicos. Que otros hicieran con él una cuenta de oro. Pero Nezahualcoyotzin me dijo que Azcaxóchitl se comportó como lo que fue siempre; una mujer extraordinaria. Que acaso fue la rabia y el dolor profundos de Azcaxóchitl lo que hizo nacer a un heredero cuando todo lo negaba; él, ya más próximo a la región del misterio, y ella, con problemas de embarazo y en una edad peligrosa. Con el señor Nezahualpilli mi relación ha sido plena de afecto y de respetuosa distancia. Pese a su extrema juventud es más equilibrado y justo de lo que fue Tezauhpicintli; le faltó el brillo y el encanto inusuales de su hermano, a quien no conoció, a quien no pudo conocer.

En el año en que nació Nezahualpilli el viento se llevó las matas de maíz que aún no espigaban.

++++

Ante la sorpresa de los miembros de la alianza, en especial de los mexicas, Yoyontzin construyó la pirámide del dueño del Cerca y del Junto, frontera al templo doble de Huitzilopochtli y Tláloc. Cumplía la promesa formulada en amargos días en el bosque de Tezcutzinco. La pirámide era sobria e impecable. Consistía en nueve partes que representaban los nueve cielos, y encima de los cuales, en una décima, matizada de negro y de estrellas, se representaba al dueño del Cerca y del Junto. Públicamente Yoyontzin retomaba hasta la raíz de la verdad, nuestra verdad y raíz toltecas.

De la sorpresa los mexicas pasaron a la indignación y a la furia. Nunca salieron del todo a la luz las discusiones, pero lo más probable es que los mexicas vieran en ello (y lo era) un peligro de imitación y contagio. El fundamento del gobierno y del mando mexicas se sustenta en el ejercicio de la guerra y la práctica del sacrificio. ¿Qué hacía allí, como templo mayor de su mayor aliado, una pirámide que simbolizaba paz y sabiduría? Estaba bien que se oyese como flor en los cantos o como fórmula tradicional en los discursos educativos y en las pláticas de los ancianos; nada más. ¿Qué pasaría si otros pueblos comenzaran a copiar a los acolhuas? ¿Qué pensarían los enemigos de casa? ¿Qué sentido tendrían de ahora en adelante las guerras sagradas con tlazcaltecas, cholultecas y huexotzincas para obtener prisioneros? ¿Cómo cobrar lícitamente el tributo?

Yoyontzin se había hecho la inflexible promesa de no ceder pero por diversas vías, entre las cuales debe haberse repetido la extrema amenaza de tomar la ciudad y destronarlo, se le disuadió a medias. Me daba entonces por imaginar o reconstruir los diálogos que Yoyontzin sostuvo con los grandes señores aliados y los grandes sacerdotes: enumeraría una larga lista de favores y servicios, entre ellos, la construcción del acueducto, que estaba por terminarse, y del cual se ocupaban casi en exclusiva los acolhuas; los otros habrán respondido que con él o sin él se habrían efectuado batallas y construcciones. Con amargo resentimiento les recordaría la muerte de su hijo a manos de una criminal comisión mexica y tlacopense; los otros le habrán respondido que merecía la muerte. Les recordaría que, luego de la muerte de Tezauhpizintli y de las acciones ofensivas de los chalcas, sacrificó a más hombres sin que se consiguiese nada, y que sólo cuando buscó refugio en la colina cónica y prometió al dueño del Cerca y del Junto la construcción de la pirámide, empezaron las cosas a cambiar;

los otros habrán respondido que era una mentira, que los dioses tutelares sólo habían querido probarlos con mayores sufrimientos para darles al final una victoria histórica. Diría que es hombre de palabra, que prometió al dios la pirámide y no la tumbaría; los otros habrán respondido, no sin horror y escándalo, que lo suyo había llegado a grados de demencia religiosa.

La querrela fue extensa y dura. Los dioses, dijeron los sacerdotes con inquietud, podrían vengarse sobre sus pueblos.

No fue difícil deducir que se llegó a una solución intermedia: se conservaba, como se conserva aún, la pirámide al dueño del Cerca y del Junto, pero asimismo el templo gemelo de Huitzilopochtli y Tláloc. Yoyontzin podía conservar sus creencias toltecas, pero debía respetar tradición y creencias de los pueblos de la alianza, incluido el de Acolhuacan; en fin, de allí a dos años debía agrandar el templo doble de Huitzilopochtli y Tláloc y pedir permiso a Motecuhzoma para sacrificar cautivos en la gran ceremonia que se efectuaría con motivo del remozamiento. Y más (eran evidentes el mensaje y la lección): el templo mayor de Tezcoco sería ligeramente más alto que el de México-Tenochtitlan.

Por un tiempo vi triste a Yoyontzin. Era una nueva zozobra de un hombre que vivió entre zozobras lancinantes. Tenía un consuelo: haber avanzado más de lo que se retrocedió. Pero de cualquier forma era humillante, y debo destacar que, salvo con los mexicas, nunca vi a Nezahualcoyotzin ceder o rebajarse ante nadie. Desde aquella batalla fantasma en los llanos de Chiconauhtla y Chiquiéstepac en el alba del reino de Motecuhzoma hasta esto, pasando por la injusta e incomprensible muerte de Tezauhquizintli.

++++

Cada día Yoyontzin se encerraba más en sus habitaciones de la colina cónica a pensar y concebir sus cantos. A la vez que los cantos se volvían más graves y hondos él se volvía más humano y comprensivo. Cada vez concebía más cantos al Dador de la Vida, muchos de los cuales han aprendido ustedes de memoria aquí, en el Tlacateo. Y los cantos comenzó a concebirlos en los jardines y en sus habitaciones de la colina cónica en aquel año de la derrota chalca y los cantores empezaron a divulgarlos desde entonces.

Por ese entonces, por el mes que escinde las cosechas, murió Quiauxóchitl, quien me acompañó en la casa y en la casa del corazón. Y la lluvia se llevó la flor.

++++

Después de trece años de duros trabajos se terminó al fin el acueducto que llevaba el agua de Chapultépec a México-Tenochtitlan. Emocionado Motecuhzoma le dijo a su primo hermano que de esa manera se unían los mexicas con aquellos antepasados, con aquellos abuelos, que vivieron en Chapultépec y fueron echados, a base de emboscadas y traiciones, por una alianza de diez pueblos. “Hoy les pagamos la cuenta”, dijo.

Se dio una de las mayores fiestas que recuerdo. Los acolhuas recibimos honores y gratitud de los pobladores de la bella ciudad donde se pintan las flechas. Motecuhzoma comentaba que dejaba a su pueblo una obra que perduraría más allá de los calendarios. Lleno de gratitud elogiaba a Yoyontzin. Por su memoria tal vez cruzaban los grandes hechos del reino, el crecimiento de la ciudad, las innumerables conquistas en que nunca fueron vencidos, el arte de sus orfebres y artesanos, las obras de educación y de higiene, la enjoyada gloria de Tenochtitlan que sólo se apagaría con el término de los tiempos.

Nadie, como Motecuhzoma, construyó la grandeza mexicana.

Se terminó de renovar el templo mayor de Tezcoco. Luego de los días nefastos y desde el inicio de la nueva cuenta de los días, empezaron de nuevo tristes y penosas horas para Yoyontzin. Al salir de los palacios hacia la zona de pirámides y templos, sentía oprimirse el corazón. No podía hablar. Veía las aguas color turquesa de la vasta laguna, y allá, ligeramente hacia el suroeste, la ciudad de las blancas juncias y los blancos sauces, y más allá, la calzada que conducía a Tlacopan. Apenas era soportable ver cómo terminaban las tareas del templo doble. No ignoraba que faltaba lo peor.

Poco antes de la magna fiesta de Huitzilopochtli se terminó el templo. Era bello en su proporción y relucía de limpio y alentaba fresca como si acabara de llover.

El gran señor acolhua, como se había acordado, fue con varios señores de su señorío a los palacios de Motecuhzoma Ilhuicamina. Fueron hacia México-Tenochtitlan, casa de las batallas. Fueron a rogarle a Motecuhzoma, gran señor de los hombres, gran señor de los guerreros, que los acompañara a presidir la fiesta de todos, y le pidieron permiso de estrenar el remozamiento con las flores del corazón de cautivos tzonpancas, citlaltepecas y xillotzincas. Motecuhzoma aceptó con agrado. Junto con Tlacaélel, Chimalpopoca de Tlacopan, los más bravos guerreros del sol y de la tierra y los grandes sacerdotes de la alianza, acudiría a la celebración.

Navegamos de vuelta. Reverberaba la luz del sol en las aguas de la laguna. El calor húmedo pesaba. Enjambres de canoas iban y venían. Los volcanes acercaban su belleza.

Pocas veces en el curso de esta vida, que es breve y de sufrimiento, vi tan triste al gran señor acolhua, como ese mediodía cuando volvimos a Tezcoco. Parecía una antorcha apagándose.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Al llegar se despidió enseguida y encerrándose en sus habitaciones sólo salió días antes del estreno.

Yoyontzin había hecho convocar a la hermandad de los príncipes, tanto de su señorío como de los enemigos de casa. Entre otros recuerdo —a quienes admiré por tener endiosado el corazón— a Ayocuan Cuetzpaltzin, verdadero sabio y águila blanca de Tecamachalco, y a Tecayehuatzin, gran pájaro cascabel de Huexotzinco, quien halló nuevas veredas para sembrar la flor. Concurrieron asimismo Xicotécatl, señor de Tlaxcala, y Macuilxóchitl, de corazón delicado. Y entre el aire de la danza y las palabras que se tejen hasta formar un vestido como el sueño, todos abrieron la corola de sus flores, y al último, un cantor (Yoyontzin estaba tan triste que no se sintió capaz de decirlo) cantó el sueño que hizo con palabras el señor de Tezcoco, que sonó y resuena como una cuenta triste a través de la cuenta de años:

*En un año como el de ahora  
se destruirá el templo que ahora se estrena,  
¿quién se hallará presente?  
¿Será mi hijo o mi nieto?  
Disminuirá entonces la tierra  
y se acabarán los señores...*

Cuando salieron de los jardines los hermanos de la flor y el canto hacia la zona de pirámides y templos, ya no relucía de igual modo el templo doble.

Fue de gran gala la fiesta de Huitzilopochtli y se sacrificaron los cautivos.

++++

Se estrenó también con boato el ensanchamiento del templo doble en la ciudad donde se pintan los dardos.

Poco después de la temporada de lluvias los mexicas barrieron a los tlatlahquiptecas. Asolaron también a los de Tepeyácac.

—Ojalá muriera combatiendo. Cómo extraño el lugar donde el polvo se levanta, donde cantan y resuenan los escudos —se lamentaba Motecuhzoma, de quien el cielo recibía las flechas.

Pero enfermó pronto.

++++

Sería la última vez que viéramos con vida a Motecuhzoma, quien se consumía lenta, atrocemente. Recordaba Motecuhzoma las flores del cantor mexica: “Algunas flores produce nuestro cuerpo y después queda marchito”.

Motecuhzoma llamó a su primo. Como otras veces recordaron el pasado soberbio lleno de hazañas y proezas de oro. Podían enorgullecerse, por el lado mexica, los grandes señores de su linaje: Acamapichtli, Huitzilíhuitl, Chimalpopoca e Izcóatl, y por el lado acolhua, Xólotl, Nopaltzin, Tlotzin, Quinatzin, Techotlala e Iztlixóchitl. Por ellos tenían solio y trono.

Como nunca apreció en ese instante por parte de ambos el tacto delicadísimo y el exacto comedimiento para mantener por más de cuarenta años una amistad que fue preciosa como jade y brilló como oro.

Se había convocado a la fraternidad de los príncipes. Nos encaminamos a la casa del canto, a un amplio huerto del palacio del gran señor mexica. Se invitó esa vez a cantores egregios, a los que tenían endiosado el corazón, a los verdaderos pájaros cascabel de ciudades y poblaciones donde el náhuatl es lengua de todos. Pero sólo Yoyontzin dejaría una flor en los huertos del palacio de Motecuhzoma.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Llegamos a los huertos. Sobre las flores oíamos el barullo verde de los colibríes. Se derramaba la miel. Por los jardines los criados servían cacao en jícaras y repartían tabaco.

Sonaron el huéhuetl y el teponaztli, palos percusores, sonajas, flautas y caracolas. Se bailó. Y Yoyontzin, con otro cantor y coro, cortaron la flor que él sembró antes en su pensamiento, una de las flores más bellas que crecieron en nuestro valle, donde llenaba de piedras preciosas el linaje de Motecuhzoma, el valor de los guerreros águila y los guerreros ocelote que lo protegían, a la hermandad de los príncipes y a la belleza de México-Tenochtitlan, una belleza que verdecía siempre el dios manteniendo los ojos sobre ella y llevándola en sus brazos. Apenas puedo recordar sin emocionarme las descripciones de la ciudad: el agua verde igual al jade, los sauces verdes como el jade y el plumaje de quetzal, las blancas cañas y las blancas juncias, el musgo acuático extendiéndose, y en medio de todo, hermosa y blanca, la ciudad de Tenochtitlan.

Muchas veces he oído esta flor ser cortada en los años, pero las claras resonancias de la primera vez son las que resuenan en mí.

Nunca se le festejó más como hacedor de cantos en México-Tenochtitlan como esa vez. Nunca lo vi más conmovido ante un reconocimiento. Motecuhzoma recibió cortados los pétalos de la flor como imágenes que le diera el mismo dios Invisible e Impalpable. Como si ambos intuyeran que sería ésa la última vez que se encontraran, se dieron un emocionado abrazo fraternal.

—Es lo más hermoso que he oído nunca —lloró Motecuhzoma.

—Nos vamos allá adonde vamos —repuso Nezahualcoyotzin.

Cuando volvimos a Tezcoco a la tarde siguiente yo veía a la laguna color de jade y a la ciudad de México-Tenochtitlan con las palabras que Yoyontzin creó para siempre.

++++

Motecuhzoma se entrevistó con Tlacaélel. Le pidió que buscara a los mejores escultores, para que acabaran de esculpir en Chapultépec las proezas y hazañas de su reinado.

Así se hizo y se hizo bien, y Motecuhzoma alcanzó a verlas grabadas en la roca y, admirado, agradecido, recompensó a los artistas.

++++

El pueblo entero concurrió a las exequias. Nosotros vinimos desde Tezcoco. Los sacerdotes afirmaron que Motecuhzoma alcanzó a mirar en el último instante un pájaro luciente que se elevó al cielo.

Se oían por dondequiera las palabras del canto: “Teñida dejaron allí en la tierra, / fueron glorificando la ciudad: / ésta de México, Motecuhzoma, / la de Acolhuacan, Nezahualcóyotl, / la de Tlacopan, Totoquiuhatzin”.

Se había inmovilizado el brazo de águila de Motecuhzoma, dejando huérfanos a los mexicas. Su paso, fugaz y fulgurante, fue algo como un sueño.

Hicieron los honores toltecas. Habían acabado para él pena y fatigas. Todos saben que Motecuhzoma Ilhuicamina, el flechador del cielo, fue el verdadero constructor de la grandeza mexica.

+++

Axayácatl, nuevo gran señor, dio las gracias a Tezcatlipoca: “¡Oh señor, Invisible e Impalpable; sé bien que me conoces, que soy un pobre hombre y de baja suerte, nacido y criado

---

El recuerdo de Nezahualcóytl entre estiércol, que soy de poca razón y de escaso juicio, lleno de defectos y de faltas, yo, que ni siquiera me conozco ni sé considerar quién soy. Me has hecho un gran beneficio, me has dado merced y misericordia, pues del estiércol me has puesto en la dignidad del trono real!”.

Axayácatl era hijo del huehue Tezozómoc, hijo de Izcóatl. Sus hermanos eran Tízoc y Ahuízotl. A Tízoc lo designó Tlailotlácatl y a Ahuízotl como Tlacohcácatl, señor de la casa de los dardos. Ninguno de los dos apreciaban a su hermano menor y desvalorizaron de continuo sus guerras y conquistas. Pero Axayácatl fue un valiente guerrero que dominó al huexotzinca, al tlatelolca y a muchos pueblos. Tízoc, quien gobierna ahora, comparado con su hermano, es antorcha apagada.

++++

Una de las primeras acciones de Axayácatl fue realizar mejoras al templo doble y mandar construir y traer de Coyoacan el gigantesco disco de piedra de las águilas, que a través de la calzada acarrearón, con ayuda de cuerdas y rodillos, miles de hombres.

Poco antes Axayácatl había vencido a los cuetlaxtecas y a los totonacos. Los hizo casi añicos.

Y hasta su muerte no hubo un solo año que dejara de guerrear.

## NORTE (Pedernal)

En aquel aciago año 6 Pedernal asistió Nezahualpilli por primera vez a la fiesta del dios de la noche y del cielo estrella-

do. Muy enfermo, Acolmiztli Nezahualcóyotl no pudo asistir. Acapioltzin, hijo del gran señor de Acolhuacan y presidente del Consejo de Guerra, presidía la ceremonia. Acapioltzin fue y ha sido un hombre legal y leal y lo demostró en los años de regencia.

Mientras caminábamos rumbo al templo, en el barrio de Huiznáhuac, no dejaba de recordar que hacía 52 años, hacía una exacta ligadura de años, había estado aquí en la ciudad, en el mismo sitio, con Nezahualcoyotzin, Coyohua, Huahuatzin y Xicocatzin y otros fieles súbditos, en la misma fiesta de Tezcatlipoca: de la noche a la noche, del norte al norte. Nezahualcoyotzin era joven y desdichado. Ahora la noche estaba por abrirle para siempre su casa, como me la abre ahora a mí. ¡Cómo habían variado y mudado las cosas durante esos 52 años! ¡Cómo imaginar entonces que México y Tezcoco llegarían a ser las ciudades más bellas y poderosas de las tierras conocidas! ¡Quién iba a imaginar que ese hombre, minimizado y perseguido, que estuvo cerca tantas veces de desandar el tiempo, iba a ser el más sabio y justo de cuantos gobernantes han habido! ¡Él había hecho con su vida y su ciudad lo que el tlacuilo pinta, lo que el orfebre pule y lo que el alfarero modela con sus manos! De su existencia había hecho una vívida pintura, una pieza en oro, una vasija perfecta.

Ya estábamos en Huiznáhuac frente. Veíamos, como una noche estrellada, en el corazón de la pirámide, el espejo de Tezcatlipoca engastado en piedra negra, y al lado de él, jades, turquesas y oro.

En la víspera los nobles acolhuas habían entregado a los sacerdotes un atavío nuevo para vestir a la efigie, y plumas y piedras preciosas para exornarla. Con una flauta pequeña el titlahuacan tocaba agudamente rumbo a los cuatro puntos cardinales. Todos los habitantes del señorío, en ausencia o presencia, cogían con el dedo tierra y la comían. Postrándose

---

El recuerdo de Nezahualcóytl estarían llamando al dios que es como la Noche y el Viento para que les diera amparo ante miserias y tribulaciones en esta vida que es un sueño del que habremos de despertar en otro. Águilas y ocelotes estarían solicitándole a Huitzilopochtli y a Cihuacóatl, a Quetzalcóatl y a Tezcatlipoca, que los ayudaran a triunfar frente al enemigo para conseguir prisioneros.

—¿Por qué invocan a Quetzalcóatl? —preguntó Nezahualpilli.

Los sacerdotes, pintados de negro, con sus larguísimas cabelleras encintadas de blanco a la mitad, vestían al modo de la efigie del dios siempre joven. La plaza de Tezcoco se hallaba cercada de flores llenando de aroma y color los templos y el aire. Las flores fueron traídas de Xochimilco.

Nezahuaípilli miraba atento. Yo pensaba que él, en pocos años, presidiría la ceremonia. Nezahualcoyotzin dejaba el señorío más fuerte que nunca.

Moriría pronto el señor Nezahualcóyotl. Al brazo de león también se le acaba la fuerza. El sueño termina en otro sueño. Al libro de pinturas del corazón me volvía en imágenes vívidas la feroz pugna de Quetzalcóatl y Tezcatlipoca. Simbólicamente, me dije, se repetía en la tierra en las figuras e ideas de Nezahualcoyotzin y Tlacaélel.

Y recordé la historia de la edad de oro de la gran Tollan, cuando crecían gigantescas calabazas y mazorcas de maíz, se daban en abundancia algodón de colores increíbles y aves de plumajes finos y de hermoso canto. Pero Tezcatlipoca tenía roído el corazón por los celos y la envidia. Era insoportable la gloria feliz de Quetzalcóatl. Envío a los hechiceros, quienes con cálculo y habilidad rompieron las normas del dios. Lo embriagaron. Quetzalcóatl mandó llamar a su hermana Quetzalpétlatl, Estera de Quetzal, quien se embriagó también. Durmieron juntos. Al despertar, Quetzalcóatl comprendió que su vida casta y abstinerente se había truncado. Que todo se

había truncado. Decidió abandonar la ciudad maravillosa. Se encerró por cuatro días en una caja de piedra y ordenó luego que se enterraran en sitios inhóspitos todas las cosas bellas que descubrió y dio a los hombres. Llamó a los súbditos. Lloró por ellos y lloró por él. Lloró con ellos. Marchó de inmediato rumbo a la tierra del negro y del rojo, pero en el camino no había nada que le diera consolación o le agradara la vista. A la sombra de un árbol se detuvo. Se vio en el árbol como en un espejo, y exclamó: ¡Qué viejo estoy ya! Arrojó una piedra contra el árbol y la piedra se incrustó en el tronco. En otro punto del camino se detuvo y puso las manos en una piedra y quedó allí la huella de las manos. Llegó a la ribera del cielo de agua en el oriente rojo. Se atavió con su bellissimo vestido de quetzal y se puso su máscara de turquesas. Él mismo se prendió fuego. Y mientras las cenizas se elevaban todas las aves de bello plumaje que hay en el mundo vinieron a contemplarlo. Cuando se enfriaban las cenizas se levantó el corazón de Quetzalcóatl. Bajó al reino de los muertos y luego de ocho días empezó a brillar como la estrella de la mañana. Y nació el reino. Pero nos dejó solos. Pero nos dejó sin amparo. Pero dijo que volvería.

Sacaron la efigie y la colocaron al pie de la escalinata. Doncellas y jóvenes, que habían servido por un año en el templo, sacaron del templo una sogá gruesa hecha de maíz tostado y la pusieron en el cuello del dios eternamente joven. Luego sacaron muchas más para ponerlas en cuellos y cabezas de los dignatarios y principales y les ponían también flores en las manos.

La efigie del dios joven fue llevada en andas. En la plaza se hallaban tendidas numerosas pencas de maguey. Gente del pueblo las tomaba y las ponía en sus hombros y daba vueltas a la plaza. Dos sacerdotes quemaban copal sobre la imagen de Tezcatlipoca y elevaban ruegos. La gente se mortificaba la espalda.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Devolvieron la imagen al templo y muchos jóvenes cubrieron de flores, primero la efigie, y luego altar y templo. Se ofrendaban mantas, joyas, copal. Los pobres ofrendaban corderos, que arrojaban al altar.

Terminó la primera parte de la ceremonia. Se fue la gente a comer. Nosotros fuimos a comer.

Y recordé con Nezahualpilli, mientras comíamos con los principales, que el joven guerrero de la noche, el hermoso Tezcatlipoca, veía todo con su espejo mágico. Lo sabía todo. Sabía todo lo que pasaba en la tierra y sabía aparecerse en cualquier sitio. Era el guerrero del norte como Huitzilopochtli era el guerrero del sur. Era un joven guerrero poderoso que resplandecía como el sol y poseía la hermosura del alba. Lo natural para un dios así era poseer a Xochiquetzal, diosa de las flores y del amor, esposa del dios Tláloc. ¿Qué diosa o mujer hubiera podido resistirse ante tal maldad, tal fuerza y tal belleza juntas?

Luego de comer volvimos a la plaza para asistir al fin de la ceremonia. Un esclavo, al que por un año se le sirvió y se le trató como si fuera el mismo dios, era entregado a los sacerdotes. Se le subió y colocó en la piedra ritual. Fue sacrificado.

Y empezaron bailes y cantares. Bebida y comida continuaron. Y así, hasta que el sol declinó y se apagó en el poniente. Cuando el sol se apagó en el poniente le dije a Nezahualpilli que fuéramos a visitar a su padre enfermo.

++++

Unos días después Nezahualcoyotzin mandó llamar a su pequeño hijo. Lo ocultó bajo la vestimenta real. Visitaban los palacios los embajadores de México y de Tlacopan que querían saludarlo. Ordenó entrar a estos. Conversaron. De pronto Nezahualpilli salió por debajo del atavío real y con exquisitez

---

Marco Antonio Campos  
y desenvoltura repitió los diálogos entre su padre y los embajadores.

++++

Yoyontzin convocó por última vez a la fraternidad de la flor y el canto. Después de todo aquí, en Tezcoco, es donde más se ha apreciado el oficio de cantor en todas las tierras conocidas. Nadie impulsó tanto la creación de flores y protegió e invitó tanto a los hacedores de cascabeles, como Yoyontzin, aquí, en Tezcoco, flor de ciudades.

Se invitó a Axayácatl, señor de Tenochtitlan, quien ya brillaba como gran creador; a Tecayehuatzin, gran pájaro cascabel de Huexotzinco, a Ayocuan Cuetzpaitzin, quien venía de la región lluviosa de Quimiztlan, cerca del Citlaltépetl. Y vinieron también forjadores de cantos de Tenochtitlan, como Teozímac y Nonohuiatzin, y fueron invitados a escuchar hacedores de cascabeles de Tlaxcala y Huexotzinco, de Cholula y Xochimilco de la región otomí y aun de la oprimida Chalco. Y oímos al joven Axayácatl, a quien se le otorgó la honra de abrir la sesión, y en su bello canto recordó a su padre, el noble Tezozómoc y a su lejano ascendiente, Izcóatl, y a Motecuhzoma el grande, por quienes él tenía ahora el solio y el trono de la más poderosa ciudad; ellos, que tal vez no volverían nunca por este sitio donde sólo hay tristeza y aflicción. Y oímos también al insigne Ayocuan Cuetzpaitzin, sacerdote y águila blanca, quien cortó del tallo la flor inmarcitable que habla sobre la necesidad de la permanencia de los montes y de la tierra y la repartición pródiga de cacao y de maíz tostado. Y oímos a Tecayehuatzin quien recomendó beber de las flores hasta la embriaguez y reconoció la valiente tarea de águilas y ocelotes, y elogió a Yoyotzin, nuestro señor texcocano, ante cuyas flores las suyas eran pobres y sin luz.

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

Y oímos a Teozímac y a Nonohuiatzin cantores de la ciudad de las blancas juncias, quienes al cantar parecían quetzales aleteando verdes hasta ser el mismo follaje de los árboles, y por último, oímos a Yoyontzin, quien dijo dos composiciones: en la primera recordó a los príncipes que se marcharon, a Tezozómoc y a Cuacuauhtzin, de quienes no perecerá el nombre, y en la segunda afirmó inolvidablemente que había pintado con la flor una obra de arte y por eso perduraría en la tierra. Y terminó con lágrimas en los ojos, con voz quebrada:

*Me iré, me iré a desaparecer.  
Seré tendido en la estera de plumas amarillas  
y las ancianas llorarán por mí.*

Y su dosel de plumas habrá de volverse pronto humo, le dije a Nezahualpilli tristemente. Esta tierra es la región del momento fugaz, se lamentó Ayocuan Cuetzpaltzin.

Comimos y bebimos. Al final yo recordé ante los invitados a Tochihuitzin, el gran hacedor de cascabeles mexica que salvó a Yoyontzin en los años de persecución, quien en una de sus composiciones igualaba la flor y el canto a la vida del príncipe forjador de cantos.

Vida y flor se igualaron en Yoyontzin.

++++

Nezahualcoyotzin mandó llamar a los hijos. Mandó llamar a los principales cronistas e historiadores. Al entrar en la cámara real vi en su rostro imágenes de las pinturas de la región de donde no se vuelve. Habló de las persecuciones de antaño y de penas y goces de los años del reino. Abrió uno de los libros mostrándonos una pintura. Y en la pintura se dibujaban:

Tezcoco, Coatlinchan, Acolman, Otumpan, Azcapozalco, Tenayuca, Totitlan, Cuauhtitlan, Tlacopan, Coyoacan,

Colhuacan, Xochimilco, Cuitláhuac, Mízquic, Tolontzinco, Cuauhchinanco, Panutla, Xicotépec, Yautépec, Ahuacoyoacan.

Y en otra pintura que nos mostró se dibujaban en rojo y negro:

Teotihuacan, Chiauhtla, Papotlan, Xaltocan, Tecaman, Xezantépec, Aztaquemecan, Axapuzco, Cuautlatzinco, Oztotícpac.

Y mostró otra que dibujaba a:

Ahuatépec, Tizayucan, Tecpilpan, Tzoltépec, Calpulalpan, Apan, Tepepulco, Tlalapan, Zempualan, Achichilacazyocan, Tetelizlacan, Tzihuinquilocan, Coatépec, Tlapepuacan, Nopaltépec.

Eran ciudades, pueblos y poblados que pertenecían al señorío y le debían tributo. Se llegaba hasta Tuchpan. Se llegaba hasta donde el agua se junta con el cielo. Donde el mar se junta con el cielo para hacer una casa.

El mensaje era claro: consérvenlo, engrandézcanlo.

En el curso de su vida, fugaz y fulgurante, Nezahualcoyotzin tuvo 119 hijos: 62 varones y 57 mujeres.

++++

Pocos días después mandó llamarnos de nuevo a familiares y amigos. Esa mañana su rostro era melancólico pero sereno. Habló parsimonioso y firme. Pidió a sus súbditos que no lo lloraran. No había motivo. Sólo despertaría a otro sueño. Quizá podría contemplar al dueño del Cerca y el Junto y saludar a aquellos príncipes que se marcharon antes que él y por quienes él tuvo solio y trono. No lloren, pidió. Todo lo contrario: muéstrense alegres, esforzados, animosos.

Aconsejó a sus hijos aprender a ser humildes y a obedecer para, al tener la silla y la estera, saber mandar. Dejaba amigos, añadió, un admirable hijo que prolongaría su linaje y su alcurnia, numerosos hijos que prolongarían por otras líneas el

linaje, y de quienes Xólotl, el magnífico chichimeca, fue tronco y semilla. Les pidió proteger señoríos y pueblos conquistados para preservar la grandeza que él dio a Tezcoco. Recomendó a Acapioltzin cuidar de Nezahualpilli (“sé para él como un padre”), hasta que tuviera edad para gobierno y mando. “Yo también seré fundido, también seré perforado”, oía a mi corazón repetir. “Sólo un poco aquí.”

Nos pidió que lo dejáramos solo. Su cara se iluminó de pronto y se llenó de serenidad. La luz del sol entró por la puerta y le hizo una diagonal en el rostro. Sonrió con dulzura, levemente.

—La espero —dijo.

Salimos. Al poco rato volvió a entrar Acapioltzin. La luz de la mañana nos dio de golpe. Caminé hacia fuera de los palacios. Vi los volcanes y su belleza tenía algo de melancólica. En la vasta laguna la luz parecía detener en las aguas las canoas o parecía conducir las. “Sólo un poco aquí.”

Oía los rumores; Axayácatl había dicho, por ejemplo, que Nezahualcoyotzin, como la mata de maíz crece en otro campo, con nueva tinta negra y roja pintaría el nuevo libro de pinturas del corazón del dios. Estaría ya escuchando las voces nuevas del zacuán y el azulejo en la morada del sol y vería de continuo sus plumajes maravillosos y oiría a los cantores que murieron antes de él y se encontraría de nuevo con los grandes señores. El gran sacerdote, por su parte, dijo que supo el instante en que el señor de Acolhuacan partió, porque vio un pájaro fulgente dirigiéndose al sol para hacer compañía a la deslumbrante guacamaya; otros dijeron que el aire de la muerte lo llevaba a un paraíso más dulce, allá, en la región de donde provenimos, donde las casas se levantan en la ribera del agua; yo pensé, como acaso él mismo, que tal vez sólo permutaba de casa.

Tal vez.

++++

Vestido de azul con una losa sobre el vientre para que no se corrompiese, se expuso por cuatro días el cuerpo del señor Nezahualcóyotl. Era de admirarse las innumerables filas de gente que venían a despedirlo. Desde los grandes señores de México y Tlacopan hasta el macehual más precario. Lo mismo de la región donde el náhuatl es hablado por todos, que de lejanos pueblos, de los que ignoramos la lengua. Pasaban ya de uno en uno, ya de dos en dos, y cada uno le deseaba parabienes en la otra vida, pues en ésta faenas y trabajos para él habían concluido. Miseria y aflicción habían concluido. Su linaje de oro, con Nezahualpilli y sus valerosos hijos, continuaría destellando.

Pasados los cuatro días lo llevaron al templo gemelo de Tezcoco y lo incineraron con sus joyas y su traje real. Guardada la ceniza en una caja de piedra lo devolvieron a una habitación del palacio. Encima de la caja colocaron un traje azul y una máscara de oro. Por propia petición de mujeres que lo amaron y de esclavos que le fueron fieles, se les degolló para que lo acompañasen.

Muchos meses y años después, la gente seguía llegando para dejarle una recordación.

++++

El noble Axayácatl solía recordar en sus cantos a Motecuhzoma Ilhuicamina, a Nezahualcoyotzin y a Totoquihuatzin, los creadores de la grandeza aliada, que moraban ya en la región donde de algún modo se vive:

---

## El recuerdo de Nezahualcóytl

*¡Ellos nos dejaron huérfanos!  
Entristeceos, oh príncipes,  
¿Dónde vagaba mi corazón?  
Yo, Axayácatl, los busco...*

Y la corola se abría.

++++

Cuatro años luego de la muerte de Nezahualcoyotzin, Axayácatl sometió a ocuiltecas y chontales, y acabó, al fin, de someter a los bravos cuauhnahuacas. Ocurrió también en ese año un eclipse de sol, que predijeron los astrónomos; ese año fue comido el sol. Axayácatl ordenó labrar la piedra circular —admirable, grande— que resume edades, meses y días.

En el aniversario de la muerte de su padre, Acapioltzin nos llamó a la sala de gobierno. Nos dijo que al despertar esa mañana vio parado en lo alto de la puerta de su habitación el breve relámpago de un colibrí que parecía llamarlo desde el luciente plumaje y desde el largo pico. Él sonrió al colibrí, se levantó de la estera y caminó hacia él. Quiso tomarlo entre las manos. Iba a decirle: “Padre”.

El colibrí voló.

++++

Por ese periodo ocurrió la célebre apuesta del señor Axayácatl con Xihuiltémoc en el juego de pelota. Axayácatl apostó la laguna y el mercado de México-Tenochtitlan, y Xihuiltémoc su maravilloso jardín de Xochimilco. Perdió Axayácatl y como Xihuiltémoc reclamó el pago, lo mandó matar.

Axayácatl seguía conquistando tierras para su fama y renombre. Sometió a los poctepecas, a los cozcacuauhtenan-

cas, icpatepecas y a los metepecas. Más cerca de nosotros a los de Callimayan y a los matlatzincas. Él mismo debió ir para avasallar a los matlatzincas.

En ese año 12 Conejo, la alianza acabó de vencer a Xiquipilco, pero entre el polvo que se levantaba, Axayácatl fue herido en una pierna, mientras contendía cerca de una magueyera.

En ese año también ocurrió su peor desgracia de la que nunca pudo reponerse. De lo que él y los mexicanos no han podido reponerse: La derrota (la única que han sufrido) ante los duros purépechas, cerca de Tajimaroa. Las armas de cobre y 16 000 hombres fueron la diferencia en la batalla. Axayácatl no dejó nunca de lamentarse y de pensar en los grandes capitanes antiguos que estarían desde la muerte reprochándoselo. Recordaba a amigos águilas y ocelotes como Cuepanáhuaz y Tecale, Xochitlahua y Yahuatíac, con los que se dio él a conocer en la guerra contra Chalco. El dolor de la derrota le desgarraba el corazón. Se sentía abatido, humillado, avergonzado. Axayácatl culpaba a los cuextecas y a “los quisquillosos tlatelolcas”, quienes huyeron como mujeres. Al huir —decía con amargor— reverberaba de ellos el oro y verdegueaban las banderas de pluma de quetzal. No se oyeron nunca en el campo de batalla ni el graznido del águila ni el rugido del ocelote. Sólo los mexicas se mantuvieron firmes. Resonaron el huéhuatl y el teponaztli, e Itlecatzin hizo sonar las caracolas. Los escudos permanecieron firmes. Pero los plumajes de quetzal humearon.

En el año 1 Pedernal, viviendo y padeciendo en continua humillación, el señorío de Chalco pasó a formar parte del emblema de Tenochtitlan. Los orgullosos chalcas estaban reducidos a polvo. Ahora son gobernados por águilas mexicas y los rige un gobierno militar. Igual que los tepanecas de Azcapozalco pagaron muy caro su afrenta y su desafío. Sus

---

El recuerdo de Nezahualcóytl  
tierras ya están repartidas. Sus cronistas, cuando hablan de los mexicanos, dicen: “Lo hacemos con la boca y no con el corazón”.

Como saben, Tlacaélel murió de viejo por ese entonces, y más recientemente murió el joven y brioso Axayácatl a consecuencia de las heridas en el llano florido durante el combate contra los de Xiquipilco. Fue un valiente, un verdadero tequihua, y así lo recordamos. Dejó en esta tierra 22 hijos. Nezahualpilli, que ya era señor de Acolhuacan, pronunció el discurso fúnebre. Asimismo dio el voto de calidad para que lo sucediese su hermano Tízoc. Pero Tízoc, es fama, carece de las agallas y de la destreza de quienes honraron su linaje. Su hermano Ahuízotl intriga y ambiciona el trono.

Desde la muerte de Nezahualcoyotzin, para mí han sido tiempos tristes. Aunque respetado por dignatarios y principales, aunque buscado para recordar los hechos y proezas de nuestro gran gobernante, he llegado a menudo a sentirme como una cosa olvidada en un rincón, que cuando se le ve se piensa qué va a hacerse con ella, pero luego se olvida recogerla. Mi única consolación en este último lapso ha sido enseñar en el Tlacateo.

Pero si mi figura y mi nombre palidecen, los de Nezahualcoyotzin crecen y brillan de tal forma, que en ocasiones, ni yo mismo, que lo conocí como pocos, logro reconocerlo muy bien. Se le pinta, se le esculpe, se le canta, se le hace personaje múltiple en representaciones. Se le crean e inventan hechos.

Por eso acepté la petición de nuestro joven señor Nezahualpilli, para hablarles del pasado tezcocano y de su extraordinario padre a fin de que guarden y pinten lo dicho en la casa del corazón y no arrojen su recuerdo a los residuos o como alimento de las bestias. Acepté porque quería que sintieran en algo el orgullo de su historia y de la estirpe

de señores que gobernó esta tierra y para quienes fueron necesidad continua justicia y verdad: desde el patriarca Xólotl, el magnífico chichimeca, hasta Nezahualcoyotzin y ahora el joven Nezahualpilli, de quien son visibles ya gallardía y entendimiento, valor y sagacidad. Su corazón ya es firme y su rostro sabio. Por eso acepté su pedido para hablar con ustedes, los más adelantados de los jóvenes cronistas e historiadores acolhuas para contar de una vez por todas e íntegramente la verdad sobre el hombre más ilustre que ha nacido en las tierras conocidas. Nadie le fue igual ni nadie lo ha igualado: como gobernante, como artista, como constructor, como forjador de cantos, como hacedor de leyes.

Por eso les pido que guarden esto en el corazón y lo dibujen en un libro de pinturas. Para que el agua y el viento no se lleven mis palabras, para que la tierra no las cubra ni el fuego las vuelva ceniza. Repítanlas a su vez, en las cuentas de los años, para que no se olviden. Que no quede esto como un vago sueño que después alguien o algunos describen como quieren. Que mis palabras pasen a través de las ligaduras de años para que la figura y la obra de nuestro gran señor no se borren o palidezcan.

Yo nací en Coatlinchan, cerca de Tezcoco, la ciudad que recobró y magnificó Nezahualcoyotzin. Fui su cronista y consejero y me apegué con fervor fiel a la verdad histórica. Desde hace tiempo la única casa de la cual veo el interior es la casa de la noche. De ambos perfiles de mi rostro miro más en el espejo el descarnado. La muerte la espero con paciencia. Muchos años atrás pensé que hubiera sido mejor dejar que me llevara el viento; preferí quedarme aquí, en Tezcoco, flor de ciudades, ciudad que amé, de la cual me enorgullezco y donde pronto seré parte de ella con mis cenizas. La pintura que fui acabará de borrarse.

Combatí en la guerra con llameante ira, fui leal en la amistad, respetuoso con viejos y superiores y guardé los he-

---

1968. El mayo de la revolución  
chos importantes del señorío de Acolhuacan con celo impe-  
cable. Me llaman Huetzin. Mi nombre es Huetzin.

.

## **Marco Antonio Campos**

Es poeta, narrador, ensayista y traductor. Ha publicado los libros de poesía *Muertos y disfraces* (1974), *Una seña en la sepultura* (1978), *Monólogos* (1985), *La ceniza en la frente* (1979), *Los adioses del forastero* (1996) y *Viernes en Jerusalén* (2005).

Ha traducido libros de Charles Baudelaire, Arthur Rimbaud, André Gide, Antonin Artaud, Roger Munier, Emile Nelligan, Gaston Miron, Gatien Lapointe, Umberto Saba, Vincenzo Cardarelli, Giuseppe Ungaretti, Salvatore Quasimodo, Georg Trakl, Reiner Kunze, Carlos Drummond de Andrade.

Ha obtenido los premios mexicanos *Xavier Villaurrutia* (1992) y *Nezahualcóyotl* (2005), y en España el Premio *Casa de América* (2005) por su libro *Viernes en Jerusalén*. En 2004 se le distinguió con la *Medalla Presidencial Centenario de Pablo Neruda* otorgada por el gobierno de Chile.

Descarga todas nuestras publicaciones en:  
**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**





Este libro se imprimió en la Ciudad de México  
en el mes junio del año 2013.

Ésta es una publicación gratuita y es cortesía del  
H. Ayuntamiento de Nezahualcóyotl y  
Para Leer en Libertad A.C.

Queda prohibida su venta.  
Todos los derechos reservados